J. B. Priestley

ABEJAS A BORDO

TRAGEDIA BURLESCA EN DOS ACTOS



J. B. PRIESTLEY

ABEJAS A BORDO

(BEES ON THE BOAT DECK)
TRAGEDIA BURLESCA EN DOS ACTOS



Traducción del inglés por
JUAN GARCÍA-PUENTE



AGUILAR



J. B. Priestley

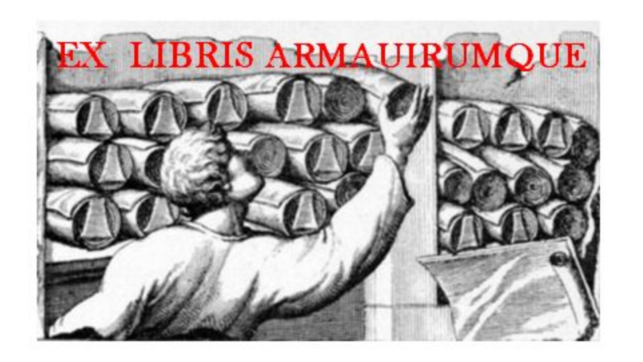
ABEJAS A BORDO

(BEES ON THE BOAT DECK)

TRAGEDIA BURLESCA EN DOS ACTOS

Traducción de

JUAN GARCIA-PUENTE



ABEJAS A BORDO. *Fue un intento de escribir una sátira política en términos de comedia jocosa. Algunos críticos—creo recordar una alentadora glosa publicada en* The Times—*dijeron que yo estaba tratando de hacer algo nuevo y bastante difícil, y hubo personas—Humbert Wolfe entre ellas—que se mostraron tremendamente entusiasmadas con la pieza. Sin embargo, para la mayoría de la gente, la obra no cuajó del todo, pese al hecho de que la producción, que se presentó en el Lyric Theatre, en mayo de 1936, sin haber efectuado una gira preliminar, contó con un reparto asombroso, en el que figuraban Kay Hammond, Rene Ray, Ralph Richardson, Laurence Olivier, Raymond Huntley, Richard Goolden, John Laurie, Alan Jeayes. La obra fue presentada por Richardson y Olivier, que eran mis socios en la empresa. Algunas personas de excelente criterio me han dicho que cometimos un error al elegir un teatro bastante grande y una enorme decoración realista, sustentando la opinión de que el simbolismo de la pieza exigía un tipo diferente de escenificación. Siempre ha sido una de mis obras preferidas, y considero que una o dos de sus escenas contienen la más rica comicidad que he proporcionado jamás al teatro. De la impresión que pueda causar hoy me es imposible juzgar, porque no puedo echar una ojeada al texto sin recordar, con placer y nostalgia, la soberbia interpretación de aquel reparto insólitamente magnífico.*

Esta obra fue estrenada el día 5 de mayo de 1936, en el Lyric Theatre, de Londres, con el siguiente reparto, por orden de aparición en escena:

SAM GRIDLEY	Ralph Richardson.
ROBERT PATCH	Laurence Olivier.
SLIVERS	Raymond Huntley.
HILDA JACKSON	Renee Ray.
FRANCIS FLETHERINGTON ...	Richard Goolden.
LORD COTTINGLEY	Alan Jeayes.
URSULA MADDINGS	Kay Hammond.
GASTER	John Laurie.
CAPITÁN MELLOCK	S. J. Warmington.
SARGENTO WILKS	Arthur Hambling.
MÍSTER TOOKE	Frederick T. Cooper.

ACTO I: Cubierta inferior del *Gloriana,* encallado en un remanso del estuario de Trim, en la costa sur. Un día de verano por la mañana.

ACTO II: La misma decoración del acto anterior. Por la tarde.

ACTO PRIMERO

Cubierta inferior del «Gloriana», encallado en un remanso del estuario de Trim. A la derecha, la superestructura del barco y la escalera de cámara, que conduce a la cubierta superior. Puertas de camarotes arriba y abajo. Más allá, la barandilla, con un espacio para la pasarela. En el fondo, ramas de árboles, cubiertas por denso follaje. Algunas de ellas casi caen sobre cubierta. En esta, varias sillas de cubierta viejas, unas sillas plegables de lona y una mesita, todo ello apartado ahora a un lado. Es verano, y toda la escena aparece iluminada por brillante luz solar. Al levantarse el telón, SAM GRIDLEY, hombre de aspecto rudo y edad mediana, y BOB PATCH, más joven, pulido y bastante bien parecido, están jugando al tenis en cubierta. Llevan viejos pantalones de franela, zapatos de lona y camisas descotadas. Han de jugar correctamente. PATCH está ganando.

GRIDLEY.—Has ganado el juego.

PATCH.—Y también el «set». Seis dos.

GRIDLEY.—*(Muy sofocado, enjugándose la frente, etc.)* Está bien. De todos modos, es un juego de chicos. Un juego de chicos. *(Quitan la red, la guardan y luego arrastran unas sillas hacia el primer término.* GRIDLEY *se pone una vieja chaqueta de jefe de máquinas antes de sentarse. Enciende una pipa, y* PATCH, *un cigarrillo.* GRIDLEY *extrae del bolsillo un pequeño volumen.)*

PATCH.—*(Viendo el libro.)* ¿Otra vez ese tipo? ¡No!

GRIDLEY.—*(Solemnemente.)* Habiendo ejercitado el cuerpo, debemos ejercitar ahora la mente. Schopenhauer. *(Lo pronuncia Chopenauer.)*

PATCH.—Estoy cansado de él.

GRIDLEY.—¡Cansado de él! Todavía no has empezado a entenderle. No conoces ni lo más elemental de él. Permíteme decirte que hay cosas..., en esto... *(Sostiene el libro en alto.)*

PATCH.—*(Con cansancio, pero de buen talante.)* Lo sé, lo sé. Ya me lo has dicho muchas veces. Si yo hubiese estado allí, cuando se hundió el «Theodosia»...

GRIDLEY.—Sabrías mucho más de la vida de lo que ahora sabes, muchacho. Lo que vieron mis ojos aquel día...

PATCH.—Me lo has contado muchas veces, Sam, docenas de veces. Todos gritaban, luchaban, se atacaban como fieras para llegar antes a los botes...

GRIDLEY.—La naturaleza humana... y lo tienes a tu alcance Todo está en este libro, muchacho, todo está aquí. La primera vez que le puse la vista encima, me dije: «Este es mi tipo.» *(Abre el li-*

bro y empieza a leer con lentitud.) «Así, entre el deseo y la consecución, fluye toda la vida humana. El deseo, por su naturaleza, es dolor; la consecución no tarda en engendrar la saciedad; el fin era solo aparente; la posesión destruye el encanto; el deseo, la necesidad, se presenta bajo una nueva forma; cuando no lo hace, se produce la desolación, el vacío...»

PATCH.—*(Interrumpiéndole.)* Y cuando antes nos muramos, mejor. Eso es lo que está diciendo constantemente. Y lo que me fastidia es el tiempo que tarda en decirlo.

GRIDLEY.—*(Solemne.)* Todavía no tienes la mente preparada para ello, Bob. Schopenhauer...

PATCH.—Dime una cosa: ¿cuánto tiempo vivió *él?*

GRIDLEY.—*(Consulta las primeras páginas del libro y lee en voz alta.)* Arthur Schopenhauer nació en mil setecientos ochenta y ocho y murió en mil ochocientos sesenta.

PATCH.—Setenta y dos años. Bueno, ¿no lo hizo mal, eh? Y supongo que todo ese tiempo viviría desahogadamente. No vuelvas a leerme nada de ese viejo cargante. ¡Terminado!

GRIDLEY.—Está bien. Si no tienes la mente preparada para ello, es inútil; eso es todo.

PATCH.—*(Despectivamente, levantándose y dirigiéndose al fondo de la escena, a la derecha, para hacer mutis.)* ¡La mente preparada! *(Sale.* GRIDLEY *se dispone a leer, reposada y solemnemente. Le interrumpe la llegada de* MÍSTER SLIVERS, *hombre de aspecto atolondrado y edad mediana, que lleva varios paquetes.)*

SLIVERS.—Buenos días.

GRIDLEY.—Buenos días, míster Slivers.

SLIVERS.—Hermosa mañana.

GRIDLEY.—Hermosa mañana.

SLIVERS.—*(Adelantándose.)* He creído oportuno traerle personalmente su pedido esta mañana. Así salgo un poco de la tienda, ¿sabe, míster Gridley? Es un pequeño cambio. He leído en el periódico que eso es lo que hay que hacer: cambiar siempre que sea posible, eso dice.

GRIDLEY.—Pero no le dirá que cambie de periódico, ¿verdad? Bueno, ¿qué nos trae usted?

SLIVERS.—*(En su papel de tendero, con locuacidad.)* Una docena de huevos frescos, una libra de mantequilla, otra del tocino acostumbrado...

GRIDLEY.—*(Mirando en una de las bolsas.)* ¿Qué clase de queso es este?

SLIVERS.—Es Cheddar canadiense, míster Gridley. Se nos acaba de terminar el otro, pero estoy seguro de que hallará este excelente..., verdaderamente exquisito. Hay mucha gente que habla muy bien de este Cheddar canadiense...

GRIDLEY.—*(Escéptico.)* ¿Qué gente?

SLIVERS.—Clientes míos, personas muy distinguidas. *(Le alarga un paquete de tabaco.)* Y dos onzas de «Corazones de Roble». Eso

le gustará, ¿no, míster Gridley? Le agrada mucho fumar en pipa, ¿verdad?

GRJDLEY.—Sí.

SLIVERS—*(Con aire de idiota.)* Esto está bien. Ojalá pudiese hacerlo yo también. Pero siempre me quemo la lengua. Escuche, míster Gridley, ¿querría decirme una cosa?

GRIDLEY.—Estoy a su disposición, míster Slivers. Pregunte y yo responderé. Deje todo eso aquí. *(Depositan en el suelo los paquetes.* SLIVERS *se sienta.)* Y ahora, ¿de qué se trata?

SLIVERS.—*(Gravemente.)* No estarán ustedes gastándome una broma, ¿verdad?

GRIDLEY.—¿Gastándole una broma? ¿Qué quiere decir?

SLIVERS.—Me refiero a ustedes..., a este barco..., a todo.

GRIDLEY.—*(Llamando.)* ¡Bob!

PATCH.—*(Fuera, desde la derecha del fondo.)* ¿Qué?

GRIDLEY.—*(Gritando.)* ¡Ya vuelve otra vez a lo mismo! ¡No nos cree!

SLIVERS.—Vamos, míster Gridley, yo no he dicho eso. Pero he estado preguntándome... *(Entra* PATCH. *Tiene ahora un aspecto fresco y pulcro; se ha puesto corbata, pero no chaqueta. Viene fumando un cigarrillo.)*

PATCH.—Buenos días.

SLIVERS.—Buenos días. Hermosa mañana.

PATCH.—Apuesto a que lo ha leído en el periódico.

SLIVERS.—*(Con seriedad.)* No; pero he leído que se aproxima una ola de calor.

PATCH.—No me sorprendería nada. Y ahora ¿qué hay de eso de llamarnos un par de embusteros?

SLIVERS.—Nunca he dicho semejante cosa. Pensé que podrían estar ustedes tomándome el pelo. Eso es todo.

PATCH.—¿Y para qué queríamos tomarle el pelo?

GRIDLEY.—No tiene usted la clase de pelo que a él le gusta.

PATCH.—Está bien, Sam. *(A* SLIVERS.) Ahora escuche: esto es un barco. Es un buen barco... o lo era.

GRIDLEY.—Todavía lo es. No quiero uno mejor.

PATCH.—Diez mil toneladas. Costó..., ¿cuánto costó, Sam?

GRIDLEY.—Por lo menos, trescientas cincuenta mil libras esterlinas.

SLIVERS.—¡Ah!..., eso es dinero, ya lo creo.

GRIDLEY.—Era. Construido recientemente, en mil novecientos diecinueve. Velocidad económica..., catorce nudos. Y le hemos sacado hasta dieciséis y medio. Navegaba con la precisión de un reloj, de Londres a Ciudad del Cabo, de Ciudad del Cabo a Durban, de Durban a Melbourne, de Melbourne a Sydney, de Sydney a Wellington, transportando todas las cosas y personas imaginables, de la manera más delicada y cómoda que imaginar cabe.

PATCH.—Y entérese de esto, de una vez y para siempre: durante los dos años últimos, ha estado prestando servicio, con Sam

Gridley, aquí presente, como jefe de máquinas, y conmigo en calidad de segundo oficial. Sin engaño. Todo perfectamente limpio y honesto. Ante usted tiene al jefe de máquinas del «Gloriana» y al segundo oficial. Nadie le está gastando bromas. No somos un par de escribientes sin trabajo de un corredor de apuestas. No estamos tratando de venderle linóleo a nadie. Y esto no es una casa sobre ruedas. Está usted hablando con dos oficiales de la Marina Mercante de Su Majestad. Hemos hecho nuestro aprendizaje. Hemos aprobado muchos exámenes..., toda suerte de malditos exámenes. Tenemos certificados que lo prueban.

SLIVERS.—*(Un tanto deslumbrado.)* Sí, supongo que sí.

GRIDLEY.—Y este barco se encuentra aquí, inútil y corroyéndosele las entrañas, porque la «White Albion Line», a la cual pertenece, está—como la mayoría de las compañías navieras—en la Calle de la Amargura. No puede permitirse el lujo de tenerlo en servicio, ¿comprende? No ganaría para cubrir gastos, según está el comercio.

SLIVERS.—Sí, pero el comercio va mejorando. He leído en el periódico que el período de depresión ha terminado. Dice que Inglaterra vuelve a la normalidad y que ya se acerca la prosperidad.

PATCH.—*(Con saña.)* Sí, pero ¿qué quiere usted? Este barco es idiota. No lee los periódicos. No sabe nada de eso. Y nosotros tampoco. Somos un par de imbéciles, ¿sabe?

GRIDLEY.—Tranquilízate, muchacho, tranquilízate. No te enfades con míster Slivers. Es un amigo. *(Da a* SLIVERS *unas palmaditas en el hombro.)* ¿No es cierto, míster Slivers?

SLIVERS.—Desde luego, míster Gridley. Solo que mire, usted, no he podido por menos de preguntarme...

GRIDLEY.—Ha hecho usted bien en preguntarse. Y puede seguir preguntándose lo que guste. Si uno no va a preguntarse hoy en día lo que quiera, ¿qué diablos va a hacer? A ver, dígame usted.

PATCH.—Solo que deje de hacerse preguntas respecto a nosotros. Ya se lo explicamos todo antes.

SLIVERS.—Sí; pero es que, miren ustedes, en el estuario hay varios barcos como este. Entre Biddington y Longport, hay media docena de ellos, y todos tienen un vigilante a bordo...

GRIDLEY.—Bueno, aquí somos nosotros los vigilantes, ¿sabe? No consiguieron encontrar alojamiento para nosotros, nadie lo ha conseguido, y por eso estamos aquí. Velando para que nadie se lleve el barco.

SLIVERS.—Pero ¿por qué está aquí en este apartado remanso, y no allí fuera con los otros?

PATCH.—Porque el individuo que lo trajo aquí estaba loco. O tal vez le gustase un poco de tranquila diversión. Sea como fuere, aquí lo incrustó y, en mi opinión, ni el «Queen Mary» podría sacarlo.

GRIDLEY.—Nosotros lo sacaríamos, si sus servicios fuesen necesarios.

PATCH.—Nunca. Es imposible hacerlo. Aquí se quedará hasta que se caiga a pedazos. A menos que optasen por extraerlo mediante las oportunas excavaciones, lo pusiesen ruedas y dijesen que es un parador en el camino.

SLIVERS—Tiene cierta gracia según está, ¿verdad?

PATCH.—¡Que tiene gracia! A mí no me hace reír en absoluto. Me da ganas de llorar. Mire eso..., árboles. Y esto es un barco. El próximo año, si no andamos listos, será una fértil granja. Y aquí segarán heno.

GRIDLEY.—Antes estuve en la cubierta de arriba, Bob. ¿Sabes lo que tenemos ya allí? En la cubierta superior, no lo olvides... *(Con voz vigorosa.)* ¡Abejas! Lo que oyes. ¡Abejas a bordo!

PATCH.—*(A* SLIVERS.) Ahora ríase a gusto.

SLIVERS.—*(Tras una pausa, cambiando de tema con mucho tacto.)* Ejem... Me han dicho que ha habido jaleo anoche en Longport. Ya sabrán que allí va a celebrarse una elección parcial...

GRIDLEY.—No, no lo sabía.

SLIVERS.—Pues sí. Una elección parcial para el Parlamento. Cinco candidatos, incluidos un comunista y una especie de fascista. Me han dicho que la pelea fue entre los rojos y esos fascistas. Ninguno de los dos triunfará, desde luego. Demasiado extremistas. El buen sentido de los electores de Longport se encargará de ello.

PATCH.—Eso también lo habrá leído en el periódico, ¿no? ¡El buen sentido de los electores de Longport!

SLIVERS.—Lo que he leído en el periódico es que el duque de Blandshire, que tiene una gran propiedad a unas quince millas de aquí, deja dos de sus casas...

PATCH.—*(Sardónico.)* ¡No!

SLIVERS.—Sí; dice el periódico que no puede sostenerlas, debido a lo elevado de los impuestos. Mal negocio, digo yo. Lo siento por el duque.

GRIDLEY.—Y yo también, míster Slivers. Se me parte el corazón cuando pienso en él, teniendo que luchar tanto.

SLIVERS.—Bueno, tiene sus responsabilidades, ¿no? A nosotros no nos gustaría cargar con ellas. Y, después de todo, tiene mucho interés por el progreso del país.

PATCH.—Sí, y no poco capital, seguro. Bueno, ¿qué otras noticias hay? Ya veo que ha dado un buen repaso al periódico esta mañana.

SLIVERS.—Pues está ese caso de Meddleworth, en el que se trata de dilucidar quién ha de quedarse con el niño. Lo han suspendido porque uno de los principales testigos ha desaparecido.

PATCH.—¿El caso de Meddleworth? No sé una palabra de eso. ¿Y tú, Sam?

GREDLEY.—*(Que ha estado ocupado con su pipa.)* No; no sé nada y no me importa.

SLIVERS—Pues ha causado sensación. Muchas idas y venidas.

Los periódicos lo están dando mucha publicidad. Todo muy desagradable, desde luego..., pero muy picante.

GREDLEY.—Eso te agradará, Bob. A ti te gusta picante.

PATCH.—¿Tiene usted un periódico? (SLIVERS *extrae uno del bolsillo y se lo alarga.)* Gracias. *(Empieza a desplegarlo.)*

GRIDLEY.—Resérvame la página de cricquet, Bob.

PATCH.—*(Enterrándose ahora en papel.)* Está bien.

GRIDLEY.—*(Cortante.)* Ahora voy a decirle lo que pienso hacer, míster Slivers, para demostrarle que aquí no hay mala voluntad. Si gusta, puede bajar conmigo y le mostraré una turbina con reductor como no verá otra.

SLIVERS.—¿Máquinas, eh?

GRIDLEY.—Sí, máquinas dispuestas a llevarle a usted y al resto de los habitantes de Biddington, con todas sus mesas, sillas, camas y demás enseres, desde aquí hasta el Perú el próximo sábado. ¿Dispuestas digo? Ansiando volver a marchar. Cada vez que bajo ahí, las oigo susurrar. «¿Qué hay de eso, Sam, qué hay de eso? Vamos, Sam, marchemos, marchemos.» Y eso no lo leerá usted en el periódico. Por aquí. *(Sostiene abierta una de las puertas.* SLIVERS *se levanta y ambos salen juntos.* PATCH *se ha sumido en la lectura, pero evidentemente le molesta un insecto, porque deja el periódico, espanta algo impacientemente con la mano, mira con ansiedad a su alrededor y, por último, vuelve a sentarse.* HILDA JACKSON, *lentamente y en actitud un tanto cohibida, sube a bordo. Es una joven bien parecida, de unos veinticinco años, vestida con sencillez y elegancia. Lleva en la mano un maletín. Sus maneras deben dar la impresión de una persona de nervios bastante bien templados, pero qu últimamente se ha visto acosada casi hasta el histerismo. Está poniendo a contribución todas sus fuerzas para conservar el dominio de sí misma.* PATCH *no la ve ni la oye, cuando ella se acerca silenciosamente. La joven le mira vacilando. Desde donde está no puede verle el rostro.)*

HILDA.—*(Con timidez.)* Ejem...

PATCH.—*(Alza la cabeza, sorprendido.)* ¡Hola!

HILDA.—*(Tímidamente.)* Buenos días.

PATCH.—*(Se levanta, se queda mirando a la joven, perplejo; coge el periódico, lo consulta y vuelve a mirar a la joven.)* Es curioso.

HILDA.—*(Con timidez.)* Sí.

PATCH.—¿Qué quiere decir ese «sí»?

HILDA.—*(Lúgubremente.)* Pues... que sé lo que está pensando.

PATCH.—¡Ah!

HILDA.—Sí. Soy yo..., la del periódico.

PATCH.—*(Sorprendido.)* ¿Sí?

HILDA.—Sí. *(Ante el asombro de* PATCH, *la joven estalla en repentino llanto.)*

PATCH.—*(Con simpatía, pero embazarado.)* Dígame, ¿qué ocurre? No debe llorar.

HILDA.—*(Sin dejar de sollozar.)* Lo siento... Pero... no puedo... remediarlo.

PATCH.—*(Sin saber qué hacerse con ella.)* Claro. Naturalmente. Está bien. Pero ¿qué le ocurre? Mire, antes de nada siéntese. Tienes usted que sentarse. *(La obliga a tomar asiento.)* Así, ya se encuentra mejor, ¿no?

HILDA.—*(Esforzándose por sonreír en medio de sus lágrimas.)* Sí. Pero necesito a mi tío.

PATCH.—*(Completamente desconcertado por estas palabras.)* ¡Ah!... Necesita a su tío.

HILDA.—Eso es.

PATCH.—*(La observa con una mezcla de lástima y recelo, y evidentemnte llega a la conclusión de que está un poco loca.)* Bien... Tendremos que ver... lo que puede hacerse. Pero... no llore. Eso no es bueno. De ese modo, nunca encontrará a su tío... ¿Un cigarrillo?

HILDA.—*(Enjugándose las lágrimas.)* No, gracias. No fumo.

PATCH.—*(Dispuesto a decir cualquier cosa, lo que sea.)* No se lo censuro, no se lo censuro en absoluto. Hace calor, ¿eh?

HILDA.—Sí; pero no me disgusta.

PATCH.—Ni a mí tampoco. En realidad, más bien me gusta. Esto... ejem... respecto a su tío...

HILDA.—*(Alarmada.)* Estará todavía aquí, ¿no?

PATCH.—¿Todavía aquí... su tío? *(Al hacerse la luz en su cerebro.)* ¡Ah! ¿Se refiere a Sam? ¿Sam Gridley?

HILDA.—Sí. Es mi tío.

PATCH.—*(Casi gritando de alivio.)* ¡Vaya, vaya! ¡Por el amor de Pete! Así es que Sam es su tío... ¡El viejo Sam! ¡El bueno de Sam! Sí, sí, aquí sigue.

HILDA.—*(Con enorme alivio.)* ¡Oh!... ¡Gracias a Dios!

PATCH.—Yo soy Bob Patch... Era segundo oficial de este barco con su tío. Ahora estamos los dos cuidando de él.

HILDA.—Lo sé, lo sé. He venido... para ocultarme.

PATCH.—Entonces es usted, real y verdaderamente, la muchacha... la niñera... de ese caso de Meddleworth..., la que ha desaparecido, ¿no?

HILDA.—*(En voz muy baja.)* En efecto..., yo soy Hilda Jackson.

PATCH.—¡Vaya, vaya! Que me cuelguen si lo entiendo. Aquí está usted, la sobrina de Sam; los periódicos publican extensas informaciones acerca de usted, supongo que en todas partes se hablará de usted...

HILDA.—*(En voz baja.)* Así es, en efecto.

PATCH.—Y, sin embargo, el viejo Sam no ha dicho nada. Ni una sola palabra. Mire, no creo que sepa nada de ese caso. Estoy convencido de que no ha oído hablar de eso en su vida. Sinceramente. Es muy propio de él. Nunca sabe lo que pasa. No le importa. Y aquí está usted, su sobrina.

HILDA.—*(Titubeando.)* Sí. ¿Cree usted que... podré quedarme?

PATCH.—Desde luego que puede quedarse. Es el lugar pintiparado. Aquí no la descubrirán jamás. Apenas viene nadie. Y este sería el último lugar en que se les ocurriría buscarla. Pues claro que puede quedarse. *(Hace una pausa.)* Tal vez fuese útil, ¿sabe?

HILDA.—*(Con vehemencia.)* ¡Oh, desde luego! Me agrada ser útil.

PATCH.—Magnífico. ¿Sabe cocinar?

HILDA.—Sí... Soy bastante buena cocinera. Y me gusta.

PATCH.—Entonces es usted la persona que necesitamos. Mire, no he probado un «pudding» desde hace semanas y semanas y semanas, y me gustan mucho los «puddings».

HILDA.—¡Qué vergüenza! Pero ¿no hace demasiado calor para «puddings»?

PATCH.—*(Seriamente.)* Nunca hace demasiado calor para un «buen pudding». ¿Sabría usted hacer una buena jalea?

HILDA.—*(Sonriendo.)* Sí, creo que sí.

PATCH.—No podría haber sucedido nada mejor. Al viejo Sam también le gusta mucho la jalea. Ultimamente hemos hablado mucho de ello, porque en este barco teníamos un cocinero que hacía muy bien la jalea. Bien, bien, bien. A esto le llamo yo tener suerte. Oiga, ¿está cansada? ¿Cómo consiguió llegar hasta aquí?

HILDA.—*(Confidencialmente.)* Anoche me alojé en casa de una amiga mía, que vive en una pequeña localidad entre Portsmouth y Winchester. Esta mañana temprano he tomado un autobús hasta medio camino de Longport, luego otro autobús hasta allí, y después otro desde Longport hasta ese pueblo..., Biddington. Me pareció más seguro el autobús que el ferrocarril.

PATCH.—Opino lo mismo. Podrían estar vigilando las estaciones. Nunca se sabe...

HILDA.—¿Cree usted que he hecho mal huyendo de este modo?

PATCH.—*(Con firmeza.)* No, no lo creo. Si estaba cansada de todo eso, ¿por qué razón habían de obligarla a seguir? Después de todo, quién ha de quedarse con el niño es cuestión que nada tiene que ver con usted. Nos ocuparemos de que esté aquí lo mejor posible. *(Entran* GRIDLY *y* SLIVERS, *quien se queda mirando atentamente a* HILDA.)

GRIDLEY.—*(Asombrado.)* ¿Eres tú, Hilda?

PATCH.—*(Antes que nadie tenga tiempo de hacer nada.)* Un momento, un momento. Míster Slivers, permítame presentarle a mi prima, miss Matilda... ejem... Robinson.

HILDA.—*(Nerviosa.)* ¿Cómo está usted?

SLIDERS.—*(Sin apartar de ella la mirada, receloso.)* Encantado de conocerla, miss. Encantado.

PATCH.—*(Cordialmente.)* Bueno, bueno, ¿Qué le parecen nuestras máquinas?

SLIVERS.—*(Sin dejar de mirar a la joven.)* Muy interesantes. *(Repentina y triunfalmente, indicando a* HILDA.) Ya sé quién es

usted. Eso es. Miss Hilda Jackson... la testigo desaparecida del caso Meddleworth. No puede negarlo, ¿verdad?

HILDA.—*(Con desmayo.)* No.

GRIDLEY.—¿Qué quiere decir todo esto?

PATCH.—*(A* GRIEDLEY.) Un minuto. *(A los otros.)* Escuchen...

HILDA.—*(Con vehemencia, a* SLIVERS.J No le diga a nadie que me ha visto aquí por favor. No sabe usted lo terrible que ha sido aquello para mí. Si hubiese podido hacer algo por Hugh..., el niño..., me habría quedado; pero se lo llevaron y... *(Parece estar a punto de echarse a llorar otra vez.)*

SLIVERS.—*(Que no deja de mirar a la joven, con aire triunfal.)* Sí, pero... yo digo una cosa... Usted es una de los principales testigo, ¿no? Y el periódico dice...

PATCH.—*(Que ha estado lanzando inamistosas miradas a* SLIVERS.) Un momento, míster Slivers. *(Se acerca a él.)* Me gustaría explicarle detenidamente la situación. *(Baja la voz confidencialmente.)* En este asunto hay muchas cosas que todavía no comprende usted claramente. Mire, venga conmigo y se lo explicaré. *(Llevándoselo hacia los camarotes.)* Aquí no podemos hablar a gusto, ¿comprende? *(Salen por la derecha.* GREDLEY *mira a* HILDA *con asombro.)*

GRIDLEY.—Estoy confundido... No sé una palabra de ese caso Meddleworth. ¿Qué papel representas tú en eso, Hilda?

HILDA.—Era la niñera del pequeño Hugh. Sabías que era niñera, ¿no?

GRIDLEY.—Sí, me lo dijo tu madre. Pero ¿quiénes son esos Meddleworth y por qué eres tú testigo de esa causa?

HILDA.—Se han separado. Y son personas muy ricas e importantes, tío. Al niño lo tenía sir Eric Meddleworth; fue él quien me dio el empleo, y entonces su esposa, lady Meddleworth, quiso quedarse con Hugh y trató de llevárselo. Acudieron a los tribunales y cada uno de ellos afirmó que el otro no reunía las cualidades morales necesarias para quedarse con el chico... y cada uno se esforzó por demostrar las cosas más horribles respecto al otro...

GRIDLEY.—*(Con hosca satisfacción.)* La mayoría de ellas, ciertas, apuesto cualquier cosa.

HILDA.—Entonces los periódicos se hicieron eco del caso...

GRIDLEY.—Lo recuerdo. Precisamente esta mañana hablaban de ello. ¡Picante!

HILDA.—No es picante. Es horrible, sucio. Y yo estaba en medio de todo eso... y no cesaban de intentar hacerme una fotografía.

GRIDLEY.—Eso no te importaría. Vamos, vamos. No he oído nunca de una muchacha que no desease ver su fotografía en los periódicos.

HILDA.—Sí, pero no mezclada con tanta basura y suciedad. Los reporteros no me dejaban en paz. Y en el tribunal, me hicieron las preguntas más odiosas... y no me dejaban contestar adecuadamente..., casi diciéndome que era una embustera..., y se llevaron a

Hugh... y no lo pude resistir más. Tío, no pude. No lo habría soportado un día más. Me habría vuelto loca..., habría sufrido un ataque de nervios..., cualquier cosa. Tío, lo comprendes, ¿verdad? *(Se acerca a él.)*

GRIDLEY.—*(Dándole palmaditas en el hombro.)* Sí, sí, está bien. Si así lo deseas, mantente al margen de ese asunto. Malditos sean sus ojos, digo yo. ¡Sí! ¡Malditos sean sus ojos!

HILDA.—Pensé que, si pasaba aquí un día o dos, no me descubrirían...

GRIDLEY.—No veo cómo podrían hacerlo. Te quedas aquí.

HILDA.—Y sé cocinar.

GRIDLEY.—¿Sabes hacer «puddings»?

HILDA.—*(Sonriendo.)* Sí. Y también jalea.

GRIDLEY.—Te quedas. Nosotros cuidaremos de ti. *(Ve a* PATCH, *que regresa solo.)* ¿Verdad, Bob? Estoy diciendo a Hilda que nosotros cuidaremos de ella.

PATCH.—Desde luego. Y ya hemos empezado a hacerlo.

GRIDLEY.—¿Dónde está Slivers?

PATCH.—*(Con aire casual.)* Lo he encerrado en el camarote A. Allí estará bien. Tiene su periódico.

GRIDLEY.—*(Mirándole fijamente.)* ¿Por qué has hecho eso?

PATCH.—No tuve más remedio. Si le hubiésemos dejado marchar, le habría contado a todo el mundo que la señorita estaba aquí. Y al cabo de media hora hubiese venido la Policía a buscarla. (GRIDLEY *mira a* PATCH, *luego a* HILDA, *lleno de asombro.)*

HILDA.—Es cierto. Comprendí que esa era su intención. Lo leí en sus ojos.

PATCH.—¡Cualquiera se fiaba de él! Bueno, mientras esté ahí no podrá dar gusto a la lengua. (GRIDLEY *se sienta lentamente, frotándose la barbilla.)*

HILDA.—*(Turbada.)* Pero ¿qué vamos a hacer? No pueden tenerle ahí mucho tiempo.

PATCH.—Podemos tenerle ahí lo bastante para que nos dé tiempo a pensar..., y a usted tiempo para descansar. De momento, es suficiente para ir tirando.

GRIDLEY.—Bien, yo creo que es más que suficiente. *(Meditabundo, emite un silbido en escala ascendente. Burlonamente,* PATCH *emite otro en escala descendente.)* ¡Vaya mañanita!

PATCH.—*(Tranquilamnte.)* Ya era hora de que sucediese algo aquí.

GRIDLEY.—¿Dónde está la llave de ese camarote?

PATCH.—En mi bolsillo. ¿Por qué? No estarás pensando en soltar a ese individuo, ¿verdad?

GRIDLEY.—*(Con aire dubitativo.)* No; no voy a soltarle si piensa comunicar a la Policía que Hilda está aquí. Ciertamente que no. Pero podríamos hacerle prometer...

PATCH.—¡Prometer! No me fío de él en absoluto. Se le escaparía aunque no quisiese. No tiene bastante sentido común para

reservarse la noticia. ¡El y sus periódicos! Olvídalo. Y tómalo con calma.

HILDA.—*(Soñolienta.)* Me gustaría olvidarme de todo durante una hora o dos, por lo menos.

PATCH.—*(Sonriéndole.)* Sus deseos serán satisfechos.

GRIDLEY.—Ciertamente, ciertamente. Tómalo con serenidad, pequeña. Ahora estás completamente a salvo. (HILDA *se despereza con placer en la silla de cubierta. Los otros dos también relajan su actitud. La escena está llena de paz. Todos hablan con sosiego y naturalidad.)*

HILDA.—No saben ustedes lo maravilloso que es el descanso... y la tranquilidad.

PATCH.—Aquí hay mucha tranquilidad. Demasiada.

GRIDLEY.—*(A* HILDA.) A él le gustan Oxford Street y Piccadilly Circus; eso es lo que le gusta. El Palladium y Corner House y cosas así. Orquestas de «jazz» y chicas.

PATCH.—*(Apresuradamente.)* Chicas no.

GRIDLEY.—*(Sin el menor tacto.)* Pues no has dejado de hablar de ellas. Chicas de todos los colores.

PATCH.—*(Que no desea que tales cosas sean oídas por* HILDA, *y ve que la joven escucha atentamente.)* ¡Nunca! Pero hay sitios demasiado tranquilos, eso es todo.

HILDA.—*(Soñolienta.)* Para mí no..., por lo menos ahora. Esto es perfecto. ¡Qué paz! ¡Qué sosiego! *(En el instante en que su voz se extingue en el silencio, se produce una terrorífica explosión fuera, a la derecha. Mezlcado con ella, se oye el ruido de árboles que se desgajan, el cual continúa percibiéndose después de haber cesado el de la explosión. Sobre cubierta cae un chaparrón de ramas, seguido de cierto número de ramitas y un diluvio de hojas.* HILDA *lanza un grito; los dos hombres, una exclamación. Después, en medio del silencio reinante,* GRIDLEY *silba su escala y* PATCH *le responde con la suya.* HILDA *se ha levantado de la silla. Los dos hombres corren hacia la barandilla y miran en dirección al lugar de donde ha procedido el ruido de la explosión.)*

PATCH.—Allí hay un individuo. ¡Mira! *(Dando una voz.)* ¡Eh!

GRIDLEY.—No le veo. ¡Ah, sí! Allí está. *(Gritando.)* ¡Eh! (HILDA *se une a ellos.)*

HILDA.—¡Oh!... ¡Miren! Creo que está herido.

PATCH.—Voy a ver. *(Abandona apresuradamente el barco.* GRIDLEY *e* HILDA *le siguen ansiosamente con la mirada, como si deseasen ayudarle vagamente, pero no salen del barco.)*

HILDA.—¿Qué puede haber ocurrido, tío?

GRIDLEY.—Me da la impresión de que ha estado volando algunos árboles.

HILDA.—¿Y para qué?

GRIDLEY.—Pues... para cualquier cosa..., no sé. Hoy en día, la gente lo mismo se pone a volar árboles que hace cualquier otra

cosa. No me pidas que le encuentre explicación. No lo entiendo.

HILDA.—*(Mirando hacia abajo.)* Aquí vienen.

GRIDLEY.—*(Gritando.)* ¿Puedes con él? ¿Está herido? Ah..., bueno, bueno.

HILDA.—¡Pobre hombre! Pero no creo que sea nada grave.

GRIDLEY.—Parece muy complacido consigo mismo. ¿Por qué estará tan complacido? ¡Imposible explicarse nada! *(Regresa* PATCH, *sosteniendo a* FLETHERINGTON *con una mano y llevando en la otra un saquito.* FLETHERINGTON *es hombre entre cuarenta y cincuenta años, con el anhelante rostro de un estudiante que no vive en este mundo y voz reposada y aguda. Evidentemente, la explosión le ha derribado. Presenta cortes y magullamientos en diversas partes del cuerpo, está bastante sucio y sus ropas han sufrido daños. Pero llega sonriente.)*

FLETHERINGTON.—Buenos días. Mucho me temo haber sido una molestia para ustedes.

GRIDLEY.—¿Ha provocado usted esa explosión?

FLETHERINGTON.—*(Sonriente.)* Sí.

GRIDLEY.—Entonces tiene usted razón. Ha sido una molestia.

FLETHERINGTON.—Lo siento muchísimo. *(A* HILDA.) Espero que no se haya alarmado demasiado, miss.

HILDA.—No..., no mucho. Pero... está usted sangrando.

FLETHERINGTON.—¡Oh!, no es nada... Unos arañazos, muchas gracias.

HILDA.—*(Con cierta severidad.)* Hay que limpiar esas heridas. Si tuviese un poco de agua, algún trapo limpio y un poco de tintura de yodo...

PATCH.—Yo se lo buscaré. Venga conmigo. Dejaré este saquito en cualquier parte.

FLETHERINGTON.—Déjelo con cuidado, por favor.

GRIDLEY.—¿Qué hay en ese saco?

FLETHERINGTON.—*(Tranquilamente.)* El explosivo de gran potencia que estaba probando y...

GRIDLEY.—Ten cuidado con ese saco, Bob. No lo dejes caer de golpe. (HILDA *ha retrocedido alarmada.* PATCH *contempla con visible repugnancia el saquito que aún conserva en la mano.)*

FLETHERINGTON.—*(Cogiendo el saquito.)* Permítame. (PATCH *e* HILDA *salen un tanto precipitadamente.* FLETHERINGTON *se sienta y abre el saquito.* GRIDLEY *le observa con ansiedad.)* Por sí solo, el explosivo no ofrece ningún peligro. Se le puede dar de puntapiés, golpearlo con un martillo, hacer lo que se quiera, y no estallará. Esa es una de sus grandes ventajas. Pero tengo aquí algunos fulminantes... *(Muestra un paquetito.)* Y son muy sensibles. Carecen de potencia, naturalmente. Pero, si se comete alguna imprudencia, pueden arrancarle a uno limpiamente un brazo o una pierna. ¿Dónde los dejó?

GRIDLEY.—¿No puede arrojarlos por la borda?

FLETHERINGTON.—*(Con aire apologético.)* Mire, preferiría no hacerlo. Estallarían instantáneamente y perdería unos fulminantes

excelentes. Los dejaré aquí... *(Se dirige a algún sitio a propósito.)* Es conveniente tenerlos alejados del explosivo propiamente dicho.

GRIDLEY.—Sí, sí. Y, por amor de Dios, procure que nadie los toque.

FLETHERINGTON.—*(Sonríe suavemente y vuelve a su silla.)* Ese explosivo que está en el saquito es un pequeño descubrimiento mío. Soy químico investigador y he estado trabajando con compuestos nítricos. En mi opinión, son muy divertidos todos esos derivativos del alquitrán de hulla. Nunca se sabe lo que va a resultar..., si un nuevo perfume, un nuevo tinte o, como en este caso, un nuevo explosivo...

GRIDLEY.—*(Sombrío.)* No hemos tenido suerte. Me hubiera gustado que hubiese resultado un nuevo perfume o un nuevo tinte.

FLETHERINGTON.—Compuse en el laboratorio un par de libras de ese explosivo, en forma de cristales, y cuando nos hemos venido a pasar aquí las vacaciones, me lo he traído para probarlo.

GRIDLEY.—*(Hosco.)* Debe usted de divertirse bastante durante sus vacaciones, ¿no?

FLETHERINGTON.—*(Sin percibir la ironía.)* Exacto. A ese explosivo le he dado el nombre de «fletherita», al menos de momento. Yo me llamo Fletherington, ¿sabe? De ahí, «fletherita». Un poco egoísta, tal vez..., *(Sonríe apologéticamente.)* pero creo que es excusable, ¿no le parece? Mi esposa, mujer muy sensata en algunos aspectos, así lo consideró.

GRIDLEY.—*(Que no consigue comprender a aquel individuo, frotándose la barbilla.)* Oh..., claro... Yo que usted no me preocuparía por eso... Un hombre que puede hacer volar limpiamente cuanto se le antoje...

FLETHERINGTON.—En cuanto a eso, estoy verdaderamente satisfecho... *(Vuelven* HILDA *y* PATCH, *trayendo una jofaina con agua, jabón, un paño, toalla, un frasco de tintura de yodo y un poco de esparadrapo. Durante el diálogo siguiente,* HILDA *se ocupa en lavar, secar, dar tintura de yodo y colocar esparadrapo en los cortes y magullamientos que sufre* FLETHERINTONG. *Ha de moverse con soltura y viveza profesionales, y manejarle como si fuese un chico travieso, reprendiéndole ocasionalmente, cuando él se mueva o haga un gesto de dolor, con un «¡Vaya, estese quieto!»)* ¡Oh!, es usted muy amable, aunque no debería haberse molestado. Permítame que me presente. Fletherington... Francis Fltherington. Químico investigador.

GRIDLEY.—Mi sobrina, miss Jackson. Le presento a míster Patch, segundo oficial de este barco. Yo soy Gridley, jefe de máquinas.

FLETHERINGTON.—*(Amablemente, aunque molesto por la cura.)* Estaba hablando a míster Gridley de este nuevo explosivo mío, la fletherita. No he empleado más que una cantidad insignificante para fabricar una pequeña bomba, y el resultado ha sido sumamente satisfactorio.

HILDA.—Ha sido brutal. ¡Y mire cómo ha quedado!

FLETHERINGTON.—*(Sonriendo.)* Esa es la cuestión. He subestimado grandemente su potencia. De otro modo, no me hubiera situado tan cerca. Estoy habituado a manejar explosivos de gran potencia, naturalmente. Me ha engañado por completo. Sumamente satisfactorio.

PATCH.—Supongo que si le hubiese hecho pedazos, habría quedado encantado.

HILDA.—¡No diga eso! Es horrible. ¡Con lo hermosa que estaba la mañana!

FLETHERINGTON.—Hace una espléndida mañana, ¿verdad? Creo que este año vamos a tener suerte con nuestras vacaciones. Mi esposa dice que siempre elijo la peor época. Esta vez no podrá decir eso, ¿verdad que no?

HILDA.—¿Está su esposa con usted?

FLETHERINGTON.—Sí, miss; estamos alojados en una granja situada a unas cinco millas de aquí. Es muy agradable.

HILDA.—*(Dándole los últimos toques.)* No comprendo cómo le deja ir por ahí volando cosas de ese modo. Bueno, ya está. Ahora tiene mejor aspecto.

FLETHERINGTON.—Le estoy muy agradecido, miss..., ejem..., Jackson, y lamento profundamente haberles ocasionado tantas molestias.

PATCH.—*(Ofreciéndole la pitillera.)* ¿Un cigarrillo?

FLETHERINGTON.—*(Cogiendo uno.)* Muchas gracias. No fumo con frecuencia, pero creo que es esta una ocasión para echar una cana al aire. (PATCH *le ofrece una cerilla y el químico enciende torpemente el cigarrillo.* PATCH *enciende el suyo.* FLETHERINGTON *se reclina en la silla y contempla radiante a los demás.)* Bien, esto es muy agradable, muy agradable, ciertamente.

PATCH.—*(Tras intercambiar una significativa mirada con* HILDA *y* GRIDLEY.) Míster Fletherington, ¿lee usted los periódicos?

FLETHERINGTON.—Muy raras veces. Los lee mi esposa y luego me comunica las noticias que considera serán de mi agrado conocer. Le gusta hacerlo así, y a mí me ahorra tiempo y molestias. Además, por lo que veo, la prensa popular parece estar hecha ahora para mujeres, no para hombres.

GRIDLEY.—Tiene usted mucha razón. Excepto en lo que respecta a las páginas deportivas. La información de cricquet.

FLETHERINGTON.—No me interesa el cricquet. Me gusta relajarme cuando he terminado la labor diaria. (HILDA, *ayudada por* PATCH, *empieza a recoger las cosas que han servido para curar a* FLETHERINGTON.) ¡Oh! ¿Puedo ayudar en algo?

HILDA.—No, no; gracias. *(A* PATCH.) Usted tampoco tiene necesidad de molestarse. Me gusta estar haciendo algo siempre. Es como mejor descanso. *(Sale* HILDA *con las cosas.)*

FLETHERINGTON.—Una joven inteligente. Le gustaría a mi esposa. *(Se echa hacia atrás en la silla, lleno de satisfacción.* PATCH *se dirige hacia el fondo de la escena y se pasea indolentemente junto a la barandilla.)* Se experimenta una sensación muy singular en un

barco como este. *(Mira a su alrededor con muestras de aprobación.)* ¿Sabe usted lo que me gustaría hacer con este barco?

GRIDLEY.—*(Perezosamente.)* No.

FLETHERINGTON.—*(Sonriendo.)* Me gustaría probar en él una carga de mi fletherina. Volarlo.

GRIDLEY.—*(Con premura.)* No sea insensato...

FLETHERINGTON.—*(Seriamente.)* Es exactamente lo que necesito. Una prueba maravillosa. He aquí una rígida estructura de acero bastante compacta, dotada de excelente resistencia. Sobre la base de mi pequeño experimento de hace un rato, creo que podría preparar una carga de fletherita..., o tal vez dos cargas hechas estallar simultáneamente..., que volarían este barco limpiamente.

GRIDLEY.—*(Con calor.)* Y eso estaría muy bonito, ¿no? Una magnífica construcción como esta, proyectada y ejecutada cuidadosamente hasta la última pulgada, capaz de hacer catorce nudos mañana mismo hasta Honolulú, ¡y habla usted de volarla!

FLETHERINGTON.—*(Blandamente.)* ¿Y por qué no? No es de ninguna utilidad para ustedes ni para nadie, mientras que es precisamente lo que yo necesito... para probar mi explosivo.

GRIDLEY.—No es de ninguna utilidad aquí. Pero eso ocurre porque no debería estar aquí. Este barco no ha sido construido para estar aquí. Debería estar en el mar, cumpliendo su misión... *(Le interrumpe un silbido de* PATCH, *quien está mirando a lo lejos.)* ¿Qué sucede?

PATCH.—Más gente. Un hombre y una joven. Voy a decirle a Hilda que no haga acto de presencia. *(Sale por la derecha.)*

FLETHERINGTON.—¿Por qué no ha de hacer acto de presencia Hil..., esa amable y gentil jovencita?

GRIDLEY.—*(Confuso.)* Oh..., pues... porque no le gusta hacer acto de presencia. ¡Tímida! Eso es lo que le pasa. Es un defecto de familia. Timidez.

FLETHERINGTON.—Lo comprendo. Yo también soy tímido.

GRIDLEY.—No, usted no lo es. Va por ahí volando cosas... ¡Y habla de volar este barco! *(Contempla con mirada anhelante el saquito que contiene el explosivo, como si deseara deshacerse de ello. Luego, en el momento en que hace un movimiento para dirigirse al costado de la embarcación, llega a cubierta* LORD COTTINGLEY. *Es hombre robusto, bien alimentado y de edad mediana; tiene unos modales desenvueltos y alegres. Está elegantemente vestido, con un traje de mezcla de lana.)*

LORD COTTINGLEY.—Buenos días. Espléndida mañana, ¿verdad? Tengo la impresión de que ya nos hemos visto antes, ¿no? *(Estrecha la mano del un tanto aturdido* GRIDLEY.) ¿No es usted uno de los oficiales de la Compañía?

GRIDLEY.—Sí, míster. Gridley. Jefe de máquinas.

LORD COTTINGLEY.—Claro, claro. Yo soy lord Cottingley. Uno de sus directores hasta hace unas semanas, que presenté la dimisión. Bien, bien, bien; de modo que este es el viejo «Gloriana»,

¿eh? *(Avanza hasta donde está* FLETHERINGTON *y le estrecha la mano.)* ¿Cómo está usted, mi estimado señor? Parece que viene usted de la guerra.

FLETHERINGTON.—De una guerra muy vieja. La gente que tome parte en las guerras modernas va a presentar mucho peor aspecto.

GRIDLEY.—Le presento a míster Fletherington. Ha estado tratando de volarse a sí mismo y ahora le gustaría volarnos a los demás.

LORD COTTINGLEY.—¡Ja, ja! ¿De verdad Tiene que hablarme de eso. Pero ¿dónde está mi hija? He venido con una hija. *(Se dirige al fondo y empieza a llamar.)* ¡Ursula! ¡Ursula!

VOZ DE URSULA.—*(Fuera, al fondo.)* ¡Ya voy! Estoy trepando por aquí. *(Aparece en seguida. Es una joven hermosa y cansada, elegantemente vestida. Mira a su alrededor con aire de disgusto.)* ¡Dios mío! ¡Cot, qué barco tan sucio! (GRIDLEY *le lanza una mirada de indignación.)*

LORD COTTINGLEY.—Caballeros, mi hija...

URSULA.—*(Dirigiéndoles una mirada rápida y superficial. Disgustada.)* ¿Cómo están ustedes? *(A* LORD COTTINGLEY.) Creí que habías dicho que esto podría resultar divertido.

LORD COTTINGLEY.—Y así es.

URSULA.—Pues no lo veo por ninguna parte. Yo me voy. *(Entra* PATCH. URSULA *se anima al verle.)* Es decir, cuando tú digas. No hay ninguna prisa. *(A* PATCH.) ¡Hola!

PATCH.—*(Sin interés.)* Hola. *(Intercambia con* GRIDLEY *significativas miradas.)*

URSULA.—*(Irritada por la falta de interés de* PATCH.) Supongo que se aburriría terriblemente si le pidiera que me enseñase el barco, ¿no?

PATCH.—Creo que tiene usted razón.

URSULA.—*(Atónita.)* ¿Cómo?

PATCH.—Jamás contradigo a una señora.

URSULA.—*(Disgustada.)* ¡Señora!

PATCH.—*(Sonriendo.)* Lo siento...

URSULA.—Lo veré por mí misma. *(Echa a andar.)*

GRIDLEY.—*(Alarmado.)* No le gustará. Suciedad. Ratas...

PATCH.—Ratones. Arañas. Escarabajos... *(La joven no presta atención a ninguno de los dos.)*

GRIDLEY.—*(Apresuradamente.)* Será mejor que les enseñemos lo que se puede ver. Muy poca cosa... *(Al hacer mutis la joven por la derecha, los dos hombres, uno a cada lado, la conducen cuidadosamente por el buen camino. Ahora se oye la conversación que, desde hace un rato, sostienen* LORD COTTINGLEY *y* FLETHERINGTON.)

LORD COTTINGLEY.—*(Con mucha simpatía.)* Bien, eso es muy interesante, interesantísimo. Yo podría ayudarle a colocar su explosivo en el mercado. Es decir, siempre y cuando estuviese convencido de que es lo que usted piensa, naturalmente.

FLETHERINGTON.—*(Seriamente.)* Me gustaría probarlo en este barco...

LORD COTTINGLEY.—*(Reflexionando.)* ¿Lo haría usted ahora? Con este barco.

FLETHERINGTON.—*(Soñador.)* Una prueba espléndida.

LORD COTTINGLEY.—*(Pensativo.)* ¡Oh, magnífico, desde luego! Justamente lo que usted necesita.

FLETHERINGTON.—Sí. Y entonces lo podría comprobar usted personalmente.

LORD COTTINGLEY.—Exacto. Y si el barco fuese «mío», podría hacerlo usted. Es decir, si la cosa se hiciese de forma tal, que la gente del seguro no pudiera presentar objeciones y pagase después, naturalmente. En realidad, no podría regalarle un barco tan grande solo para que lo vuele, ¿no le parece? *(Ríe a carcajadas.)*

FLETHERINGTON.—Claro, supongo que no. Aunque, de todos modos, podría volársele tranquilamente, pues no parece que cumpla aquí una misión útil.

LORD COTTINGLEY.—Justo, justo, justo. Tiene usted una gran perspicacia. ¿Sabe que posee una buena cabeza para los negocios?

FLETHERINGTON.—A menudo lo he pensado así, pero no me interesan; realmente, no los entiendo. De hecho, es mi esposa, mujer muy sensata en algunos aspectos, quien maneja todos nuestros pequeños asuntos de negocios en casa. Mi trabajo me absorbe por completo.

LORD COTTINGLEY.—*(Suavemente.)* Es natural. Usted es un hombre de ciencia. He tratado con algunos hombres de ciencia en mi vida, genios inventivos como usted, y siempre he comprobado que es mejor para todo el mundo que ellos se dediquen a su trabajo y no se preocupen de los negocios. Ese aspecto me lo han dejado siempre a mí, y el resultado ha sido magnífico. Una división natural del trabajo. Después de todo, vivimos en una era de especialización.

FLETHERINGTON.—No tanto como cree la gente. Ahí tiene la química inorgánica...

LORD COTTINGLEY.—*(Que no desea seguir por semejante camino.)* Sí, en eso tiene usted razón, desde luego. Es una cuestión que no debemos pasar por alto. Pero..., ejem..., *(Bajando la voz.)* en cuanto a este barco... Escuche, un telegrama a mi agente de la ciudad y podría convertirme en su propietario en el plazo de veinticuatro horas. ¿Dice usted que tiene aquí el explosivo?

FLETHERINGTON.—Sí, en este saco.

LORD COTTINGLEY.—*(Retrocediendo.)* ¡Oh!..., aquí. Peligroso, ¿no le parece?

FLETHERINGTON.—Nada de eso. Sería preciso hacer estallar los fulminantes. Los fulminantes están allí. No sería cuestión de mucho tiempo preparar un par de cargas.

LORD COTTINGLEY.—*(Reflexionando.)* Sí. Está bien. Ahora escuche: si yo fuese el dueño de este barco, y si usted preparase un

par de cargas, como dice, y entonces ocurriese que se presentase alguien y volase el barco...

FLETHERINGTON.—*(Con vehemencia.)* ¡Oh! Pero yo tendría que estar aquí para ver lo que ocurría. De otro modo, no sería una verdadera prueba. Por otra parte, también usted desearía verlo.

LORD COTTINGLEY.—*(Lentamente.)* No. Eso no sería absolutamente necesario. En realidad, sería preferible que ocurriese cuando yo no estuviese aquí. Lo que nos hace falta es alguien..., bueno..., alguien que «desee» volar el barco y que no se ande con rodeos... *(Llega apresuradamente* URSULA.) ¿Eh? ¿Qué sucede, Ursula?

URSULA.—*(Divertida.)* Esto se pone cada vez mejor. Hay un hombre encerrado en un camarote.

LORD COTTINGLEY.—¡Tonterías! ¿Estás segura?

URSULA.—Completamente segura, querido. He estado delante de la puerta de ese camarote, después de dar esquinazo a mis dos acompañantes. Sabía que había algo raro aquí... Le oí dar puntapiés en la puerta y gritar.

FLETHERINGTON.—¿Está segura de que no se trataba de una muchacha? Porque aquí hay una muchacha. Una chica muy bonita. No me acuerdo de su nombre, pero me curó muy amablemente estas pequeñas heridas.

URSULA.—*(Divertida.)* ¡Una muchacha! «Eso» explica la presencia del chico bien parecido. Me pareció que estaba muy lejos de aquí. Tiene una chica aquí. ¡Buena idea! Pero el del camarote era un hombre.

LORD COTTINGLEY.—Guíame a ese camarote. *(A* FLETHERINGTON.) No venga usted. Necesita descansar. Y cuide de su explosivo. *(Salen apresuradamente* LORD COTTINGLEY *y* URSULA, *por la derecha, hacia la superestructura.* FLETHERINGTON *recoge su saquito, lo abre y empieza a examinar sus cristales explosivos, cuando entran precipitadamente por otra entrada, a la derecha,* GRIDLEY *y* PATCH, *acalorados y preocupados.)*

GRIDLEY.—¿Ha visto usted a esa condenada joven?

FLETHERINGTON.—*(Con calma.)* Se ha ido por allí con su padre. Para enseñarle un camarote en donde hay un hombre encerrado.

PATCH.—*(Después de silbar.)* Eso echa por tierra todos nuestros planes.

GRIDLEY.—En efecto. ¿Y qué diablos coronados vamos a hacer para remediarlo? *(A* FLETHERINGTON, *que sigue examinando sus cristales.)* Y no ande enredando con eso.

FLETHERINGTON.—*(Sonriendo.)* Perfectamente seguro.

GRIDLEY.—Eso es lo que «usted» dice, pero no creo que sepa usted lo que es seguro y lo que no lo es. ¡Mire cómo se ha puesto! Así es que, por amor de Dios, deje de enredar con eso. Déjelo donde estaba. (FLETHERINGTON, *todavía sonriente, obedece.)* No pueden soltar a Slivers, ¿verdad?

PATCH.—No; tengo la llave en el bolsillo. Pero Slivers les ha-

brá contado todo lo referente a Hilda, a través del ojo de la cerradura.

GRIDLEY.—A lo mejor no ha dicho nada. Será preferible esperar a ver lo que pasa. *(Se sienta, se enjuga el sudor y respira afanosamente.)* ¡Qué mañanita! Todo esto pasa por desear que suceda algo, por tanto gruñir porque hay tranquilidad. *(Gritando.)* ¡Me gusta la tranquilidad! ¡Nunca habrá demasiada tranquilidad para mí! Si este barco estuviese en alta mar, que es donde debía estar, y las máquinas marchasen como es debido, y no hubiese demasiados pasajeros, no pediría nada mejor. Y no me importaría la tranquilidad que hubiese, no me importaría que no sucediese maldita sea la cosa en seis meses.

PATCH.—Pues no tienes suerte, Sam. Pasará mucho tiempo antes que este viejo cascarón vuelva a navegar por los Forties (1).

FLETHERINGTON.—Lord Cottingley hablaba hace un momento de comprarlo.

PATCH.—¿Qué querrá hacer con el barco ese viejo marrullero?

GRIDLEY.—Espera un momento, no puedes hablar de ese modo. ¿Cómo sabes que es un marrullero?

PATCH.—Pregunta a cualquiera de la Dirección. Allí, más o menos, todos son unos marrulleros; pero él era el marrullero mayor, y por eso tuvo que presentar la dimisión. ¿Para qué quiere comprar el barco? No me fío de él.

FLETHERINGTON.—Le interesa mi explosivo, la fletherita.

GRIDLEY.—*(Entre humorístico e iracundo.)* ¿Conque sí, eh? Supongo que será como usted, ¿no? Que le gustaría probarla en el barco, volándolo, ¿verdad?

FLETHERINGTON.—*(Con sencillez.)* Sí, eso fue lo que dijo.

GRIDLEY.—*(Estallando.)* Pero ¿qué diablos...? *(Mira a* PATCH, *y, desesperado, emite su silbido ascendente, mientras* PATCH, *devolviéndole la mirada, silba la escala descendente.)* O yo he perdido la chaveta o esta mañana la ha perdido todo el mundo. ¿Dónde está el sentido de todo esto? Vamos a ver: esto es un barco, ¿no? Y cuando yo digo un barco, quiero decir un barco, no algo que se arma en una mañana, no un vulgar chisme de dos peniques, un aparato de radio o un gramófono, sino un «barco»..., y aunque fuese una maldita colmena...

PATCH.—*(Sardónico.)* «Es» una colmena. ¿No me dijiste esta mañana que había abejas a bordo...?

GRIDLEY.—*(Explosivamente.)* Sí, abejas a bordo, y abejas en nuestra sesera. Nos estamos volviendo todos locos. Lo veo venir. Ahora bien: esto es un barco...

PATCH.—Ya lo has dicho antes, Sam. Escucha. Ven aquí. *(Se ponen a hablar confidencialmente.* FLETHERINTGTON *no realiza el me-*

(1) Zona marítima situada entre la costa nordeste de Escocia y la costa sudeste de Noruega, así llamada por su profundidad, que es de cuarenta brazas y más. *Forty,* cuarenta. *(N. del T.)*

nor intento de escuchar. Se queda inmóvil, con aire lejano y soñador.) ¿No ves cuál es el juego?

GRIDLEY.—No; no lo veo.

PATCH.—Bueno, se trata de un viejo y excelente juego. Seguros.

GRIDLEY.—¿Seguros?

PATCH.—Sí, seguros. Cottingley podría comprar ahora el barco por cuatro cuartos. Pero si le ocurriese algo..., si se perdiese por completo..., entonces podría cobrar el seguro. ¿Comprendes?

GRIDLEY.—¿Crees que se trata de eso?

PATCH.—Estoy convencido. No sé si podrá ponerla en práctica, pero esa es su idea, puedes apostarte la vida.

GRIDLEY.—Pero ¿y él? *(Indicando a* FLETHERINGTON.) ¿Es también su idea?

PATCH.—No; ese está loco, sencillamente. Lo único que quiere es volar algo.

GRIDLEY.—*(Lanza una indignada mirada a* FLETHERINGTON *y eleva gradualmente la voz.)* Y le tiene sin cuidado lo que sea. La cuestión es volar algo. La catedral de San Pablo. El hospital para niños. Sí, estoy hablando de usted, míster Fletherington.

FLETHERINGTON.—*(Mansamente.)* ¿Qué ocurre conmigo?

GRIDLEY.—Mucho y malo. Todo usted es una pura molestia. Es usted una amenaza.

FLETHERINGTON.—No; no lo soy. Soy simplemente un químico, un hombre de ciencia.

GRIDLEY.—*(Bramando.)* ¡Lo sé, lo sé! Hoy trata usted de volarnos a todos y mañana intentará aplicarnos una dosis de gases venenosos. ¿Para qué quiere ese maldito explosivo, eh? Antes que todos ustedes hayan terminado de enredar con esas cosas, nos habrán despachado a todos.

FLETHERINGTON.—*(En actitud defensiva.)* Todo lo que yo hago es investigar...

GRIDLEY.—Sí, y observar los resultados. Volándonos, quemándonos vivos, envenenándonos. Dejen de una vez sus condenadas investigaciones.

FLETHERINGTON.—De ninguna manera. Siento mucho oírle hablar de ese modo, míster Gridley. En el curso de toda mi vida, jamás he hecho daño a nadie voluntariamente.

GRIDLEY.—Lo creo. Y eso es precisamente lo que hace que todo sea tan disparatado e insensato. Usted no quiere hacer daño a nadie; pero, ¡por Dios vivo!, que lo va a hacer. Mire cómo ha empezado esta mañana. Voy a ver lo que están haciendo esos dos. *(Hace mutis por donde salieron* LORD COTTINGLEY *y* URSULA.)

FLETHERINGTON.—Lamento en el alma, señor..., ejem...

PATCH.—Patch. Patch.

FLETHERINGTON.—Eso es, Patch. Lamento en el alma que míster Gridley tenga esa opinión de mí...

PATCH.—Está bien. No se preocupe. Sam está muy nervioso estos días. Después de todo, es un jefe de máquinas, no un vigi-

lante. Se le parte el corazón al verse aprisionado así en un barco, que casi se ha convertido en una huerta. Ni siquiera se ve el mar desde aquí. Y está pasando una mañana muy mala. Yo también. Solo que yo no me preocupo tanto como él. *(Cambiando bruscamente de tono.)* ¿Que le parece esa chica?

FLETHERINGTON.—¿La hija de lord Cottingley...?

PATCH.—No; no la querría ni regalada. He visto muchas como ella. No de clase tan elevada, naturalmente, pero del mismo corte. No, no; me refiero a la otra..., a la sobrina de Sam..., miss Jackson. Esa «es» una chica...

FLETHERINGTON.—Muy gentil. ¿Dónde está?

PATCH.—Apartada del mundanal ruido..., en el camarote del capitán, supongo. Será mejor que vaya a ver si necesita algo... *(Da media vuelta para marcharse, pero se detiene al ver llegar a otra persona,* GASTER. *Es hombre de unos cuarenta años, más bien alto y muy delgado, con el largo y flaco cuello y la prominente nuez de Adán de tantos revolucionarios. Tiene unos rasgos un poco hebraicos, perfectamente rasurados, ondulada cabellera grisácea, espesa, pero clareando en la coronilla; no lleva sombrero y va vestido con un traje oscuro, sin chaleco y con una burda camisa. Puede usar gafas. Su voz es aguda y quejumbrosa. Sube a bordo con aires un tanto misteriosos y arrogantes.)*

GASTER.—*(A* PATCH.*)* Buenos días, camarada.

PATCH.—Buenos días.

GASTER.—Un miembro del partido en Longport...

PATCH.—¿Qué partido?

GASTER.—El partido comunista. Me habló de este barco, y, como probablemente sabrá usted, estamos haciendo campaña para una elección parcial que ha de celebrarse en Longport. También estamos preparando una huelga de los obreros del transporte allí. De modo que, camarada...

PATCH.—Espere un momento, espere un momento. No me llame camarada, ¿quiere?

GASTER.—¿Por qué no?

PATCH.—Porque no le conozco, y porque no soy su camarada, ¿comprende?

GASTER.—Pero los dos somos trabajadores.

PATCH.—*(Tajante.)* No lo somos. En primer lugar, yo no soy un trabajador. En segundo lugar, usted no es un trabajador. Y tampoco lo es él.

GASTER.—Pero usted no está al lado de la clase dominante, no ayuda a los capitalistas, ¿no es cierto?

PATCH.—En efecto, no estoy con los capitalistas. Al diablo con ellos.

GASTER.—Entonces estamos de acuerdo. Está usted a nuestro lado. Está con las masas.

PATCH.—No, no lo estoy. Al diablo las masas también. No sé quiénes son las masas, pero que se vayan al infierno.

GASTER.—Nosotros somos las masas, usted y yo.

PATCH.—Usted podrá serlo, pero yo no. ¡Las masas..., bah! ¿Por quién me toma? No soy camarada suyo y no soy uno de la masa. Me llamo Patch, soy segundo oficial de este barco..., o lo era, cuando esto «era» un barco y no una especie de parador en el camino.

GASTER.—*(Con vehemencia.)* Efectivamente. ¿Y por qué permanece ocioso de esa manera? Porque el sistema capitalista se resquebraja...

PATCH.—Dígaselo a él. Lo sé perfectamente. Y no se quede mucho tiempo aquí, porque esta mañana estamos muy ocupados. *(Sale.* GASTER *se vuelve hacia* FLETHERINGTON, *quien le sonríe.)*

GASTER.—Buenos días, camarada. No tiene usted aspecto de marinero.

FLETHERINGTON.—No lo soy. Soy químico investigador.

GASTER.—¿No es miembro del partido?

FLETHERINGTON.—No soy miembro de ningún partido. No tengo tiempo para partidos.

GASTER.—Todos los trabajadores manuales o intelectuales deben estar con nosotros. *(Andando por la escena, se acerca al lugar en que se hallan los fulminantes.)*

FLETHERINGTON.—*(Alarmado.)* No toque eso. Fulminantes.

GASTER.—*(Retrocediendo.)* ¡Ah! ¿Y qué hacen aquí?

FLETHERINGTON.—Los he traído yo. Estoy haciendo pruebas con mi nuevo explosivo, la fletherita. Lo tengo aquí, en este saquito.

GASTER.—*(Con aire de importancia.)* ¡Ah!..., comprendo. Yo también sabía algo de química..., antes de abandonarlo todo por el trabajo del partido.

FLETHERINGTON.—*(Con vehemencia, acercándose a él.)* ¿Sí? Pues esto le interesará. Llevaba cierto tiempo trabajando con los compuestos nítricos. Producción sintética de la bencina... *(En este punto son interrumpidos por la llegada de* URSULA, *que está muy en su papel de joven aburrida, ansiosa por llamar la atención de los hombres, de cualquier hombre.)*

URSULA.—Ejem... *(Los dos hombres la miran sin el menor interés.)* ¡Hola!, aquí hay otro. Buenos días.

GASTER.—*(Sin interés.)* Buenos días. *(A* FLETHERINGTON.*)* ¿Decía usted?

URSULA.—Es bastante curioso el caso de esa muchacha, ¿no? La vi atisbando desde una esquina y la perseguí un rato, pero tuve que renunciar. Un barco desierto es un maravilloso lugar para jugar al escondite. También es estupendo para celebrar una fiesta. Pienso preguntarle cuál era la sucia faena que sir Eric tenía entre manos. Ella tiene que saberlo, ¿no les parece?

FLETHERINGTON.—*(Indiferente.)* Sí, claro. *(A* GASTER, *mientras se alejan juntos hacia el fondo, a la derecha.)* Así, pues, procedí a realizar el tratamiento acostumbrado con nitrato amónico..., me refiero a la vieja sustancia, ya sabe..., nada nuevo allí. Y enton-

ces se produjo un fenómeno curioso. Había lacrado una pequeña mezcla en un tubo de ensayo..., cuestión de rutina... *(Los dos hombres hacen mutis en ese momento.* URSULA *los sigue con la mirada, muy disgustada.)*

URSULA.—*(Con la mirada clavada en el lugar por donde se han marchado los dos hombres.)* ¡Malditos groseros! *(Enciende malhumoradamente un cigarrillo y mira a su alrededor. Empuja una silla, da un puntapié a algo, encuentra luego el paquete de fulminantes. Lo mira distraídamente, lo lanza hacia arriba, a escasa altura, y se vuelve a cogerlo en el aire, pensando en otra cosa. Entra* PATCH *apresuradamente.)*

PATCH.—¿Dónde diablos está todo el mundo? *(Ve lo que está haciendo* URSULA *y se llena de alarma.)* ¡No! ¡Deténgase!

URSULA.—*(De mal humor.)* ¿De qué está hablando? Si no deja de correr de un lado para otro y de gritar y de mostrarse tan grosero, le arrojaré esto a la cabeza.

PATCH.—¡Oh!... Por amor de Pete, deje eso.

URSULA.—*(Acicalándose y acercándose a él.)* ¿No cree que soy bastante atractiva?

PATCH.—No.

URSULA.—¿Qué?

PATCH.—Sí.

URSULA.—«Mucho» más bonita que esa niñera que tiene usted por ahí, ¿no es verdad?

PATCH.—Sí, sí; lo que usted quiera. Solo que...

URSULA.—Eso está mejor. Son todos ustedes tan rudos y desatentos aquí... ¿Adónde tiro esto?

PATCH.—*(Apremiante.)* No lo tire a ninguna parte. *(Desde la parte que da acceso a los camarotes, llegan presurosos* LORD COTTINGLEY *y* GRIDLEY.)

LORD COTTINGLEY.—Escúchame, Ursula: tira eso lejos.

GRIDLEY y PATCH.—*(Apremiantes.)* ¡No! ¡No lo haga!

LORD COTTINGLEY.—*(Asustado.)* No, no lo tires. Por amor de Dios, criatura, déjalo en el suelo. Déjalo cuidadosamente en el suelo.

GRIDLEY.—Son fulminatnes.

URSULA.—Bueno, ¿pueden romperse o qué?

GRIDLEY.—*(Enjugándose la frente.)* Estallarán. Le arrancarán las manos y las piernas.

URSULA.—*(Alarmada ahora.)* ¡Oh! *(Con infinito cuidado, observada por los hombres, en medio de mortal silencio, coloca el paquete en el mismo sitio en donde lo halló.* LORD COTTINGLEY *exhala un audible suspiro de alivio.* GRIDLEY *y* PATCH *silban.* URSULA, *indignada.)* ¡Podían habérmelo advertido!

GRIDLEY.—Esperen un minuto. Antes de pasar a otra cosa, vamos a arreglar esto. Que no se mueva nadie. *(Desaparece por la entrada de un camarote.)*

URSULA.—Estamos arreglados. Lo primero que hay que hacer es encontrar a esa muchacha y sacarle la verdad.

PATCH.—No se preocupe por ella.

LORD COTTINGLEY.—*(Con amenazadora suavidad.)* Pero, como ciudadanos amantes de la ley, tal vez nuestro deber consista en notificar a la Policía que esa joven se encuentra aquí.

PATCH.—No diga tonterías. Usted no tiene nada que ver en ese asunto.

LORD COTTINGLEY.—Y, además, está ese pobre hombre a quien han encerrado ustedes... ¿Qué me dice de él?

PATCH.—Nosotros le atenderemos adecuadamente, gracias.

URSULA.—Me gustaría bajarle un poco los humos. Está usted demasiado satisfecho de sí mismo. *(Entra* GRIDLEY, *trayendo un gran trozo de cartón, en el cual, con grandes letras trazadas con tinta roja o con tiza, ha escrito: «¡Peligro! ¡No tocar!» Coloca el cartel delante de los fulminantes.)*

GRIDLEY.—*(Murmurando y rezongando mientras hace esto.)* ¡Santo Moisés! ¡Qué mañana! Todo el mundo está loco de atar. Nada tiene sentido. ¡La naturaleza humana! Ojalá fuese un toro en una dehesa. O una marsopa o un delfín. Incluso una gaviota, una maldita gaviota medio muerta de hambre. *(Cuando el cartel está colocado.)* ¡Ahora! Eso está mejor. ¿No está mejor?

LORD COTTINGLEY.—Mucho mejor. Ha sido una idea muy sensata.

GRIDLEY.—Eso mismo opino yo..., que ha sido una idea muy sensata.

URSULA.—Cualquiera creería que acaba de inventar la escritura.

GRIDLEY.—*(Con engañosa dulzura.)* Mire, miss, es usted una joven muy agradable... y bien parecida. Lo que se dice bonita. Sí, decididamente bonita. Facciones correctas, magnífico color, excelente figura... Apuesto a que educada con largueza.

LORD COOTINGLEY.—*(Con complacencia.)* No es posible comprar mejor educación. Los mejores internados de Europa. Y cuando hace dos años se presentó en sociedad, se la consideró la más linda de cuantas muchachas hicieron su presentación esa temporada. Fue una de las bellas del «Tatler».

GRIDLEY.—*(Sin abandonar su tono meloso.)* Estoy convencido de ello, estoy plenamente convencido. Una joven bella, costosa, elegante..., *(Con repentina y sobrecogedora ferocidad.)* ¡a quien por dos alfileres daría un vapuleo que no se le olvidaría en el resto de su vida!

URSULA.—*(Furiosa.)* Bien, pues aquí tiene uno. *(Se acerca a él y le propina una sonora bofetada.* LORD COTTINGLEY *lanza una exclamación de protesta.* PATCH *prorrumpe en estentóreas carcajadas.* GRIDLEY *se queda asombrado.* URSULA *los mira a todos con desprecio mientras se aleja unos pasos de* GRIDLEY.)

GRIDLEY.—*(Con vivacidad.)* Bueno, lo mejor será que arreglemos en seguida las cosas.

PATCH.—Aguarda un momento, Sam. ¿Dónde está ese joven comunista que estaba antes aquí?

GRIDLEY.—*(Exasperado.)* ¿Comunista? ¿Qué comunista? Aquí no hay comunistas. No seas tonto, Bob; no seas tonto.

PATCH.—No soy tonto. Te digo que había uno aquí hace unos minutos.

GRIDLEY.—Pero ¿de dónde salen todos? ¿Qué se han creído que es esto? ¿Una conferencia?

LORD COTTINGLEY.—*(Interesado.)* Un comunista, ¿eh? ¿Cómo sabe que lo era?

PATCH.—Porque me dijo que había venido a trabajar para el partido en las elecciones de Longport. Y también me habló de algo relacionado con una huelga. Era un comunista, sin lugar a dudas. Y, además, profesional. Un camarada profesional.

LORD COTTINGLEY.—¿Y se ha marchado?

URSULA.—No; he visto aquí a un hombre con aspecto de bolchevique, que estaba hablando con míster No-Sé-Qué...

LORD COTTINGLEY.—*(Interesado.)* Fletherington.

URSULA.—Eso es. Se fueron juntos por ahí, charlando amigablemente.

PATCH.—¿De qué?

URSULA.—¡Oh!..., pues de nitratos y tubos de ensayo y cosas. (GRIDLEY *y* PATCH *intercambian una mirada y silban.* LORD COTTINGLEY *parece complacido y pensativo al mismo tiempo.)*

PATCH.—Voy a buscar a esos dos.

URSULA.—Le acompaño.

PATCH.—¿Para qué?

URSULA.—Solo para fastidiarle. *(Sale* PATCH, *y* URSULA *se dispone a seguirle)*

LORD COTTINGLEY.—Espera un momento, querida. Pudiera necesitarte para que me lleves un telegrama.

GRIDLEY.—*(Categórico.)* ¡Oh!, no; no lo hará.

LORD COTTINGLEY.—¿Qué es lo que no haré?

GRIDLEY.—Enviar un telegrama.

LORD COTTINGLEY.—Mi estimado señor, no le comprendo.

URSULA.—Bueno, ya lo arreglarán entre los dos. Voy a fastidiar un poco a ese señor... ¿Cómo se llama?... Patch. *(Sale.)*

LORD COTTINGLEY.—Si considero oportuno pedir a mi hija que lleve un telegrama a la oficina de correos más próxima, seguramente no será necesario que obtenga antes su permiso, ¿verdad, míster Gridley?

GRIDLEY.—*(Gravemente.)* Escuche, lord Cottingley: nada de jugarretas con este barco.

LORD COTTINGLEY.—*(Suavemente.)* Mi querido amigo, no debe hablar así. No, no debe hablar así. No está tratando con una pandilla de fogoneros.

GRIDLEY.—En efecto. Y bastante lo siento. Eso es lo que debería estar haciendo.

LORD COTTINGLEY.—*(Suavemente.)* Sin duda. Por mi parte, lamento sinceramente ver a un oficial de su experiencia, una experiencia valiosísima, arrinconado de esta manera. Y si hay algo que yo pueda hacer... Como puede suponer, todavía tengo alguna influencia en los círculos navieros...

GRIDLEY.—*(Gravemente.)* ¿Por qué no compra este barco...?

LORD COTTINGLEY.—Pudiera ser.

GRIDLEY.—Sí, pero comprarlo para ponerlo en servicio. Le buscaré oficiales y una tripulación que lo llevarán como un reloj de aquí a Valparaíso... Muchachos que se están mordiendo los puños, ansiando trabajar. Y el barco está en perfectas condiciones. No tendrá que gastarse más de mil o dos mil libras en darle un repaso. Es un hermoso barco. ¿Qué dice usted?

LORD COTTINGLEY.—*(Moviendo la cabeza.)* Cuando tenga deseos de gastarme el dinero en un capricho caro, me compraré un yate, y no un barco de carga. Muchas gracias.

GRIDLEY.—¿Es que no obtendría beneficios?

LORD COTTINGLEY.—No hay la menor probabilidad de eso, mi querido amigo. Este barco devoraría dinero. Lo mismo podría coger todo el dinero que fuese capaz de reunir y arrojarlo en medio del Atlántico.

GRIDLEY.—*(Desesperado.)* En ese caso, ¡por Dios vivo!, también podría apoderarse de unos cuantos millares de nosotros para arrojarnos en medio del Atlántico. Pero yo no lo creo. ¡Mírelo! *(Indicando el barco.)*

LORD COTTINGLEY.—*(Sin mirar.)* Sí, mírelo.

GRIDLEY.—Sí, pero no lo mira. Nunca lo ha mirado como es debido. Sentado en oficinas, sumando cifras, celebrando reuniones, ofreciéndose cigarros..., así no se gobierna un barco.

LORD COTTINGLEY.—Es la única manera de gobernarlos.

GRIDLEY.—No; los barcos son como las mujeres Hay que amarlos y vivir con ellos. Este barco es como una mujer para mí. No es equis cifras en un libro..., debe y haber, ¡y Judas Iscariote sabe el qué! Por eso se lo advierto. Nada de jugarretas. Nada de comprarlo hoy para barrenarlo mañana.

LORD COTTINGLEY.—No sé lo que quiere decir eso de «barrenarlo». Y de todos modos, Gridley, olvida usted una cosa. En el momento en que este barco fuese de mi propiedad, usted no tendría ningún derecho a estar aquí y yo podría enviarle inmediatamente a tierra.

GRIDLEY.—*(Iracundo.)* Y tan pronto como usted hiciese eso, yo iría automáticamente a la estación de Policía más próxima.

LORD COTTINGLEY.—Allí es adonde debería ir yo ahora.

GRIDLEY.—¿Por qué?

LORD COTTINGLEY.—¿No estará usted olvidándose de su sobrina, miss Jackson, conocida, según creo, como «la testigo desapare-

cida»? ¿Y ese hombre a quien han encerrado en un camarote? ¿Qué me dice de ellos? *(Sonríe triunfalmente,* GRIDLEY *está frenético de exasperación y desconcierto. Patea y farfulla una sarta de maldiciones.* LORD COTTINGLEY *continúa hablando suavemente.)* Sea usted sensato. No tengo ningún interés en molestarles ni a usted ni a la muchacha...

GRIDLEY.—No me gusta lo que se oculta detrás de eso. He observado que la gente nunca le dice a uno que no desea molestarle hasta que está dispuesta a crearle a uno toda suerte de dificultades.

LORD COTTINGLEY.—Jamás he hecho de policía y no pienso empezar ahora. Mi teoría consiste en ocuparme de mis asuntos.

GRIDLEY.—*(Musitando.)* Sí, pero no me gustan nada sus asuntos.

LORD COTTINGLEY.—Y todo lo que pido es que no se mezcle en lo que no le importa...

GRIDLEY.—Este barco me importa mucho.

LORD COTTINGLEY.—Pero dejará de importarle si lo compro yo.

GRIDLEY.—Este barco será siempre para mí el «Gloriana», tanto si lo compra usted como si se lo venden a los japoneses para que hagan bicicletas. Y mientras esté aquí, no será víctima de ninguna jugarreta. Realmente, mientras su señoría alimente ciertas ideas, será preferible que no haya telegramas.

LORD COTTINGLEY.—Gridley, se olvida de sí mismo.

GRIDLEY.—Eso es algo que nunca le ocurrirá a usted. *(Entra* FLETHERINGTON *por el foro derecha.)*

FLETHERINGTON.—Están discutiendo de política. Por eso los he dejado solos. No comprendo por qué la gente está constantemente discutiendo de política, cuando se puede discutir de tantas cosas más interesantes.

LORD COTTINGLEY.—Estoy de completo acuerdo con usted, mi estimado señor.

GRIDLEY.—*(Mirándolos con recelo.)* Me parece que hay demasiado acuerdo entre ustedes... *(A* FLETHERINGTON, *con aire sombrío.)* ¿Sabe lo que tenía que haber hecho con usted si hubiese tenido yo un poco de sentido común?

FLETHERINGTON.—*(Alegremente.)* No, míster Gridley.

GRIDLEY.—Le habría echado de este barco dos minutos después de su llegada a bordo. Bien, de todos modos, tendré que hacerlo con ese comunista. Por algo hay que empezar. *(Hace mutis por el foro derecha.)*

LORD COTTINGLEY.—*(Suavemente.)* ¿Qué clase de individuo es ese comunista, míster Fletherington?

FLETHERINGTON.—No es mal sujeto, lord Cottingley. Sabe algo de química, pero se ha dejado arrastrar un tanto atolondradamente al campo de la política. Un fanático.

LORD COTTINGLEY.—*(Satisfecho.)* ¡Vaya, vaya! ¿Le ha hablado usted de su explosivo?

FLETHERINGTON.—Sí, y ha mostrado gran interés. Tampoco se le ha escapado el aspecto divertido de la cuestión.

LORD COTTINGLEY.—¿Cuál es?

FLETHERINGTON.—¿No se lo he dicho? Es muy divertido. *(Ríe.)* Mire, llevaba yo trabajando desde hacía algún tiempo con los compuestos nítricos. Producción sintética partiendo de la bencina. Pues bien: había procedido al tratamiento usual con nitrato de amonio...

LORD COTTINGLEY.—*(Resuelto a no seguir por este camino.)* ¡Ah, sí, sí! Ya recuerdo. Muy divertido... Extraordinariamente divertido. Pero, dígame, míster Fletherington, dice usted que ese comunista mostró gran interés...

FLETHERINGTON.—Extremado interés. Está deseando probar la potencia del explosivo en este barco.

LORD COTTINGLEY.—*(Todo mieles.)* ¿De veras? ¿Sabe usted, míster Fletherington, que posee usted una extraordinaria capacidad para despertar el interés, e incluso el entusiasmo, por sus experimentos científicos?

FLETHERINGTON.—Bueno... Mucho me temo que sus razones no sean enteramente científicas, aunque, desde luego, está verdaderamente interesado en la fletherita. Parece creer que la voladura del barco podría tener cierta significación política..., aunque no alcanzo a comprender bien cuál pueda ser.

LORD COTTINGLEY.—*(Suavemente.)* Sin duda, considera que si su partido hiciese eso podrían decir que era un acto de protesta, una protesta sumamente vigorosa, desde luego, contra el sistema capitalista, que permite que estos barcos permanezcan inactivos...

FLETHERINGTON.—Eso es exactamente. ¿Encuentra usted explicación a semejante cosa?

LORD COTTINGLEY.—¡Oh!, desde luego. Aunque soy capitalista, y, como es natural, he de asociarme públicamente con el mantenimiento del sistema, no puedo por menos de comprender que, desde su punto de vista, tienen algo que decir.

FLETHERINGTON.—Debería usted hablar con él.

LORD COTTINGLEY.—Ciertamente que hablaré con él. *(Se oyen voces. Las de* GASTER *y* PATCH, *que discuten furiosamente en el foro derecha, fuera.)* «Voy a demostrarle lo que quiero decir.» «Escuche un momento, ¿quiere?» «Espere un minuto, espere un minuto.» *(Puede mezclarse también la voz de* GRIDLEY,*)* Pero, en este momento, parece que hay alguien que está hablando con él. *(Entran* GASTER, PATCH *y* GRIDLEY, *discutiendo todos a la vez. En pos de ellos viene* URSULA, *con aspecto de aburrimiento.)*

GASTER.—*(Dominando con su voz a los otros.)* Ustedes no saben lo que dijo Marx.

PATCH.—No; no lo sé ni me importa saberlo. Yo pienso por mí mismo, ¿comprende?

GASTER.—Yo puedo repetirles exactamente sus palabras.

PATCH.—*(Humorístico.)* ¿Es que le lleva consigo?

GASTER.—*(Con sencillez.)* Sí. *(Extrae del bolsillo un volumen de «El capital», de Marx.)*

GRIDLEY.—*(Sorprendido.)* ¡Caramba!... También él...

PATCH.—Es su Biblia.

GASTER.—*(Volviendo las páginas.)* Tiene usted razón. Es mi Biblia. También debería ser la suya.

GRIDLEY.—A mí que me den a Schopenhauer.

GASTER.—*(Sin dejar de volver páginas.)* Un pobre pesimista burgués.

PATCH.—*(Riendo.)* Eso está bien. He de procurar recordarlo.

GRIDLEY.—*(Indignado.)* Oiga, espere un momento...

GASTER.—*(Dominándole con la voz.)* Escuchen ahora. *(Lee.)* «Así, pues, para convertir el dinero en capital, el poseedor de dinero tiene que encontrarse en el mercado, entre las mercancías, al obrero libre; libre en un doble sentido, pues de una parte ha de poder disponer libremente de su fuerza de trabajo como de su propia mercancía, y de otra parte no ha de tener otras mercancías que ofrecer en venta; ha de hallarse, pues, suelto y libre de todos los objetos necesarios para realizar por cuenta propia su fuerza de trabajo.»

URSULA.—*(Con energía, mientras los otros digieren esto.)* ¡¡Recórcholis!! *(Disgustada, se aleja de ellos, se sienta y enciende un cigarrillo.)*

PATCH.—*(Excitado.)* ¡Un momento, un momento! ¿Quién es ese «obrero»?

GASTER.—Ya se lo he dicho. Cualquiera que no posea los medios de producción, que no sea un capitalista, que tenga que vender su fuerza de trabajo.

PATCH.—Entonces, yo ¿qué soy?

GRIDLEY.—No, Bob, no se trata de ti. *(A* GASTER, *con aire de triunfo.)* ¿Qué me dice de un hombre que posea un retablo de títeres? ¿Es un capitalista? ¿Es un obrero?

GASTER.—*(Despectivamente.)* No estamos hablando de títeres.

GRIDLEY.—Pero usted ha dicho que él lo explicó todo. Entonces, ¿qué hay de un hombre que posea un retablo de títeres?

PATCH.—*(Rápidamente.)* No, Sam; te sales de ello.

GRIDLEY.—*(Con voz fuerte.)* ¿De qué?

PATCH.—*(Gritando.)* Del razonamiento, de la cuestión.

GASTER.—*Gritando.)* Pues claro que se sale de la cuestión.

GRIDLEY.—*(Gritando.)* ¿Qué cuestión?

LORD COTTINGLEY.—*(Con voz fuerte, interviniendo en la discusión.)* Sí, ¿cuál es exactamente la cuestión?

URSULA.—*(Dominándolos a todos.)* No hay ninguna cuestión. No saben de qué están hablando.

PATCH.—*(Con ademán desdeñoso.)* Yo sé perfectamente de lo que hablo.

GRIDLEY.—*(Casi colérico.)* ¿Y yo no?

GASTER.—*(Bramando.)* ¡No! ¡Ninguno de ustedes sabe de qué

está hablando! Lo sé porque he estudiado estas cosas. Todo está aquí, en Marx. Si se acercan un poco, se lo demostraré. (GRIDLEY, PATCH *y* LORD COTTINGLEY *se congregan en torno a él.* FLETHERINGTON *deambula por la escena.* URSULA *se sienta, aburrida de todos ellos.)* Lean a Marx ustedes mismos. *(En el momento en que, con voz fuerte, dice esto, se presenta en escena el capitán* MELLOCK, *una figura siniestra. Es hombre que se aproxima a la cuarentena, relamido y de aspecto atlético, no mal parecido, pese a cierto aire de dureza. Ostenta una romántica cicatriz en el rostro. Va destocado y lleva una camisa de uniforme azul oscura, con una banderita nacional a un lado y cierto número de cintas militares al otro; viste impecable pantalón oscuro, con bolsillos lo bastante grandes para guardar un revólver. El conjunto produce el efecto de un uniforme fascista. Se queda mirando al grupo. Al principio, solamente le ve* URSULA, *quien se anima instantáneamente.)*

URSULA.—*(A los otros.)* ¡Eh! Miren lo que ha venido. *(Se vuelven todos hacia* MELLOCK, *sorprendidos.)*

MELLOCK.—*(Con aspereza.)* ¡Marx! ¡Bah! ¡Marx!

GASTER.—*(Vehemente.)* ¿Qué ocurre con Marx?

MELLOCK.—*(Aspero.)* Querrá decir ¿qué ocurre con usted, sucio rojo? Usted es Gaster, ¿verdad? El regalo de Moscú a Longport.

GASTER.—Y yo supongo que es usted Mellock, ese *míster* que tanto ha fanfarroneado, ¿no?

MELLOCK.—*(Corrigiéndole vivamente.)* Capitán Mellock. Sí. De los neofascistas británicos.

GASTER.—*(Con befa.)* ¡De los neofascistas británicos! ¡Niños jugando a los soldaditos!

MELLOCK.—No se confunda, Gaster. No todos somos niños y no todos estamos jugando a los soldaditos. Yo, por lo menos, no. Y no fanfarroneo. Siempre cumplo lo que digo.

PATCH.—*(Rudamente.)* Está bien, general; dígalo y márchese.

MELLOCK.—¡Cierre el pico! No estoy hablando con usted... todavía. Escuche, Gaster, le he estado buscando toda la mañana.

GASTER.—Pues ya me ha encontrado.

MELLOCK.—He encontrado todo un nido. El cuartel general del partido, ¿eh?

PATCH.—¿Puede dejar de decir tonterías aunque solo sea un minuto...?

MELLOCK.—Le he dicho que cierre el pico.

GRIDLEY.—¡Bob!

PATCH.—Está bien, Sam.

GRIDLEY.—Ya hemos dejado subir a bordo a demasiada gente. Pero a este caballero no podemos admitirle a ningún precio, decididamente.

PATCH.—Tienes mucha razón, Sam. El general se marcha.

MELLOCK.—*(Avanzando un paso.)* No voy a tardar nada en darles una lección de urbanidad, rojos bastardos.

PATCH.—Vamos, Sam. (PATCH *y* GRIDLEY *hacen un resuelto movi-*

miento hacia adelante. Al mismo tiempo, MELLOCK *retrocede y saca un revólver, con el cual apunta a ambos.)*

MELLOCK.—*(Mordiendo las palabras.)* ¡Vamos! ¡Todo el mundo manos arriba! Y retrocedan un poco. ¡Vamos, vamos, de prisa! Y no piensen que no dispararé, porque lo haré en caso necesario. *(Tiene aspecto de hallarse dispuesto a cumplir su amenaza. Retroceden todos, excepto* URSULA, *que contempla encantada la escena. Quedan ahora agrupados de tal modo, que* GRIDLEY *y* PATCH *permanecen separados de los demás, a la izquierda.)*

URSULA.—¡Maravilloso! ¿Participo yo también en esto?

MELLOCK.—*(Lanzándole una rápida y penetrante mirada.)* Participará si no se está quieta.

URSULA.—*(Apreciativamente.)* Creo que es usted «demasiado» dulce.

MELLOCK.—*(Sin dejar de apuntar a todos con el revólver, pero concentrando fundamentalmente su atención en* GRIDLEY *y* PATCH.) Y ahora... *(Reflexiona.)*

PATCH.—Ha ido demasiado al cine, eso es lo que le pasa.

MELLOCK.—*(Asperamente, a* GRIDLEY *y* PATCH.) Ustedes dos, que se creen tan valientes, ¿quiénes son ustedes?

PATCH.—*(Prontamente.)* Hitler.

GRIDLEY.—Mussolini. *(Continúa refunfuñando entre dientes.)* Todo esto es absurdo, total y completamente disparatado. (PATCH *inicia un rápido movimiento, pero* MELLOCK, *que está muy alerta, le amenaza instantáneamente, y aquel tiene que quedarse quieto.)*

LORD COTTINGLEY.—*(Con sus más untuosos modales.)* Capitán Mellock, creo que sería conveniente que me permitiese usted explicar la situación.

MELLOCK.—*(Mirándole de soslayo.)* ¿Quién es usted? Mantenga los brazos en alto.

LORD COTTINGLEY.—Soy lord Cottingley.

MELLOCK.—*(Sorprendido.)* ¡Lord Cottingley! ¿Y qué hace usted aquí?

LORD COTTINGLEY.—*(Suavemente.)* He sido uno de los directores de la compañía propietaria de este barco. Puedo explicarlo todo claramente.

MELLOCK.—Antes de nada, deje que ponga a buen recaudo a estos dos individuos. *(Indica a* GRIDLEY *y* PATCH.)

LORD COTTINGLEY.—*(Con satisfacción.)* Bueno, ahí tiene la bodega. Métalos en ella.

GRIDLEY.—*(Indignado.)* ¡Bonita idea! ¡Diablos coronados, qué mañanita!

MELLOCK.—*(Rudamente, sin dejar de amenazarlos con el revólver.)* En marcha. Abajo. (GRIDLEY *y* PATCH *tienen que descender a la bodega, cuya escotilla está abierta a la derecha.* PATCH *lanza a* LORD COTTINGLEY *una mirada sumamente desagradable.)*

PATCH.—*(A* LORD COTTINGLEY.) No olvidaré esto..., asqueroso marrullero.

URSULA.—*(Con jubilosa dulzura.)* ¡Adiós, estimado míster Patch!

PATCH.—*(Al desaparecer, furioso.)* ¡Puaf!

LORD COTTINGLEY.—*(Adelantándose con vivacidad.)* Le ayudaré a sujetar el cuartel de la escotilla.

URSULA.—*(Alegremente.)* Y yo también. *(Los tres, sin que* MELLOCK *deje de vigilar a los otros dos, bajan el cuartel de la escotilla y la aseguran.* FLETHERINGTON *avanza un paso para coger su saquito.)*

MELLOCK.—*(Vivamente.)* ¡Alto!

LORD COTTINGLEY.—Está bien, capitán Mellock. Deje que lo coja. Se lo explicaré todo en un minuto. Estos dos no le crearán problemas.

MELLOCK.—No me fío de Gaster en absoluto.

LORD COTTINGLEY.—No, no; deje esto de mi cuenta Lo comprenderá en un minuto. Escuche, Fletherington. *(Le lleva el saquito a* FLETHERINGTON, *quien se ha retirado a donde está* GASTER, *y se pone a hablar con ellos susurrando.* MELLOCK *permanece en donde está, observándolos.* URSULA *le mira.)*

URSULA.—¿Un cigarrillo, capitán Mellock? *(Le ofrece uno.)*

MELLOCK.—*(Tomándolo.)* Gracias. *(Lo enciende rápidamente.)*

URSULA.—A propósito, soy la hija de lord Gottingley... Ursula.

MELLOCK.—Ya.

URSULA.—¿Sabe usted que me parece un hombre maravilloso?

MELLOCK.—*(Indiferente.)* ¿Sí?

URSULA.—¡Qué de cintas tiene usted! ¿Son falsas?

MELLOCK.—¡Pues claro que no! ¿Por quién me ha tomado? He peleado en distintos lugares durante veinte años... desde que tenía diecisiete.

URSULA.—Por consiguiente, tiene usted treinta y siete años, ¿no es eso? Una edad espléndida, en mi opinión. Los jóvenes son tan débiles... *(Le sonríe, pero él no se percata de ello. Está leyendo el cartel que previene contra el peligro de los fulminantes. Se lo indica a* URSULA.)

MELLOCK.—¿Qué quiere decir eso?

URSULA.—Querido, no es necesario que trate de amedrentarme. Son fulminantes, simplemente, y como no hace mucho estuvieron a punto de hacerme volar, han colocado ahí ese cartel.

MELLOCK.—*(Complacido.)* ¡Hum! Los he sorprendido con las manos en la masa. Justamente lo que necesitábamos.

URSULA.—No tiene usted ni la menor idea de lo que está hablando.

MELLOCK.—La tengo. No se preocupe.

URSULA.—No me preocupa «eso». *(Le contempla con mirada especulativa; luego habla bajando la voz.)* Dígame. Usted no será uno de esos hombres que no quieren tener nada que ver con las mujeres, ¿verdad?

MELLOCK.—*(Riendo.)* ¿Yo? No hay cuidado... He tenido demasiado que ver con ellas. Por todo el lugar...

URSULA.—Está bien, no necesito saber el resto.

MELLOCK.—*(Llamando.)* ¡Eh! ¿Qué sucede?

LORD COTTINGLEY.—*(Acercándose unos pasos.)* Si permitiese usted a estos caballeros concluir su conversación en cualquier otra parte... No abandonarán el barco..., no pueden hacerlo, excepto por ahí... Yo se lo explicaré todo...

MELLOCK.—Está bien. (FLETHERINGTON, *con su saquito, y* GASTER *hacen mutis por la izquierda.* LORD COTTINGLEY *avanza hacia la embocadura.)*

LORD COTTINGLEY.—Bien, parece usted un joven muy melodramático.

MELLOCK.—Pues no lo soy.

LORD COTTINGLEY.—¡Cómo! ¡Empuñando revólveres! ¡Manos arriba! ¡Y todo lo demás!

MELLOCK.—Eso no es melodrama. Hablaba muy en serio. No había ninguna ficción en eso, en absoluto. No llevo este revólver para divertirme, lo mismo que un peón no lleva para divertirse el pico o la pala.

URSULA.—*(Con leve mofa.)* Es un pistolero.

MELLOCK.—Pues pistolero, si así lo quiere. Solo que yo prefiero darme el título de soldado. Esa ha sido mi profesión desde que era un colegial. He sido soldado en Francia, Rusia, Palestina, China y América del Sur.

LORD COTTINGLEY.—¿Por qué? ¡Una existencia estúpida!

MELLOCK.—A mí no me importaba, y, de todos modos, eso era todo lo que podía hacer. Por otra parte, no lo olvide, son ustedes quienes están fingiendo, no yo. Ustedes están fingiendo que el mundo es todavía un lugar espléndido y seguro, y que la guerra concluyó en mil novecientos dieciocho.

LORD COTTINGLEY.—Bien, ¿y no es así?

MELLOCK.—Puede apostar la vida a que no. Que me lo pregunten a mí. Desde entonces, no he hecho otra cosa más que seguirla por todas partes.

LORD COTTINGLEY.—Oh... posiblemente... en algunos lugares apartados. Pero aquí no hemos visto nada de ella.

MELLOCK.—Es cierto; pero la verán..., la verán. Se nos echa encima. De otro modo, no estaría yo aquí. Y no se figure que estoy aquí para divertirme. Se me paga bien y se me conceden privilegios, y se me han prometido una paga y unos privilegios mucho más importantes.

URSULA.—¡Excelente!

LORD COTTINGLEY.—Pero ¿qué está haciendo aquí?

MELLOCK.—Los rojos presentan un candidato para esta elección parcial de Longport, donde mucha de la escoria del puerto ya es semibolchevique. Yo he ido allí, enviado por nuestro partido, para vigilar a esos rojos, especialmente a este individuo, a Gaster. Por eso le he seguido hasta aquí en mi coche. Y puede estar usted seguro de que no me marcharé mientras no sepa exactamente qué

es lo que ocurre aquí. Así es que ya puede empezar a explicarse.

LORD COTTINGLEY.—*(Sonriendo.)* La cosa presenta mal aspecto, ¿verdad?

MELLOCK.—Bueno... le encuentro codeándose con un destacado rojo, organizador profesional... y veo un montón de explosivos de gran potencia, listos para ser utilizados...

LORD COTTINGLEY.—*(Sonriente.)* Terrible... *(Va a seguir hablando en tono más confidencial, cuando se acuerda de* URSULA *y se vuelve hacia ella.)* ¿No te gustaría ir a dar un paseo, querida?

URSULA.—*(Resueltamente.)* No.

LORD COTTINGLEY.—Te aburrirá mucho nuestra conversación.

URSULA.—Oh, nada de eso. *(Sonríe impúdicamente a* MELLOCK, *quien la mira con el ceño fruncido.)* No perderé una sola palabra.

MELLOCK.—*(Con aire casual, a* LORD COTTINGLEY.) Podríamos encerrrarla durante media hora o así.

URSULA.—*(Avanza hacia él, muy erguida, desafiante, femenina.)* ¡Intente encerrarme en alguna parte! ¡Inténtelo! ¡Vamos!

LORD COTTINGLEY.—*(A* MELLOCK.) No la anime usted, amigo.

MELLOCK.—*(Indignado.)* No la estoy animando. ¡Animar yo a semejante criatura!

URSULA.—*(Con apasionado ironía.)* ¡Criatura! ¡Dios mío! ¿No le parece que ya estoy muy crecidita...?

MELLOCK.—Lo que usted quiera, pero cierre ya la boca. Tenemos que hablar. (URSULA *le mira con disgusto, se retira y se sienta, observándoles mientras los dos hombres charlan.)*

LORD COTTINGLEY.—*(Confidencialmente.)* Capitán Mellock, yo soy tan anticomunista como usted. En realidad, estoy por completo a su lado. Unido a su partido, si lo prefiere así. Pero la situación es la siguiente: Aquí tenemos un barco. Ahora bien: suponga que este barco fuese completamente destruido, volado, por los comunistas de la localidad...

MELLOCK.—Precisamente lo que deseamos es cogerlos haciendo una cosa así.

LORD COTTINGLEY.—*(Con desenvoltura.)* Lo comprendo perfectamente. El incendio del Reichstag y así sucesivamente. Siempre produce un efecto maravilloso en la mente del público decente y respetuoso con la ley.

MELLOCK.—Tras unos cuantos actos de esa clase de terrorismo, el público nos llamará para que lo protejamos. En eso radica la fuerza de nuestra posición.

LORD COTTINGLEY.—Naturalmente.

MELLOCK.—El problema consiste en que los pobres cerdos de aquí no tienen agallas para ser terroristas.

LORD COTTINGLEY.—*(Suavemente.)* Eso es una contrariedad, desde luego. Pero... Mire usted..., tenemos un barco grande y hermoso, tenemos un nuevo explosivo de gran potencia y el hombre que sabe manejarlo, y tenemos a su amigo Gaster. Y entonces irrum-

pe usted violentamente... justo en el momento más inoportuno. *(Los dos hombres se miran significativamente.)*

MELLOCK.—Comprendo.

LORD COTTINGLEY.—*(Suavemente.)* Así lo esperaba.

MELLOCK.—Pero entonces ¿qué pinto yo?

LORD COTTINGLEY.—Evidentemente, todavía nada. Aunque, dicho sea entre los dos, me alegro de que llegase en el momento en que lo hizo, porque así hemos podido desembarazarnos de esos dos oficiales del barco...

MELLOCK.—Oh..., ¿esos tipos que hemos encerrado en la bodega?

LORD COTTINGLEY.—Sí. Parecían dispuestos a estorbar. Ahora han desaparecido de la escena hasta que hayamos elaborado todos nuestros planes. En cuanto a usted... Espere un momento. *(Medita, después consulta reflexivamente el reloj.)* Debe concederme aproximadamente una hora para arreglar las cosas. Además, es hora de comer. *(Volviéndose hacia* URSULA.) Ursula, ¿te gustaría llevar al capitán Mellock a buscar algo de comer y beber para comer aquí?

URSULA.—Sí. Buena idea.

LORD COTTINGLEY.—Podéis ir en nuestro coche o en el suyo. Traed unos buenos emparedados y algo de «whisky»; lo bastante para cuatro o cinco personas. *(Se dirige al foro, a la derecha, y busca con la mirada, cubierta abajo, a* FLETHERINGTON *y* GASTER. *Emite un silbido y les hace señas. Luego se vuelve hacia* URSULA *y* MELLOCK.) Cuando regreséis, será preferible que el capitán Mellock espere allí abajo hasta que tú subas y me veas. *(A* MELLOCK.) Creo que es más seguro así.

MELLOCK.—Parece una buena medida.

URSULA.—*(Poniéndose en movimiento.)* Vámonos.

MELLOCK.—*(Disponiéndose a marchar.)* ¿Y con respecto...? *(Señala a la escotilla.)*

LORD COTTINGLEY.—*(Con indiferencia.)* Ah..., esos individuos. Pueden seguir perfectamente en donde están. Y, de todos modos, no pueden causarnos molestias. Conozco algo que los hará enmudecer.

URSULA.—*(A* MELLOCK.) Desde luego. Se lo contaré por el camino. Les está bien empleado. Un par de idiotas, eso es lo que son. Bueno, vámonos de compras. *(Salen* URSULA *y* MELLOCK. LORD COTTINGLEY *vuelve a mirar hacia la derecha y hace signos afirmativos con la cabeza. Avanza hacia la embocadura y dispone tres sillas juntas.* GASTER *y* FLETHERINGTON *entran por el foro derecha. El último lleva todavía en la mano su saquito.)*

GASTER.—¿Se ha marchado ese fascista fanfarrón?

LORD COTTINGLEY.—*(Con untuosidad.)* Sí, se ha marchado. Solo quería charlar un rato. He mandado a mi hija a buscarnos algo de comer y beber.

FLETHERINGTON.—Excelente idea. Sabía que algo no marchaba bien, pero no caía en la cuenta de lo que era. Debo de estar hambriento. Tenía tanta prisa por salir de casa esta mañana

para probar la fletherita, que no me desayuné..., solo tomé una taza de té.

LORD COTTINGLEY.—*(Cordialmente, como si estuviese en funciones de presidente.)* No es bastante. El hombre interior. ¿Eh, míster Gaster? ¡Ja, ja, ja! Bien, pronto arreglaremos eso. Y ahora, señores, esta es nuestra oportunidad para charlar un poco. Siéntese aquí, míster Fletherington, por favor. *(Indica la silla de la derecha.)* Y tal vez usted no tenga inconveniente en sentarse aquí, míster Gaster. *(Indica la silla de la izquierda. Los dos hombres se sientan en los sitios indicados.* LORD COTTINGLEY *toma asiento en la silla del centro con cierto aire ceremonioso.)* ¡Excelente! ¡Magnífico! Y ahora, vamos a tratar de la cuestión...

GASTER.—Espere un momento. ¿Y esos dos marinos?

FLETHERINGTON.—¡Ah! Es verdad. Los había olvidado por completo.

LORD COTTINGLEY.—Está bien. Los dos se hallan en completa seguridad..., aunque acaso no muy cómodos..., en la bodega número tres. No tenemos que preocuparnos por ellos durante algún tiempo.

GASTER.—Bueno, no seré yo quien se preocupe. Evidentemente son tipos contrarrevolucionarios, los dos.

LORD COTTINGLEY.—*(Presidente untuoso.)* Así es, en efecto. Y es un rasgo de agudeza por su parte, míster Gaster, haber observado ese hecho con tal rapidez. Bien, tengo entendido que ustedes dos..., por diferentes razones..., uno por razones científicas, el otro por consideraciones políticas..., tienen cierto interés en volar este barco. Muy bien. Sin embargo, hay ciertas cuestiones que deben ser cuidadosamente examinadas. Lo mejor será que prepare una pequeña agenda, ¿no les parece? *(Saca un trozo de papel y lápiz y escribe rápidamente unas notas.)*

GASTER.—*(Solemne.)* A mí siempre me gusta tener una agenda.

LORD COTTINGLEY.—Muy sensato por su parte. Veamos ahora. El primer problema, indudablemente, es el del momento. Caballeros, hay que precisar exactamente el instante en que se procederá a la voladura del barco. *(Su mirada va de uno a otro con sonriente vivacidad. Están todos pensativos. Cae el*

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Hora y media después. LORD COTTINGLEY, FLETHERINGTON *y* GASTER *están sentados en las mismas sillas, pero ahora aparecen acalorados y agitados, como si hubiesen estado discutiendo largo rato. Al levantarse el telón, tienen un momento de respiro, como si hubiesen llegado a un callejón sin salida y se estuviesen dando tiempo para recobrar el aliento.* LORD COTTINGLEY *se enjuga la frente. Empiezan todos a hablar el mismo tiempo, luego deciden callarse y se desploman nuevamente en sus sillas respectivas. Después hablan los tres al mismo tiempo.*

LORD COTTINGLEY.—Les digo a ustedes que mañana por la noche es lo más pronto posible, y yo preferiría el día siguiente...

GASTER.—*(Al mismo tiempo.)* Desde el punto de vista del partido, cuanto antes mejor; por tanto, opino que debe hacerse esta noche, cuando todo está en nuestras manos...

FLETHERINGTON.—*(Al mismo tiempo.)* Tengo que repetir una vez más la opinión que ya he expresado antes; es decir, que a menos que se haga lo antes posible, no puedo garantizar nada... *(Se callan todos, mirándose, al borde del agotamiento.* LORD COTTINGLEY *levanta la mano, demandando silencio, y consulta el reloj.)*

LORD COTTINGLEY.—Caballeros, hemos estado discutiendo este punto durante más de una hora. Y realmente debemos pasar adelante.

GASTER.—Tenemos aquí, camaradas, tres tipos de mentalidad fundamentalmente diferentes. Cualquier pensador marxista lo reconocería en seguida. En primer lugar...

LORD COTTINGLEY.—*(Interrumpiéndole.)* Míster Gaster..., camarada..., ¿se da cuenta de que, si le dejásemos proseguir adelante con eso, sería la quinta conferencia sobre filosofía marxista que nos ha dado en el curso de la pasada hora? Y es demasiado, ¿no cree?

FLETHERINGTON.—Demasiado con mucho. Y ahora ¿puedo explicar la razón por la que no deseo ninguna demora? Les he dicho muchas veces que no quiero una...

LORD COTTINGLEY.—*(Con cansancio.)* Muchas, muchas, muchas veces, míster Fletherington.

FLETHERINGTON.—Así es; pero hasta ahora no les he dicho la razón de ello. *(Confidencialmente.)* Temo que mi esposa llegue a enterarse y lo impida.

GASTER.—Pero, seguramente, camarada..., usted, un científico, un intelectual..., ¿no tendrá miedo a su mujer?

FLETHERINGTON.—*(Con sencillez.)* Lo tengo.

LORD COTTINGLEY.—*(A* GASTER.) Supongo que usted no está casado, ¿verdad?

GASTER.—No, no lo estoy.

LORD COTTINGLEY.—Evidentemente. Mire, la cantidad de cosas que tiene usted que aprender acerca de todo..., de las cuestiones más corrientes y cotidianas..., me parece que ha alcanzado proporciones abrumadoras, y esa cantidad la veo incrementarse cada escasos segundos.

FLETHERINGTON.—Mi esposa...

LORD COTTINGLEY.—*(Interrumpiéndole.)* Ya nos contará todo lo relativo a su esposa después, míster Fletherington. Ahora lo que debemos hacer es atenernos a la cuestión que nos ocupa.

FLETHERINGTON.—Pero es que la cuestión radica precisamente en ella. ¿No ven ustedes...?

GASTER.—*(Tajantemente.)* No, no veo nada. Y estamos perdiendo un tiempo precioso. ¿No opina lo mismo? *(A* LORD COTTINGLEY.)

LORD COTTINGLEY.—Sí, opino lo mismo.

FLETHERINGTON.—*(Con vehemencia.)* ¡Oh!..., en cuanto a eso, yo también opino lo mismo. Sin ningún género de dudas.

GASTER.—*(A* LORD COTTINGLEY.) Así, pues, para usted lo más pronto posible para volar el barco es mañana por la noche, ¿no?

LORD COTTINGLEY.—En efecto. Y preferiría que se hiciese pasado mañana.

GASTER.—Para mí mañana por la noche es lo más tarde posible. Y para él también, sin duda.

FLETHERINTGON.—Todo cuanto deseo decir es que... *(Se dirige hacia el cartel, detrás del cual se hallan los fulminantes.)*

LORD COTTINGLEY.—*(Irritadamente.)* ¿Qué hace usted?

FLETHERINGTON.—Será mejor que recoja estos fulminantes *(Así lo hace, los guarda en su saquito, que todavía conserva en la mano, y vuelve sobre sus pasos.)*

LORD COTTINGLEY.—Entonces tenemos aquí la base para un acuerdo...

GASTER.—Correcto. No sería demasiado tarde para nosotros. Por otra parte, le daría tiempo a usted para ordenar a esos dos hombres que abandonasen el barco...

LORD COTTINGLEY.—¡Oh!, claro, claro... Aunque la dificultad no está en ellos Ese aspecto de la cuestión es sencillísimo. Podemos ignorarlos por completo. *(En el momento en que termina de pronunciar estas palabras,* PATCH *cae repentinamente sobre cubierta desde un lugar conveniente de la superestructura. Está extremadamente sucio y despeinado, y tiene desgarradas las ropas, como si hubiese estado arrastrándose y trepando por angostos lugares durante la pasada hora. Empuña una gruesa barra de hierro y ofrece un aspecto formidable y colérico.)*

PATCH.—*(Con amenazador acento.)* ¡Que no se mueva nadie! Al primero que se mueva le parto el cráneo con esto.

FLETHERINGTON.—*(Suavemente.)* Pero..., míster Patch...

PATCH.—*(Amenazador.)* No hablen tampoco. Desde hace una hora he estado reptando por los agujeros más inmundos de este barco como una repugnante cucaracha, y ardo en deseos de matar a alguien. De modo que quietecitos y calladitos, si no quieren que los deje tendidos en cubierta con el cráneo partido. *(Se quedan todos paralizados.* PATCH *se acerca precipitadamente a la escotilla, y diestra y rápidamente desata el cuartel de la misma. Apartando el cuartel de la escotilla.)* Ya puedes salir, Sam. *(Surge* GRIDLEY *por la escotilla, sofocado y sucio, presa de furiosa rabia, empuñando también una barra de hierro. Es una figura terrorífica. Al ver a los tres conspiradores, lanza un rugido de inarticulada ira.)*

GRIDLEY.—*(Bramando.)* ¡Aaaah! ¡Sapos malditos! ¡Ratas sarnosas! ¡Hediondas comadrejas de ojos enrojecidos! Les voy a hacer pedazos. Les voy a arrancar los bofes y los hígados. *(Avanza, mientras los tres emiten una ruidosa, pero inarticulada protesta.)* No me interesa saber quién lo hizo. Todos están complicados, todos sin excepción.

PATCH.—Si no lo hubiesen estado, nos habrían soltado antes. ¡He estado arrastrándome como una maldita cucaracha!

GRIDLEY.—¡Tratar de encerrarnos en nuestro propio barco! Ponte allí, Bob. Estos caballeros no van a marcharse tan pronto.

LORD COTTINGLEY.—*(A* PATCH, *quien ha cortado la retirada del grupo hacia la orilla.)* Pero, aguarde un momento, no pueden hacer semejante cosa.

PATCH.—*(Entre dientes, amenazadoramente, acercándose a él.)* ¿Conque no, eh? ¿Quién sugirió que nos encerrasen en la bodega? Se sorprendería mucho si supiese lo que soy capaz de hacer con usted en este momento...

FLETHERINGTON.—Pero..., míster Gridley...

GRIDLEY.—*(Apasionadamente.)* ¡Usted ha sido quien ha iniciado todo esto, por Judas! *(Va a abrir la puerta de un pequeño almacén, en el lado más alejado de la entrada a los camarotes.)* Entre ahí.

FLETHERINGTON.—Pero..., pero...

GRIDLEY.—*(Estallando en tempestuosa violencia, le amenaza con la barra de hierro.)* ¡Cien mil legiones de diablos! ¿Es que quiere que le aplaste el cráneo como si fuese una nuez? ¡¡Entre!! (FLETHERINGTON, *aterrorizado, entra en el almacén. Inmediatamente,* GRIDLEY *cierra la puerta.)*

PATCH.—Camarotes B y C para estos dos, ¿no?

GRIDLEY.—Sí. Y llévalos al trote, muchacho, llévalos al trote. *(Salta sobre* GASTER *y le empuja delante de sí, corriendo, mientras* PATCH, *encantado, coge a* LORD COTTINGLEY *por el fondillo del pantalón y le hace galopar camino de su encierro. Se oye fuera mucho*

ruido, protestas y rugidos, cerrar de puertas. Después, silencio. Vuelven GRIDLEY *y* PATCH, *jadeando y frotándose las manos.* GRIDLEY *dice.)* No sé adónde nos llevará esto..., pero ahora me siento un poco mejor... *(Musitando.)* Los hijos de... *(Resopla.)*

PATCH.—*(Belicoso.)* En efecto, pero ¿dónde está el sujeto de la camisa azul y el revólver? Me gustaría ponerle la mano encima. Y cuando le vea, voy a intentarlo..., si tiene revólver como si no.

GRIDLEY.—*(Se sienta pesadamente.)* ¡Qué día! ¡Qué día! No he tenido un día igual desde aquella vez en que los fogoneros birlaron aquel barril de coñac en Durban. También fue un día completo.

PATCH.—Antes de mi época.

GRIDLEK.—Sí, antes de tu época. Pero... ¡bendito sea el Señor! Incluso aquello tenía más sentido que esto. Quiero decir que uno sabía el terreno que pisaba, Bob; uno sabía el terreno que pisaba. Uno sabía lo que eran los fogoneros. Uno sabía lo que era el coñac. No había más que ponerlos en contacto. Y se peleaban borrachos perdidos, eso era todo. Pero esto... es pura demencia, del principio al fin...

PATCH.—¡Una completa locura!

GRIDLEY.—*(Con entrecortadas frases de desesperación.)* ¡Voladura de árboles! Rojos..., y azules..., y revólveres..., y..., y..., fulminantes... ¡Voladura de barcos! ¡Oh! *(Con profunda desesperación.)*

PATCH.—*(Tras una pausa.)* Sam, tenemos que encontrar una solución a esto, y pronto.

GRIDLEY.—Lo sé. Lo sé.

PATCH.—No se trata solo del barco. No olvides que..., también está Hilda.

GRIDLEY.—¿Hilda ¿Qué Hilda?

PATCH.—Tu sobrina, Hilda Jackson, cabeza de chorlito.

GRIDLEY.—*(Cansadamente.)* ¡Oh!... ¡Rayos y centellas!... La había olvidado por completo. *(Recordando.)* Y, además, está...

PATCH.—Slivers. Pues claro que está. Y todavía en el mismo sitio en donde lo encerré..., en el camarote A. *(Saca una llave y vuelve a guardársela.)*

GRIDLEY.—*(Musitando.)* Slivers. Eso es. Camarote A. Hilda. Entonces... *(Se enjuga la frente, después añade solemnemente.)* Mira, Bob, esto hay que pensarlo.

PATCH.—*(Irritado.)* ¿Sí? Eso es precisamente lo que te he dicho yo.

GRIDLEY.—*(En tono de reproche.)* Mira, muchacho, el que lo haya dicho uno u otro carece de importancia. Eso es un detalle. La gran cuestión es que... tenemos que encontrar una solución a esta situación.

PATCH—*(Alzando la voz, frenéticamente irritado.)* Ya lo sé. Ya lo sé. No me lo repitas tanto. *(Pasea de un lado para otro.* GRIDLEY *le mira, desconcertado; luego trata de concentrarse con todas*

sus fuerzas y empieza a calcular, muy solemne, con los dedos. De pronto, PATCH *se detiene.)* ¡Sam!

GRIDLEY.—*Con ansiedad.)* ¿Lo has encontrado, Bob? ¿Lo has resuelto?

PATCH.—No. Iba a preguntarte si no tenías hambre...

GRIDLEY.—*(Impaciente.)* Naturalmente. Hace mucho tiempo que ha pasado la hora de la comida. Pero tendremos que esperar. *(Saca la pipa y se pone a dar chupadas sin encenderla.* PATCH *pasea inquieto.)*

PATCH.—*(Deteniéndose.)* ¿Sabes lo que me gustaría hacer?

GRIDLEY.—No.

PATCH.—Arrojarlos del barco, a todos ellos. Abrir las puertas de esos camarotes..., uno, dos, tres, cuatro..., ¡pum, pam, pim, pom!... ¡Fuera!

GRIDLEY.—*(Contagiado.)* ¡Muy bien, muchacho, vamos a hacerlo, hala, en seguida!

PATCH.—No podemos hacer eso, cabeza de chorlito. Lo primero que harían tan pronto como se viesen en libertad sería contarle a la Policía lo de Hilda.

GRIDLEY.—*(Decepcionado.)* ¡Ah!..., claro.

PATCH.—Cottingley la denunciaría inmediatamente. Es lo que ya me suponía..., un viejo marrullero. Me gustaría dejarle caer entre los árboles, como si fuese una bellota.

GRIDLEY.—Sí, y un minuto después iría a la oficina de correos para enviar un telegrama a su agente, ordenándole la compra de este barco...

PATCH.—Lo cual significaría nuestra marcha y la voladura del barco.

GRIDLEY.—Pero ni nosotros nos marchamos ni el barco volará. Y, de todos modos, tanto si nos marchamos como si no, el barco no volará.

PATCH.—Todo ha empezado por el fletherita ese... *(Indicando la puerta.)* Si desapareciese de aquí, la cuestión sería mucho más sencilla. Lo mejor sería deshacernos de él en primer lugar...

GRIDLEY.—*(Enjugándose la frente.)* Un minuto. Un minuto. Esto hay que pensarlo con detenimiento. Lo que necesitamos es un sistema, y ese es tu flaco, Bob, que no tienes un sistema. Te lanzarías sobre ello como un toro contra una cerca. Lo mismo te ocurrió con Schopenhauer...

PATCH.—*(Irritado.)* ¡Oh!..., por amor de Dios..., no empieces de nuevo con ese individuo... (GRIDLEY *le mira con aire de silenciosa, pero terrible reprimenda.* PATCH *lo percibe y dulcifica instantáneamente su acttud.)* Lo siento, Sam.

GRIDLEY.—Está bien, muchacho. Estás preocupado. Y yo también. Los dos estamos preocupados. No sabemos el terreno que pisamos. Espera... *(Empieza a reflexionar y a contar nuevamente con los dedos.)* ¡Eso es!

PATCH.—*(Esperando una solución.)* ¿Qué?

GRIDLEY.—¿Qué ha sido del viejo Batten, el que mandaba el «Moriana»?

PATCH.—*(Impaciente.)* No lo sé. ¿Qué tiene que ver con esto?

GRIDLEY.—*(Confuso.)* Nada, que yo sepa. Pero me he acordado de él de pronto..., el viejo Batten del «Moriana»...

PATCH.—Bueno, pues olvídalo ya. Tenemos que reflexionar.

GRIDLEY.—Un trozo de papel y un lápiz nos serían de mucha utilidad. Hay demasiada gente. *(Está a punto de entregarse nuevamente a sus meditaciones, cuando los dos oyen rumor de cautelosos pasos que se aproximan desde fuera, desde el foro derecha. Los dos hombres se miran, y* GRIDLEY *se levanta silenciosamente. Ambos se vuelven en dirección al lugar de donde procede el rumor y realizan un par de sigilosos movimientos hacia allí. Por último, la cabeza de* HILDA *asoma cautelosamente en la esquina del foro derecha. Al ver que están solos, entra y se adelanta hacia el primer término. Ha introducido algún cambio, aunque muy sencillo, en su vestido, desde el acto primero.)*

HILDA.—*(Cautelosa.)* Hola. ¿Están solos los dos?

PATCH.—Solos los dos.

HILDA.—*(En tono más confiado.)* Estaba tan cansada, que me quedé dormida...

PATCH.—*(Con simpatía.)* No me sorprende. ¿Y a ti, Sam?

GRIDLEY.—Sí.

HILDA.—*(A* PATCH.*)* ¡Oh!... ¡En qué lío se han metido ustedes!

PATCH.—*(Sonriendo.)* ¡En qué lío nos hemos metido todos!

HILDA.—*(Contrita.)* Y todo por culpa mía, ¿verdad? Me refiero a ese hombre..., al que han encerrado en el camarote...

GRIDLEY.—*(Titubeando.)* Sí, claro..., hay que contar con él. Pero..., ejem..., en realidad no es el único. *(*HILDA *se le queda mirando fijamente.)* No. Tenemos..., ejem..., otros tres tipos..., ejem..., encerrados en camarotes. *(Ante su sorpresa,* HILDA *empieza a reír suavemente, se sienta y se tapa la boca con un pañuelo.* PATCH *sonríe con simpatía, pero* GRIDLEY *la contempla molesto. Se lleva a* PATCH *lejos de ella, hacia el proscenio.)* Ahí tienes lo que te decía la otra tarde...

PATCH.—¿Qué?

GRIDLEY.—Con respecto a las mujeres. Mira, nunca se sabe cómo van a tomar una cosa. Siempre al contrario, ¿sabes? Si le hubiese dicho: «¡Ah!, sí... ¡Ja, ja, ja!... Te vas a reír cuando te lo cuente... Tenemos encerrados otros tres tipos», habría empezado a llorar y a decirme que debería estar avergonzado de mí mismo... Sin embargo, mírala ahora.

PATCH.—Bueno, ¿y qué? Lo ha tomado como debe tomarlo.

HILDA.—*(Levantándose.)* Lo siento, tío. Pero es que me ha hecho mucha gracia.

PATCH.—Si me disculpa un momento, voy a asearme un poco.

HILDA.—*(Con leve coquetería.)* Para eso, está disculpado.

PATCH.—Muchas gracias. *(A* GRIDLEY.) No tardo dos minutos. *(Sale por la puerta que da acceso a los camarotes.)*

GRIDLEY.—*(Refunfuñando.)* ¿Para qué querrá asearse ahora?

HILDA.—Porque sabe que presentará mejor aspecto. Es bastante bien parecido, ¿sabes?

GRIDLEY.—*(Malhumorado.* No, no lo sé.

HILDA.—*(Con una ligera sombra de acritud.)* Bueno, espero que sepas algo de ese agente.

GRIDLEY.—*(Espantado.)* ¿Qué agente?

HILDA.—Uno que está en el bosque. Me asomé por la borda y allí le vi. Estuvo husmeando en torno a esos árboles destruidos..., en donde se produjo la explosión..., durante unos cinco minutos. Luego parecía que iba a venir hacia aquí; pero, por último, se detuvo.

GRIDLEY.—¿Por qué?

HILDA.—*(Divertida.)* Me pareció que se miraba la nariz en un espejito. Se estaba mirando la nariz, en efecto. Y me pareció una cosa tan ridícula en un agente...

GRIDLEY.—*(Con el lúgubre y lejano aire de quien ve al mundo entero desquiciarse y avanzar firmemente hacia la locura.)* Ayer hubiera estado de acuerdo contigo. Esta mañana..., temprano..., hubiera estado de acuerdo contigo. Ahora..., bueno, ahora no me sorprende, eso es todo. No me sorprende en absoluto. Si se quitase la nariz y la arrojase aquí, sobre cubierta, tampoco me sorprendería mucho. Todo está..., bueno..., así está todo. *(Gritando repentinamente.)* ¡Un verdadero manicomio!

HILDA.—*(Alarmado.)* ¡Chiiist! Podría oírte. Mira a ver si está todavía allí. (GRIDLEY *se dirige al foro y cautelosamente se asoma por la borda, mirando hacia abajo, a la derecha. Luego, vuelve sobre sus pasos.)*

GRIDLEY.—Es el sargento Wilks. Se ha detenido para mirarse la nariz. Ahora está examinando otra vez los árboles.

HILDA.—*(Alarmada.)* ¿Crees que vendrá por mí?

GRIDLEY.—Lo ignoro. Y no creo que él sepa por qué está aquí. Si hubiésemos deseado un poco de compañía, alguna persona nueva con quien charlar, y todo hubiese estado en perfecto orden a bordo, ese sargento no habría aparecido por aquí en una semana. Pero hoy, naturalmente, tiene que andar husmeando por estos alrededores. Sustento la creencia de que hay algo en alguna parte *(Señala arriba y luego abajo para sugerir la existenca de poderes sobrenaturales.)* que dispone estas cosas. Le oyen a uno gruñir porque todo está tranquilo, y entonces dicen: «Bueno, vamos a meter a esos tipos en un bonito lío. Les enseñaremos algo.» Esa es mi firme creencia. Y ese *(Señalando hacia el foro, es decir, al sargento de Policía.)* forma parte de ello. Le han metido en la cabeza la idea de venir aquí para enredarnos un poco más, y eso es todo.

HILDA.—*(En tono de reproche.)* ¡Oh!..., tío..., ¡qué desesperado estás!

GRIDLEY.—¡Yo! En tu vida has cometido mayor equivocación. ¡Después de treinta y cinco años en la sala de máquinas de tantos barcos! Me he visto en situaciones más apuradas que esta, sobrina. No conseguirán enredarme, ¡rayos y centellas! *(Vuelve* PATCH, *mucho más limpio y aseado.)*

PATCH.—Bueno, ahora me encuentro mejor.

GRIDLEY.—Eso es bueno, porque lo vas a necesitar. ¿Sabes quién está ahí abajo..., rondando? El sargento Wilks. (PATCH *empieza a silbar suavemente.)*

HILDA.—*(A* PATCH.) Yo creo que no tendría nada de particular que viniese buscándome a mí.

PATCH.—Pudiera ser. Lo mejor será que vaya otra vez abajo. No..., arriba, al puente, eso es lo mejor. Así podrá vigilar el camino y, cuando le vea marcharse, puede bajar de nuevo...

HILDA.—Perfectamente. *(Da media vuelta para irse.)*

GRIDLEY.—*(Seriamente.)* Y otra cosa..., Hilda...

HILDA.—*(Volviéndose.)* ¿Qué?

GRIDLEY.—Ve pensando en algo gustoso que sepas hacer con carne congelada, harina y diversidad de encurtidos...

PATCH.—*(Acercándose a ella solícito.)* Estará perfectamente. No se preocupe. *(Vase* HILDA. PATCH *y* GRIDLEY *se miran, silban suavemente, se dirigen juntos al foro y se asoman cautelosamente por la borda. En el mismo instante, retroceden de un salto, como si el sargento se hallase más próximo de lo que esperaban; se hacen mutuamente un signo con la cabeza y vuelven lentamente sobre sus pasos, emitiendo de nuevo un suave silbido, en actitud un tanto rígida, como hombres que esperan recibir un golpe por la espalda de un momento a otro. Se sientan cuidadosamente, encienden pipa y cigarrillo, y evidentemente entablan una conversación destinada al sargento. Ofrecen un ridículo aire de falsedad.)*

GRIDLEY.—Pues sí, Bob.

PATCH.—¿Cómo dices, Sam?

GRIDLEY.—Estaba pensando en la carne congelada. Una vez tuvimos un cocinero..., antes de tu época, Bob..., fue en el viejo «Floriana»..., un cocinero que sabía hacer de todo con la carne congelada. Te habría hecho una tarta de Navidad con ella. Era una maravilla..., con la carne congelada. Era de Sunderland. Tenía una pierna de goma.

PATCH.—*(Siguiendo la conversación.)* ¿Y qué tiene eso que ver?

GRIDLEY.—¿Qué tiene que ver el qué?

PATCH.—La pierna de goma.

GRIDLEY.—Bueno..., después de todo..., una pierna de goma, ya sabes. ¿Qué te parecería tener una pierna de goma? *(Aparece el* SARGENTO, *hombre corpulento y lento, con una nariz requemada por el sol, quien avanza lentamente hacia el primer término. Los dos oficiales fingen no percatarse de su llegada.)* Quiero decir que

no le favorecía nada, ¿no te parece? Por eso su mérito era mayor... *(El* SARGENTO *se sienta entre ambos, un poco a sus espaldas, se quita el casco y se enjuga la frente. Después se toca la nariz tiernamente.)*

SARGENTO WILKS.—*(Lentamente.)* Buenas tardes.

PATCH.—Hola..., sargento.

GRIDLEY.—Buenas tardes, sargento Wilks.

SARGENTO WILKS.—Otra vez calor. Mucho calor.

GRIDLEY.—*(Gravemente.)* Debería ponerse algo en esa nariz, sargento. ¿Tenemos algo para que pueda ponérselo, Bob?

PATCH.—No, Sam; no tenemos absolutamente nada.

SARGENTO WILKS.—Tengo una cosa en casa, gracias El tío de mi mujer sufre de lo mismo y me lo ha mandado. La cantidad de molestias que está causando esa elección parcial de Longport. He oído decir que tuvieron que detener a varios de ellos anoche. Conducta desordenada.

GRIDLEY.—*(Solemne.)* ¿Has oído, Bob?

PATCH.—Sí, Sam.

GRIDLEY.—*(Al* SARGENTO.) A veces dice que le gustaría estar en Longport, pero yo le replico que se está mejor aquí, más tranquilo y más a gusto.

SARGENTO WILKS.—Así es, así es. Tiene usted mucha razón. Todo tan agradable y tranquilo..., esta paz... *(Al oír estas fatídicas palabras,* GRIDLEY *y* PATCH *se encogen un poco, como si esperasen que acaeciese algo espantoso, pero no ocurre nada... para alivio suyo. Los dos silban suavemente. Luego vuelven los ojos hacia el* SARGENTO, *quien está mirando atentamente el cartel de los fulminantes. La mirada del* SARGENTO *se dirige lentamente del cartel a los dos hombres. Estos le miran a su vez, miran el cartel y vuelven a mirarle a él.)*

PATCH.—*(Explicándolo.)* Una de sus bromitas. *(Indicando a* GRIDLEY.) Yo no lo encuentro nada divertido.

SARGENTO WILKS.—*(Con extraordinaria gravedad.)* ¡Oh!..., bueno, a todos nos gusta un poco de diversión algunas veces.

PATCH y GRIDLEY.—*(Al unísono, con aire estúpido.)* Sí, claro.

SARGENTO WILKS.—El pueblo parece estar lleno hoy de esposas en busca de sus maridos. *(A* GRIDLEY *y* PATCH *no les agrada nada este sesgo de la conversación.)*

PATCH.—¡Oh!

SARGENTO WILKS.—Sí. Una miss vino corriendo hacia mí..., una visitante, no una mistress de la localidad..., y dijo que estaba buscando a su marido..., un individuo bajito, con traje color castaño y gafas..., podría llevar consigo un saquito. Se llama Flether-no-sé-qué. Por la forma en que me lo dijo, cualquiera creería que su marido, en lugar de darle esquinazo para irse a pescar o algo así, se proponía volar el pueblo entero...

GRIDLEY.—¡Ah!

SARGENTO WILKS.—Luego tenemos a míster Slivers, lo cual me

recuerda una cosa, por cierto. ¿Ha venido hoy por aquí míster Slivers? (GRIDLEY *y* PATCH *se lanzan una lenta mirada.)*

GRIDLEY.—¿Ha venido, Bob?

PATCH.—Estoy tratando de recordar, Sam. *(Al* SARGENTO.) ¿Por qué?

SARGENTO WILKS.—Su mujer está un poco inquieta por él. Ha hablado conmigo hace cosa de una hora. Se marchó esta mañana... a entregar uno o dos pedidos..., y todavía no ha vuelto. Su esposa no lo comprende. Nunca ha dejado de estar en casa a la hora de la comida. Y me dijo que «él» había dicho que venía aquí. *(Los mira fijamente.)*

PATCH—*(Lentamente.)* Así es, en efecto. «Estuvo» aquí esta mañana. ¿Te acuerdas, Sam?

GRIDLEY.—Ahora me acuerdo, Bob. Sí, míster Slivers estuvo aquí esta mañana muy temprano.

PATCH.—¿Adónde dijo que iba después de dejarnos a nosotros?

GRIDLEY.—No recuerdo, no recuerdo. *(Especialmente al* SARGENTO.) No consigo recordarlo.

SARGENTO WILKS.—Ya lo veo. *(Se dirige lentamente al foro.* GRIDLEY *y* PATCH *siguen atentamente todos sus movimientos. El* SARGENTO *mira por encima de la borda, hacia abajo, a la derecha.)* Alguien parece haber estado haciendo algo ahí abajo, ¿verdad? Árboles desgajados. El suelo cubierto de ramas. Alguien ha estado haciendo algo.

PATCH.—¿No es eso lo mismo que te dije yo, Sam? Alguien..., te dije..., ha estado haciendo algo ahí.

GRIDLEY.—En efecto, me lo dijiste. Y recuerdo que me quitaste las mismas palabras de la boca.

SARGENTO WILKS.—*(Mirándolos fijamente.)* ¡Hum!

GRIDLEY.—*(Con alegre desenvoltura.)* Sí, las tenía en la punta de la lengua. Bien, sargento, buenas tardes.

PATCH.—*(Lo mismo.)* Buenas tardes, sargento. Y cuídese esa nariz.

GRIDLEY.—*(Vagamente.)* Y ya sabe..., siempre que guste...

PATCH.—Eso..., siempre que guste...

SARGENTO WILKS.—*(Lentamente, sin dejar de mirarlos.)* ¡Hum! ¡Buenas tardes! (PATCH *y* GRIDLEY *le siguen con la mirada. Cuando el* SARGENTO *ha desaparecido, aquel emite una despectiva exclamación de alivio. Luego, los dos oficiales avanzan hasta el primer término.)*

PATCH.—¡Bah, bah! ¿Quién se creerá que es? ¡Vaya un sargento! ¡Hum! Para eso los pagamos...

PATCH.—¡Y, además, las pensiones!

GRIDLEY.—¿Y para qué sirven?

PATCH.—Para nada. Llega un individuo, vuela la mitad del bosque y todo lo que se le ocurre decir a este sargento es *(Imitándole.)* «Alguien ha estado haciendo algo.» *(Resopla.)*

GRIDLEY.—Y esa pobre mistress Slivers. Está preocupada por su marido. No ha vuelto a casa ni siquiera a la hora de comer.

PATCH.—Tiene razón al preocuparse.

GRIDLEY.—Claro que la tiene. Pero ¿qué hace él? Llega aquí, nos dice que esa mujer está un tanto inquieta, no se le ocurre buscar a Slivers y se marcha. ¡Hum! ¡Hum! ¿Qué adelanta con eso? Eso no es hacer preguntas. Ni siquiera tiene buenos modales.

PATCH.—No tiene nada en absoluto. Si el barco hubiese estado hoy bajo su vigilancia, a estas horas sus pedazos estarían sembrados por todos estos contornos.

GRIDLEY.—Así es. Y si se hallase en la situación en que nos encontramos ahora nosotros, no sabría por dónde empezar.

PATCH.—*(Dubitativo.)* No.

GRIDLEY.—*(Dubitativo.)* No.

PATCH.—Bueno, ¿por dónde empezamos? Porque ya es hora de que empecemos por alguna parte

GRIDLEY.—Ya te estás disparando otra vez.

PATCH.—Necesito estar haciendo algo. Me gusta la acción.

GRIDLEY.—Ya lo sé. Y hay mucha gente por ahí como tú. Todos necesitan estar haciendo algo. Acción. Solo que no se detienen a pensar qué es lo que necesitan hacer y en qué debe consistir esa acción. Por eso se ponen a perseguir a viejos judíos por calles apartadas, a arrojar bombas contra máquinas que no saben componer, a derruir...

PATCH.—Está bien, Sam, está bien. Pero no te olvides que hasta ahora he sido bastante útil. Si no hubiera sido por mí, aún estarías encerrado en esa bodega.

GRIDLEY.—Bueno, no es culpa mía si peso noventa y cinco kilos en lugar de setenta, ¿no?

PATCH.—*(Sonriendo.)* Sí lo es. Deberías comer menos.

GRIDLEY.—*(Indignado.)* ¿Yo? No como ni la mitad que tú...

PATCH.—No nos apartemos de la cuestión, Sam. Digo que he sido bastante útil hasta ahora, y seguiré siéndolo hasta el final. Está muy bien eso de decir que debemos detenernos a pensar, pero todavía no has pensado nada. Todo lo que has hecho ha sido..., detenerte. *(Aparece* HILDA, *en actitud un tanto cohibida y cautelosa.)*

HILDA.—¿Qué ha ocurrido? ¿Ha dicho algo de mí?

PATCH.—No, no ha dicho nada. Ni una palabra. Está usted en completa seguridad.

HILDA.—*(Un tanto decepcionada.)* ¡Oh! Pues podría haber dicho «algo».

GRIDLEY.—*(Con socarrona ironía.)* ¿Quieres que le llamemos y le digamos quién eres?

HILDA.—No digas tonterías, tío

GRIDLEY.—Bueno, no empieces a hablar como tu madre.

HILDA.—*(A* PATCH.*)* Dígame qué ha sido de todos esos hombres.

PATCH.—*(Rápidamente.)* Slivers está en el camarote A. Lord Cottingley, un viejo marrullero a quien le gustaría ver cómo sal-

taba por los aires este barco, se halla en el camarote B. Hay un comunista, también partidario de la voladura, en el C. Y allí *(Indicando la puerta.)* está su amigo Fletherington, el dinamitero en jefe.

HILDA.—¿No podrían decirles que los dejarían libres si prometían no hablar de mí? Así se marcharían todos.

GRIDLEY.—¡Oh!... la cuestión no es tan sencilla. En realidad, es muy complicada, ¿sabes?... ¡Rayos y centellas!... muy complicada.

HILDA.—*(Esforzándose por dar a sus palabras un tono tranquilizador.)* Tal vez, en el fondo, no lo sea.

GRIDLEY.—*(Gritando.)* ¡Lo es, niña, lo es! No me digas que no. Lo sé perfectamente. Te digo que es endiabladamente complicada. *(Se enjuga la frente y sopla.)*

HILDA.—Está bien, tío; pero no me grites. Conserva la calma. Nunca podrás pensar con claridad si no lo haces. Vamos a ver, lo mejor sería examinar los casos uno por uno.

PATCH.—*(Con admiración.)* Ese es el método.

GRIDLEY.—¿Quién dice que no lo sea? Orden, método, cada cosa en su sitio, cada cosa a su tiempo... ¿Acaso no he estado abogando por esas cosas durante treinta años en estos barcos, desde que...?

PATCH.—*(Diciéndolo al mismo tiempo que él.)* ...se hundió el «Theodosia». Muy bien, Sam, ya lo sabemos. Prosiga, miss Jackson...

HILDA.—*(Sonriente.)* Puede llamarme Hilda, si lo prefiere.

PATCH.—¡Magnífico! Hilda, pues.

GRIDLEY.—*(Impaciente.)* ¿Qué importa cómo te llame? Si no salimos de este atolladero, no tardaremos en llamarte Penada Noventa y Nueve.

HILDA.—*(Vivamente, en tono de reproche.)* Tío..., eso no tiene gracia..., es terrible.

PATCH.—Tiene usted razón, Hilda. Me sorprende mucho, Sam, que le hables de ese modo.

GRIDLEY.—*(Con gentileza.)* Querida, si he ofendido tus sentimiento, lo lamento en el alma. Ya sabes que soy un viejo y rudo diablo. He estado en compañía de hombres toscos durante más de cuarenta años... y ahora estoy a punto de volverme loco... Lo comprendes, ¿verdad? *(Da a su sobrina un cariñoso abrazo. Todos quedan reconciliados.)*

HILDA.—Bueno, vamos a examinarlos uno por uno. Yo me libraría en primer lugar de míster Fletherington. Estoy segura de que, en realidad, no se propone hacer ningún daño. Es un hombrecillo muy simpático.

GRIDLEY.—Puede que lo sea, pero está prácticamente majareta...

PATCH.—*(Con ardor.)* Hilda tiene razón, Sam. El caso de Fletherington está resuelto, además. Podemos decirle que su esposa le está buscando, y también podemos decirle que el sargento Wilks ha preguntado quién ha causado esos daños ahí abajo.

GRIDLEY.—*(Entusiasmado.)* Esa es la idea, Bob. Ahora es cuando estamos llegando a alguna parte. Por lo menos, estamos empezando.

PATCH.—Y no denunciará a Hilda. Recuerda que le ha caído en gracia.

HILDA.—*(Fogosamente.)* Y no solo eso... He estado pensando que, en realidad, soy yo quien más molestias les origina. Si me marchase, todo sería mucho más fácil. ¿No se aloja míster Fletherington con su esposa en una granja de estos contornos? Probablemente será una granja apartada. Si a él le pareciese bien, podría irme allí. Es muy simpático, y su esposa, por lo oído, también debe de ser muy agradable...

GRIDLEY.—Eso es. Bob...

PATCH—*(Triunfante.)* ¡Ya lo tenemos! El resto será sencillo.

GRIDLEY.—Sí, pero aguarda un momento. ¿Y Cottingley? Tan pronto como le dejásemos marchar, ¡zas!, un telegrama a Londres y el barco es suyo.

PATCH.—Sí, ¿pero no comprendes que, si Fletherington se marcha con su explosivo y nosotros nos desembarazamos de ese comunista, Cottingley lo pensará dos veces? Se le ocurrió la idea exclusivamente porque tenía todos los elementos precisos a mano, con dos idiotas dispuestos a ejecutar en su beneficio la sucia faena. Y no podrá esgrimir nada contra nosotros, puesto que Hilda habrá desaparecido igualmente. Solo quedará Slivers, y ese no cuenta.

HILDA.—*(A* GRIDLEY.) ¿No lo comprendes?

GRIDLEY.—Lo comprendo todo. Fletherington es nuestro hombre. Le soltaremos. (PATCH *se dirige apresuradamente a la puerta del pequeño almacén y la abre con aire triunfal.)*

PATCH.—Salga, míster Fletherington. *(No obtiene respuesta ni sucede nada. Mira al interior.)* No está aquí.

GRIDLEY.—*(Rugiendo.)* ¿Cómo?

PATCH.—Que no está aquí. *(Entra en el almacén, con el evidente propósito de investigar lo ocurrido.)*

GRIDLEY.—*(A* HILDA, *con el aire del hombre a quien la exasperación apenas permite hablar.)* ¿Lo ves? Ahora, ilusionismo. ¡El gran Houdini! ¡Trucos de prestidigitación! Ya me parecía a mí que resultaba demasiado fácil la cosa. Mira, cuando algo se tuerce, no hay quien lo enderece. Primero es un cojinete o dos, luego se agarrotan las válvulas, después se tuerce el volante, más tarde se pandea el árbol principal... ¿Has leído alguna vez a Schopenhauer?

HILDA.—No.

GRIDLEY.—Pues todo está allí..., aunque nunca vio un máquina.

PATCH.—*(Acercándose.)* Nunca vio nada. Si vas a meter en este asunto a ese viejo cascarrabias, no iremos a ninguna parte. He descubierto por dónde se ha marchado. Se ha escurrido por el ventilador.

GRIDLEY.—*(Nuevamente pletórico de energía.)* Diez contra uno a que no ha salido del barco. Hay que dar un bonito salto desde cualquier punto.

PATCH.—Y otra cosa. No se ha llevado los fulminantes. Están seguros.

GRIDLEY.—Es cierto. Están aquí. *(Se dirige a donde está el cartel que advierte del peligro y lo aparta.)* No. Han desaparecido.

PATCH y HILDA.—*(Al unísono.)* ¡Desaparecidos!

GRIDLEY.—*(Con grandioso ademán de reto.)* Está bien, dejad que desaparezca. *(Lanza el cartel por los aires afuera, a la derecha.)* No me importa saber cómo y cuándo han desaparecido, ni adónde han ido a parar. Porque, muchacho, te juro por Moisés y Josafat que no se saldrán con la suya. Aunque tengamos que comérnoslos crudos, vamos a salvar este barco.

PATCH.—*(Entusiasmado.)* Así me gusta. Adelante. Fletherington tiene que estar por aquí. *(Entra* URSULA. *Llega cubierta de polvo, cojeando y furiosa.)*

URSULA.—*(Desagradablemente sorprendida al verlos.)* ¡Oh!

PATCH.—*(Agresivo.)* En efecto... ¡Oh! Esperaba usted que aún estuviésemos en la bodega, ¿verdad?

URSULA.—Sí.

PATCH.—*(Inflamándose.)* ¡Es usted una jovencita muy simpática.

GRIDLEY.—*(Como un ogro.)* Sí, nosotros la apreciamos mucho.

URSULA.—¿Dónde están todos?

HILDA.—*(Serena y prontamente.)* Se han marchado.

URSULA.—*(Sorprendida.)* ¿Que se han marchado?

GRIDLEY y PATCH.—Sí, se han marchado.

URSULA.—Pero mi padre..., lord Cottingley..., ¿se ha ido?

GRIDLEY y PATCH.—*(Con alegre sonsonete.)* Sí, sí; se ha ido.

URULA.—¡Vaya tupé que ha tenido! *(Se queda mirando escépticamente a los tres.)* ¿Saben que no me sorprendería nada que estuviesen mintiendo?

HILDA.—*(Con virtuosa indignación.)* ¿Cómo se atreve usted?

URSULA.—*(A* HILDA.*)* No sea tonta. Usted habrá tenido que mentir no poco últimamente. ¡La famosa niñera de Meddleworth! La reconocí esta mañana. Ahora puede contarme las faenas particularmente sucias de sir Eric.

HILDA.—*(Desdeñosa.)* No sea tan desagradable.

URSULA.—*(Con vivacidad.)* Y usted no sea una burguesita mojigata.

HILDA.—Después de lo que he visto, prefiero ser una burguesita mojigata. Muchas gracias.

URSULA.—¿Y qué es lo que ha visto usted? Eso es lo que deseo saber.

HILDA.—*(Con hiriente desprecio.)* La sala del tribunal abarrotada de mujeres y jovencitas estúpidas, todas especialmente vestidas para la ocasión.

URSULA.—Y eso fue lo que no le gustó a usted. Sus vestidos eran demasiado buenos.

HILDA.—Cuchicheaban y reían bobamente, abrigando la esperanza de oír todas las sucias escabrosidades que ellas habían soñado. Me es imposible decirle lo mucho que las despreciaba...

URSULA.—O a mí.

HILDA.—O a usted.

URSULA.—Eso no es más que envidia, niñera. Ya se sobrepondrá a ello.

HILDA.—*(Con energía.)* No es envidia. Y no necesito sobreponerme a ello. Espero que nunca más me veré en la necesidad ni siquiera de mirar a gentes como usted. Ya va siendo hora de que comprendamos que cuestan ustedes más de lo que valen. En realidad, no son auténticas mujeres, no tienen ninguna utilidad para el mundo. No son más que una pandilla de inútiles, costosas y malignas... muñecas. *(Da media vuelta y se marcha.)*

URSULA.—*(Avanza furiosa.)* ¡Eh! ¡Espere un momento! No creerá que a va a marcharse así como así después de eso. *(Está a punto de salir en seguimiento de* HILDA, *cuando la detiene* PATCH.*)*

PATCH.—Y usted espere un momento también. ¿Dónde está su amiguito de la camisa azul?

URSULA.—El capitán Mellock está ahí abajo. *(Se dirige a la borda y llama.)* ¡Capitán Mellock! ¡Eeeh! *(Se vuelve.)* Espero que no estará demasiado cansado para entendérselas otra vez con ustedes dos. *(Casi para sus adentros.)* Y ahora, vamos en busca de esa condenada niñera. *(Sale apresuradamente en pos de* HILDA. PATCH *y* GRIDLEY, *deliberadamente, empuñan las barras de hierro que trajeron antes, las contemplan un momento y luego se cruzan sus miradas.)*

PATCH.—*(Sonriendo.)* ¿Por el capitán?

GRIDLEY.—Por el noble capitán.

PATCH.—¿Un trozo de cuerda también?

GRIDLEY.—No; no creo que haga falta. *(Se dirigen lentamente a la entrada, quedando situados a ambos lados de la misma.)* Bob, podría hacer uso de ese revólver...

PATCH.—Ya lo sé. Pero no podemos someternos abyectamente por segunda vez. Hay un límite.

GRIDLEY.—Esa es la respuesta justa. Has hablado como un hombre, muchacho. *(Oyen al capitán subir la escalera y esperan su aparición de puntillas. Cuando aquel se presenta, está más polvoriento y cansado que la misma* URSULA. *Trae una botella de «whisky» y una bolsa con emparedados. Inmediatamente, los dos hombres se lanzan sobre él y aunque el capitán consigue sacar el revólver—pues lleva ambos paquetes en una mano—nada puede hacer contra ellos.* GRIDLEY *le sujeta un brazo y le aferra por el cuello, mientras* PATCH *le retuerce el brazo en cuya mano sostiene el revólver.)*

PATCH.—Suelte el revólver o le hago pedazos el brazo, general.

(PATCH *se apodera del revólver. Lo descarga inmediatamente y arroja lejos de sí los proyectiles.)*

GRIDLEY.—¿Va a estarse quietecito ahora, Deadwood Dick?

MELLOCK.—*(Cansadamente.)* Sí. Dos contra uno. Además, estoy cansado. ¿No les importa que me siente? *(Se dirige cojeando a una silla. Los otros dos se mantienen cerca de él. El capitán exhala un suspiro y se enjuga la frente.)* No he dejado de caminar desde hace hora y media.

PATCH.—¿Por qué?

MELLOCK.—*(Fatigado.)* Se estropeó el coche. No sé lo que le pasó. Tampoco sé lo que le pasó a esa joven. Me desconcierta.

PATCH.—A esa joven le pasan muchas cosas. Pero ¿qué sucedió?

MELLOCK.—He estado tanto tiempo fuera, que no entiendo a estas chicas. ¡Todas me parecen algo nuevo!

PATCH.—Que nos lo pregunten a nosotros. Las hemos tenido como pasajeras.

MELLOCK.—Bueno, para empezar no pude evitar que se averiase el maldito coche. Y al principio, a ella no le importó el percance. Dijo: «Vamos a sentarnos en el bosque.»

GRIDLEY y PATCH.—*(Significativamente, al unísono.)* ¡Ah!

MELLOCK.—Nos sentamos en el bosque y le conté algunas de mis historias. Luego, de pronto, se puso de mal humor, emprendió el regreso hacia aquí, a buen paso...

PATCH.—¿Qué le hizo usted en el bosque?

MELLOCK.—Nada. (GRIDLEY *y* PATCH *se miran significativamente.)* Yo no pretendo ser mejor que nadie...

PATCH.—*(Con leve ironía.)* Claro, claro...

MELLOCK.—Pero sé cuándo tengo que conducirme como un caballero. Quiero decir que, con una joven tan fina como esa... su padre un jefazo..., ya comprenderá que...

GRIDLEY.—*(Con irónico aire de candidez.)* Sí, sí, sí.

MELLOCK.—Y, sin embargo, se puso de mal humor.

PATCH.—*(Con burlona simpatía.)* Y usted no había hecho nada en absoluto.

MELLOCK.—Absolutamente nada.

PATCH.—*(Con burlona gravedad.)* Es lo que siempre he dicho, Sam. Las mujeres son muy extrañas...

GRIDLEY.—Bob lo ha dicho, capitán. Son muy extrañas.

MELLOCK.—Bueno, yo he conocido unas cuantas que no tenían nada de extraño...

PATCH.—*(Con el mismo tono burlón.)* Nosotros también, nosotros también. ¿Verdad, Sam?

MELLOCK.—Pero esta me desconcierta. No entiendo la forma en que marchan las cosas aquí hoy en día. *(Mira a su alrededor y luego pregunta bruscamente.)* ¿Cómo se han escapado ustedes? ¿Dónde están los otros... lord Cottingley... ese sujeto comunista, Gaster? (GRIDLEY *y* PATCH *cruzan una mirada por encima de su ca-*

beza, pensando en lo que van a inventar.) He visto a un sargento de Policía en la carretera. ¿Ha estado aquí? (GRIDLEY *y* PATCH *asienten gravemente con un movimiento de cabeza.)* Bueno..., ¿qué ha pasado?

GRIDLEY.—*(Con gran lentitud.)* Bueno..., es una larga historia.

PATCH.—*(Con la misma lentitud.)* Sí..., una historia muy extraña.

GRIDLEY.—*(Solemnemente.)* Pero que muy extraña. *(Entra* URSULA *cuando* GRIDLEY *termina de pronunciar estas palabras.)*

URSULA.—¿De qué se trata? (MELLOCK *se levanta.)*

PATCH.—*(A partir de este momento, tanto él como* GRIDLEY *hablan con boba candidez.)* Hemos prometido al sargento Wilks..., el agente que usted vio..., excelente muchacho...

GRIDLEY.—*(Solemne.)* Ciertamente que lo es, el buen sargento Wilks...

PATCH.—Le prometimos no decir nada a nadie. *(Confidencialmente.)* Creo que teme se produzca un pánico local. Están muy nerviosos por ahí. ¿Verdad, Sam?

GRIDLEY.—Tan nerviosos como gatitos. Y eso ha tenido que ser, Bob. Teme que se produzca el pánico.

URSULA.—*(Tras intercambiar con* MELLOCK *una mirada de perplejidad.)* ¿De qué diablos están ustedes hablando?

PATCH.—*(Confidencialmente.)* En realidad, a nosotros nos tiene sin cuidado, porque, sea lo que fuere, los dos hemos sido vacunados e inoculados hace poco. Es obligatorio.

GRIDLEY.—*(Siguiendo el hilo.)* Así es. Vacunación e inoculación reglamentarias. Y a la larga resulta beneficioso. Nunca..., ejem..., se sabe lo que puede suceder. (URSULA *y* MELLOCK *los contemplan con la boca abierta, luego se miran llenos de confusión.)*

PATCH.—Sin embargo, a lo mejor no es nada de eso, Sam. No sabemos lo que tendrá el pobre Slivers...

MELLOCK.—¿Quién es Slivers? *(Como los dos hombres no responden a la pregunta, y* GRIDLEY *hace signos de denegación con la cabeza a* PATCH, *interviene rápidamente* URSULA.)

URSULA.—¿Es el hombre a quien encerraron en aquel camarote? *(Siguen sin responder.)* ¿Es él, verdad? *(Asienten con un movimiento de cabeza.)* Bueno, ¿qué le ocurre?

PATCH.—Fue lo único que pudimos hacer, ¿sabe? Hasta que venga el médico.

MELLOCK.—*(A quien no le gusta esto.)* ¿El médico?

URSULA.—Vamos. ¿Qué le ocurre? *(Los dos hombres sienten evidente repugnancia por responder.)* Se ha puesto enfermo, ¿verdad?

PATCH.—Todo sofocado y arrebolado. Luego, empezaron a salirle manchas.

GRIDLEY.—*(En tono de advertencia.)* ¡Bob! Recuerda lo que hemos prometido...

URSULA.—No sea idiota. Tienen que decírnoslo.

PATCH.—*(Con fingida repugnancia.)* Manchas. Por toda la cara y las manos...

GRIDLEY.—Veíamos cómo iban brotando. De este tamaño. *(Lo indica.)* No más grandes. *(Vuelve a indicar.)*

PATCH.—Pero, como les he dicho a su padre y a los otros: «Bueno, a lo mejor no es nada. Simples viruelas.» Tendremos que fumigar el camarote, naturalmente...

GRIDLEY.—*(Gravemente.)* Tendremos que fumigar todo ese pasillo, Bob. Pero estamos hablando demasiado. Ya sabes lo que dijo Wilks...

URSULA.—*(A* MELLOCK.*)* Yo me voy. (MELLOCK *no se mueve.)* Vamos. Si usted quiere atrapar la viruela, o la escarlinata, o lo que sea, yo no. Y si nos quedamos por aquí, vendrán a fumigarnos o a vacunarnos o a cualquier cosa. Vamos en seguida al bosque, a coger su coche.

MELLOCK.—¿Para qué? No marcha.

URSULA.—*(Estallando.)* ¡Pues claro que marcha, so idiota!

MELLOCK.—*(Gritando.)* ¡No me llame idiota! Sabe usted muy bien que no marcha.

URSULA.—*(Gritando a su vez.)* Sé muy bien que no marcha si corto el encendido y me quedo con la llave.

MELLOCK.—*(Atónito.)* ¡La llave! Pero usted no hizo eso.

URSULA.—Lo hice delante de sus estúpidas narizotas. *(Extrae una llave del bolso o del bolsillo y la arroja sobre cubierta, luego da media vuelta y hace mutis.)*

MELLOCK.—*(Apremiantemente, después de recoger la llave.)* Pero ¿adónde se ha ido ese comunista? Me han dicho que le vigile.

GRIDLEY.—Estaba convencido de que se trataba de un caso de viruela. ¿Adónde dijo que iba, Bob? ¿A Plymouth?

PATCH.—No. A Norwich.

GRIDLEY.—Eso es. A Norwich. Lo que sé es que llevaba mucha prisa. *(Reaparece* URSULA, *presurosa, en la entrada.)*

URSULA.—*(Gritando a* MELLOCK.*)* ¿Viene de una vez, so idiota?

MELLOCK.—*(Avanzando hacia ella.)* Sí, pero tengo que ir a Norwich.

URSULA.—*(Hace mutis, gritando.)* Está bien. Iremos a Norwich. No he estado nunca allí. (MELLOCK *sale apresuradamente en su seguimiento.* PATCH, *que todavía conserva el revólver en la mano, se acerca a la borda y mira hacia abajo.)*

PATCH.—¡Eh! ¡Mellock! Podría necesitar esto... *(Lanza el revólver por encima de la borda y dice adiós con la mano, sonriendo.)*

GRIDLEY.—Esto marcha, muchacho. Así llegaremos a alguna parte. Voy a buscar a Fletherington. *(En el momento en que sale* GRIDLEY, *entra* HILDA, *quien se queda contemplando a* PATCH, *el cual sigue mirando por encima de la borda.)*

HILDA.—¿Adónde va esa *miss?*

PATCH.—*(Sonriendo.)* Me parece que se fuga con ese Deadwood Dick de camisa azul.

HILDA.—*(Despectivamente.)* No me extraña. Es de esa clase de mujeres.

PATCH.—Sí, en efecto. ¡Caramba! Se ha dejado el «whisky» y esas bolsas, probablemente con comida.

HILDA.—Esa es la clase de mujeres que parece gustar a los hombres.

PATCH.—*(Investigando el contenido de las bolsas.)* A mí no. No me interesan en absoluto. ¡Son terribles! Emparedados. *(Los examina con interés.)*

HILDA.—Sin embargo, es muy bonita, ¿no cree?

PATCH.—Sí... algo. Coja un emparedado. Yo voy a comerme uno. *(Los dos cogen sendos emparedados y se ponen a comérselos.)* No, no; he conocido demasiadas mujeres de esa clase...

HILDA.—*(Sin entusiasmo.)* ¡Ah!

PATCH.—Entre los pasajeros..., naturalmente.

HILDA.—Sí, sí, claro. Ya sabemos todo lo que son algunas jovencitas cuando viajan como pasajeras...

PATCH.—*(Apresuradamente.)* No lo crea. Se exagera mucho... por... *(Está a punto de decir «desgracia», pero se reprime a tiempo.)* ...por parte de la gente.

HILDA.—*(Con timidez.)* Supongo que conocerá a muchas chicas...

PATCH.—*(Tímidamente.)* ¿Por qué dice eso? No estará pensando en lo que dijo Sam..., su tío..., ¿verdad?

HILDA.—*(Lentamente.)* No..., pero... después de todo..., oficial de un barco y... bastante bien parecido..., y...

PATCH.—Entonces..., usted también...

HILDA.—*(Riendo.)* Yo no soy oficial de un barco...

PATCH.—No, pero es usted muy bonita.

HILDA.—¿Lo cree de veras?

PATCH.—Sí, desde el instante en que la vi por primera vez.

HILDA.—No soy muy bonita. Y tampoco soy muy interesante. Justo lo corriente...

PATCH.—No, usted no tiene nada de corriente.

HILDA.—Bueno, mi trabajo lo hago bastante bien. Y he recibido una excelente instrucción... en Truby-King.

PATCH.—Supongo que... saldrá bastante bien con su trabajo. ¿no?

HILDA.—Sí; no salgo mal. Además, me gusta, aunque no me agradaría pensar que no voy a hacer nunca otra cosa sino cuidar a los hijos de los demás.

PATCH.—*(Con amargura.)* Yo también he recibido una buena instrucción, he realizado mi aprendizaje, he sufrido exámenes, he recibido mi certificado de maestre y... ya lo ve.

HILDA.—*(Con dulzura.)* Lo sé. Y considero que es una vergüenza lo que está sucediendo.

PATCH.—Seguramente ganará usted más dinero que yo.

HILDA.—Pero no es culpa suya.

PATCH.—No... Es mi desgracia. Me gustaban los barcos, ¿sabe? Era un idiota. Tenía que haber aprendido a tocar el saxofón o a manejar el totalizador en las carreras de galgos..., algo verdaderamente útil.

HILDA.—*(Apenada.)* Está muy amargado, ¿verdad? En el fondo...

PATCH.—Discúlpeme. No tengo por qué estar amargado... hallándose usted aquí, Hilda.

HILDA.—Sí, en cierto modo, tiene razón para estarlo..., aunque me encuentre yo aquí. Pero no creo que el dinero deba contar demasiado, ¿no le parece? (PATCH *se vuelve vivamente, coge la botella de «whisky» y le quita la envoltura de papel que la cubre. Ella le observa, profundamente conmovida, y en un momento dado hace ademán de dirigirse a él. Se ve que desea decir algo, hacer algo, para reconfortarle; pero, mientras ella titubea, entra* GRIDLEY, *procedente de la entrada de los camarotes. Está mucho más limpio y aseado que antes. Tan pronto como entra él,* HILDA *hace mutis por el foro derecha.)*

GRIDLEY.—*(Cordialmente.)* Empecé a buscar a Fletherington, pero luego pensé que antes debería asearme un poco. Me encuentro mucho mejor así. Listo para entendérmelas con todos ellos, Bob. ¿Qué vas a hacer con ese «whisky»?

PATCH.—*(Sombrío.)* Bebérmelo.

GRIDLEY.—No. Dáselo al pobre Slivers. Es el que más tiempo lleva en cautividad y unos tragos no le vendrían mal.

PATCH.—Y, además, podría ser útil. De acuerdo. *(Se dirige hacia la entrada de los camarotes.)* Luego, registraré el barco en busca de Fletherington. Probablemente estará metido en algún ventilador o se habrá quedado encajado en la puerta de un compartimiento estanco.

GRIDLEY.—Mientras haces eso, yo me desembarazaré de... Oye, Bob, ¿de quién tenemos que librarnos ahora? ¿De Cottingley?

PATCH.—*(Alejándose.)* No. Antes tenemos que librarnos de Fletherington. Ahora le toca al comunista.

GRIDLEY.—¡Por Júpiter! Es verdad. Le había olvidado por completo. Le soltaré ahora mismo. (PATCH *hace mutis por el foro derecha.* GRIDLEY *desaparece apresuradamente por la entrada de los camarotes y no tarda en volver acompañado de* GASTER, *quien parece acalorado y abatido.* GRIDLEY *dice al entrar.)* Sí, lo mejor será que regrese a Longport lo antes posible. Allí tiene mucho que hacer y aquí nada. No habrá voladura. Y no hace mucho ha estado aquí un sargento de Policía. *(Ve los emparedados y se acerca a ellos.)* Antes de irse, cómase un emparedado. *(Cada uno de ellos coge un emparedado y se ponen a comer.)*

GASTER.—¿Volvió ese fascista?

GRIDLEY.—Sí, volvió; pero se ha ido de jarana con la hija de Cottingley.

GASTER.—*(Despectivamente.)* Eso es muy propio de ellos. Hacen bien en aprovechar todas las oportunidades. No las tendrán durante mucho tiempo más.

GRIDLEY.—Es una lástima que no se haya ido usted de juerga con ella en lugar de él. Ese tipo ha disfrutado demasiadas. Usted, en cambio, no ha disfrutado nunca las suficientes..., si es que ha disfrutado de alguna. En el fondo, eso es lo que le pasa a usted. Nunca se ha divertido de verdad, ¿eh?

GASTER.—Ni yo ni mi clase podemos «divertirnos», como dice usted, mientras...

GRIDLEY.—*(Interrumpiéndole.)* Mientras... ¡nada! La gente que quiere divertirse un poco, se divierte, con clase o sin clase.

GASTER.—*(Con vehemencia.)* Nosotros no nos oponemos a que la gente se divierta. Deseamos que todos los trabajadores puedan divertirse.

GRIDLEY.—Ya lo sé. Y cuando eso llegue, ¿qué será? Sacudidas físicas en masa cada dos jueves en el parque público.

GASTER.—*(Tras de mirar en torno a sí, confidencialmente.)* Camarada, usted no es un cerdo del ala derecha, un podrido contrarrevolucionario, estoy seguro de ello. Ahora bien: este barco se halla magníficamente apartado y, sin embargo, no muy lejos de Longport. ¿No cree que se podría utilizar para el trabajo del partido?

GRIDLEY.—No, no lo creo. En primer lugar, si yo permitiera eso, no cumpliría con mi deber...

GASTER.—*(Con mofa.)* ¡Su deber!

GRIDLEY.—Eso es lo que he dicho. Y no tenga tanta prisa por burlarse de ello. Suponga que ustedes consiguen su revolución, ¿qué pasará entonces? Lo primero que necesitarán será gente que ustedes confíen cumplirá con su deber, simplemente eso. Y si antes se han burlado de ellos de tal modo, que les han hecho desistir de cumplir con su deber, se van a encontrar ustedes con un buen escabeche. Tendrán que empezar a fusilar montones de directores y capataces... al estilo de Rusia.

GASTER.—Hay deberes y deberes. Nuestro primer deber es para la revolución, el Estado proletario, la auténtica comunidad...

GRIDLEY.—Y todo lo que hay de grande y hermoso. Pero lo que necesitarán imperiosamente—ya lo verán—será gente que sepa que su deber consiste en mantener engrasado un cojinete, encendida cierta luz, un timón ajustado a la brújula, gente que cumpla con su deber. Procuren no arrojarlos a todos por la borda para hacer sitio a una multitud de perezosos y gemebundos elementos capciosos y miembros de la Pacific Coast Industrial Workers of the World, capaces de destruir cualquier cosa y de no arreglar nada. No aflojen demasiadas cosas. Siendo joven, me hallaba yo en el *Theodosia* cuando se fue a pique, lleno de pasajeros. Vi aflo-

jarse entonces muchas cosas. Envejecí veinte años. Hasta entonces, había sido yo un diablo joven y listo. Creí que lo sabía todo. Aquello me mostró lo que sabía yo.

GASTER.—Pero yo sostengo que los armadores tuvieron la culpa de aquel hundimiento.

GRIDLEY.—Malos armadores y malos marineros, la culpa fue de todos. ¿No comprende que no es una cuestión de ricos y pobres? Hay pocos hombres y millones de monos. Yo procuro ser un hombre. Si el Partido comunista poseyese este barco y yo estuviese empleado en él, cumpliría mi deber con el Partido comunista.

GASTER.—¿Y quién posee este barco? Los obreros...

GRIDLEY.—¿Quiénes diablos son los obreros? No vaya a decirme que los remachadores y carpinteros son los verdaderos dueños de este barco...

GASTER.—Fue obra suya...

GRIDLEY.—La mayoría de ellos no sabían si estaban construyendo un barco o una pista de patinaje. Y, además, les tenía sin cuidado. Todo lo que les preocupa a la mayoría de ellos es la cerveza y el fútbol, y tampoco saben de eso maldita la cosa. No me interesan los partidos, ni el suyo ni el de ningún otro. Me tienen sin cuidado los capitalistas y los proletarios, las masas y los jefes, las camisas rojas, o negras, o pardas, o verdes. Quiero ver a mi alrededor algunos hombres, hombres verdaderos, que sepan lo que es el sentido común, y el deber, y el orden. *(Gritando.)* ¡Me hago viejo, se me acaba el tiempo y estoy cansado de vivir entre millones de monos aulladores! ¡Por amor de Dios, muéstreme algunos hombres! *(Pausa.)*

GASTER.—*(Con vehemencia.)* ¿Y dónde encontrará ese sentido común, ese orden, de que habla? Solamente... *(Entra precipitadamente* PATCH.*)*

PATCH.—¡Alto! No nos obsequie con otra sesión de Carlos Marx. Tenemos mucho que hacer. *(Con intención, a* GASTER.*)* Buenas tardes.

GASTER.—*(Con dignidad.)* Buenas tardes. *(Se aleja para hacer mutis. Luego, se vuelve para hablar con sinceridad y pasión.)* Están ustedes ciegos, los dos. Al final, tendrán que venir a nosotros. Ese capitalista, Cottingley, seguirá engañándolos. Ese fascista volverá para amenazarles con su revólver. Este barco que tanto desean proteger les será arrebatado. Y entonces no tendrán ustedes ante sí nada más que la desesperación y la muerte... o la fuerza viva de la revolución. Buenos días, camaradas. *(Vase lleno de dignidad.* PATCH *y* GRIDLEY *le siguen con la mirada, impresionados. Luego, se miran un momento y silban suavemente.)*

PATCH.—*(Apremiante.)* Hemos encontrado a Fletherington. Se había caído y se había lastimado. Hilda está curándole otra vez. Y prácticamente han arreglado las cosas para que se la lleve a esa granja en donde se aloja.

GRIDLEY.—*(Excitadamente.)* Esto marcha, muchacho, esto mar-

cha. Ya solo queda Cottingley. Hagamos que Fletherington e Hilda se marchen cuanto antes. Y todo quedará arreglado, Bob, todo quedará arreglado.

PATCH.—Habremos despachado todo el lote. *(Entra* FLETHERINGTON, *trayendo su saquito. Tiene dos nuevas tiras de esparadrapo en la cara, una mano vendada y cojea. Sus ropas están sucias y desgarradas en varios sitios. Pero sigue ofreciendo un aspecto radiante.)*

FLETHERINGTON.—Miss Jackson está recogiendo sus cosas. Vendrá dentro de un momento. Una joven simpática y utilísima. Estoy seguro de que mi esposa se alegrará si podemos serle útiles a nuestra vez.

PATCH.—Muy bien. Procure ir derecho a esa granja. No más jugarretas.

GRIDLEY.—Y no olvide que su esposa está buscándole.

FLETHERINGTON.—Ya lo sé. Ahora recuerdo que había algo respecto a una excursión. Seguramente estará enfadada. Tendré que dejar que miss Jackson se lo explique. Mi esposa lo comprenderá en seguida. En realidad, es una mujer muy sensata.

GRIDLEY.—*(Vivamente.)* Entonces procure no separarse de ella. Eso es lo que necesitamos ahora: seso, comprensión, sentido común... ¡Rayos y centellas! No hay mucho de eso que digamos. Mucho cerebro, pero nada de sentido común.

FLETHERINGTON.—*(Exhalando un suspiro.)* Probablemente tiene usted razón. Yo mismo tengo un cerebro bastante bueno...

PATCH.—*(Vivamente.)* En un laboratorio, no cabe duda de que será espléndido. Pero, fuera de él, es usted prácticamente un loco de atar.

GRIDLEY.—*(Con vivacidad.)* No salga nunca sin su mujer. No se separe de ella. Siga mi consejo.

PATCH.—¿Tiene en el saquito todos sus explosivos?

FLETHERINGTON.—*(Sonriente, levanta el saquito.)* Sí, lo llevo todo.

GRIDLEY.—*(Toma el saquito cuidadosamente y lo alza con ambas manos.)* Bueno, tenga cuidado con ello. *(Mientras dice esto, el* SARGENTO WILKS *aparece lentamente a bordo. Nadie se da cuenta de su llegada. Han de formar todos un grupo bastante amplio, justo en el centro de la embocadura.)* Usted no se propone hacer ningún daño. Eso no es lo malo en usted. Lo malo... *(El* SARGENTO *tose y entonces* GRIDLEY *se apercibe de su presencia y presa de furiosa exasperación, dice.)* ¡Oh!... ¡Rayos y centellas! *(En su desesperación, arroja el saquito contra el suelo con fuerza.)*

PATCH.—*(Da un salto hacia atrás y aúlla.)* ¡Cuidado! *(Los tres retroceden de un salto y se quedan contemplando el saquito con expresión agónica. En el interior del saco, suena una ahogada explosión; luego, sale un poco de humo. Lo miran todos, conteniendo el aliento. El humo empieza a desaparecer.* PATCH *y* GRIDLEY,

completamente desmadejados, empiezan a respirar de nuevo y se enjugan la frente. FLETHERINGTON *parece decepcionado y se dirige hacia el saco.)*

FLETHERINGTON.—Es sumamente descorazonador. Tenía que haber estallado todo el explosivo... *(Ha llegado a donde está el sa quito y se dispone a abrirlo.)*

PATCH y GRIDLEY.—*(Al mismo tiempo, alarmados.)* ¡Eh!

FLETHERINGTON.—*(Tranquilizándolos.)* No, no; no hay ningún peligro ya. Desgraciadamente. *(Abre el saco. Sale un poco de humo. Mete la mano y extrae algunos cristales.)* Sí. Ha habido alguna reacción con relación a la atmósfera en estos cristales. Tendré que tomar medidas contra eso...

PATCH.—*(Acude presuroso a su lado y le apremia.)* Márchese, de prisa, antes que el sargento empiece a hacer preguntas. Espere a Hilda en el bosque.

FLETHERINGTON.—Sí, sí, claro. Bueno, adiós, míster Gridley. Adiós, míster Patch. *(Se dirige rectamente hacia el* SARGENTO, *que todavía está cerca de la salida, y le sonríe ampliamente.)* Buenas tardes..., ejem..., oficial. *(Sale vivamente, cojeando. El* SARGENTO WILKS *se halla aún demasiado perplejo para pensar en detenerle, le sigue con la mirada y luego vuelve esta hacia* PATCH *y* GRIDLEY, *como preguntándose cuál es el frente que debe atacar. Se decide por los últimos, que están silbando suave y ansiosamente, y avanza hacia ellos.)*

SARGENTO WILKS.—*(Lenta y recelosamente.)* ¿Qué ocurre aquí? (PATCH *se dirige al foro, para vigilar la cubierta por donde ha de llegar* HILDA.)

GRIDLEY.—Faenas náuticas, sargento, faenas náuticas. No lo entendería.

PATCH.—Estamos muy ocupados, sargento.

SARGENTO WILKS.—¿En qué?

PATCH.—*(Con aire misterioso.)* Estamos repasando tornos, bolardos, escotillones, cabrestantes, cangrejas, aparejos de combés, botalón del foque de babor...

GRIDLEY.—*(Con voz fuerte, desesperado.)* Sargento, el cojinete del árbol principal... lo mismo que nosotros, sargento, lo mismo que nosotros... está oxidado, rechina, cruje, medio podrido. Tengo que sacarlo, darle aceite de linaza, limpiarlo con hilacha de algodón, cosquillearle con plumas de ganso.

PATCH.—*(En el mismo tono de absoluta desesperación.)* ¿Qué le parecería si le cosquilleasen con plumas de ganso, sargento? Y con Orión a babor...

GRIDLEY.—*(Lo mismo.)* ¿Qué le parecería si su compensador más nuevo estuviese atascado con avispones y peludas orugas, plumas de la pechuga de verdes pájaros carpinteros y tamo de dientes de león a montones?

PATCH.—*(Lo mismo.)* Sin un mal martillo en millas a la re-

donda, fresas silvestres alrededor de la cadena del ancla, cayendo la noche y elevándose la luna entre los pinos...

GRIDLEY.—*(Como loco.)* ¡Por Dios vivo!... Sargento..., esto es insoportable.

PATCH.—*(Gritando con fingida pasión.)* Sí..., y no lo olvide.

GRIDLEY.—*(Ahora con débil susurro.)* Por lo demás..., todo está tranquilo.

PATCH.—*(Susurrando igualmente.)* Más tranquilo que un nido de gusanos de seda. Buenas tardes. *(Está el* SARGENTO *contemplando alternativamente a uno y otro hombre, perplejo y silencioso, cuando la quietud se quiebra por el ruido que hace una puerta al ser derribada en la entrada de los camarotes. El* SARGENTO *mira inmediatamente en aquella dirección.* PATCH *y* GRIDLEY *cambian una mirada y empiezan a silbar suavemente. Antes que* GRIDLEY, *que está más cerca, pueda dar más de un paso hacia la entrada de los camarotes, aparece en la misma* LORD COTTINGLEY. *Llega extremadamente sofocado y sucio, y debe dar la impresión de un hombre que acaba de conseguir forzar la recia puerta de un camarote.)*

LORD COTTINGLEY.—*(Respirando profundamente y observando al grupo.)* ¡Ah!

SARGENTO WILKS.—Bien...

LORD COTTINGLEY.—*(Tajante e impresionante.)* ¡Sargento!

SARGENTO WILKS.—*(Prontamente.)* ¡Señor!

LORD COTTINGLEY.—Soy lord Cottingley, antiguo director de la compañía a quien pertenece este barco... *(Se detiene, pensando en algo.)*

SARGENTO WILKS.—Sí, señoría... (LORD COTTINGLEY *sigue pensando.)*

PATCH.—*(Sardónico.)* ¡Qué pronto se han entendido esos, eh!

GRIDLEY.—En el fondo, son hermanos.

LORD COTTINGLEY.—*(Decidiéndose, resueltamente.)* Sargento, podría necesitarle en cualquier instante. Así, pues, no se marche. *(El* SARGENTO *retrocede unos pasos hacia la izquierda.)* Muy bien. Voy a intercambiar unas palabras con estos dos oficiales. Míster Patch... *(Se trae a los dos al primer término, se queda entre ambos y se dirige a ellos en tono confidencial.)* Parece ser que he forzado la puerta de ese camarote en el momento oportuno, ¿verdad? Debería denunciarlos inmediatamente... por eso y por otras cosas. Sin embargo, les daré una última oportunidad. Como le he dicho antes, Gridley, a mí me gusta ocuparme de mis propios asuntos. Si la gente no se mete conmigo, yo no me meto con la gente. Así, pues, déjenme en paz... y todo arreglado, incluido lo de esa muchacha que tienen ustedes escondida. Pero, si no me prometen eso, le digo todo lo que sé a ese sargento. *(Pausa.)*

PATH.—*(Sosegada y gravemente.)* Sam, estoy dispuesto a hacer lo que sea por la seguridad de Hilda.

GRIDLEY.—*(Impaciente.)* Sí, sí. Yo también.

PATCH.—No tanto como yo, Sam. ¿Comprendes?

GRIDLEY.—Sí, Bob, comprendo. Pero es inútil. No servirá de nada. Tú también comprendes, ¿verdad, muchacho?

PATCH.—Sí. Está bien, Sam.

LORD COTTINGLEY.—¿Entonces...?

GRIDLEY.—Entonces no entramos en tratos con usted.

LORD COTTINGLEY.—¿Quiere decir...?

PATCH.—*(Rudamente.)* Sabe muy bien lo que queremos decir. Que se vaya al diablo y haga lo que le venga en gana.

LORD COTTINGLEY.—*(Se aparta fogosamente del grupo, se vuelve y llama al* SARGENTO.*)* Sargento, acuso a estos dos hombres de haberme retenido aquí por la fuerza, encerrado en un camarote. He tenido que echar la puerta abajo.

SARGENTO WILKS.—*(Horrorizado.)* ¡Oh!

LORD COTTINGLEY.—*(Con vivacidad.)* Lo han hecho por dos excelentes razones. Primera, porque tienen escondida aquí a la joven Jackson, la testigo desaparecida en el caso Meddleworth...

SARGENTO WILKS.—¡Oh!

LORD COTTINGLEY.—*(En el mismo tono.)* Y segunda, porque tienen también aquí, encerrado bajo llave, a un hombre de la localidad, que descubrió la presencia de la muchacha en este barco, un hombre llamado..., esto...

SARGENTO WILKS.—*(Tremendamente impresionado.)* ¿No será Slivers?

LORD COTTINGLEY.—Eso es, Slivers.

SARGENTO WILKS.—Y yo que vine no hace una hora y pregunté por ese hombre, de una manera amistosa y correcta... *(Hace chasquear la lengua con descontento, extrae majestuosamente un librito de notas y mira severamente a* PATCH *y* GRIDLEY.*)* Esto va a traer malas consecuencias para ustedes, muy malas. *(Solemnemente.)* ¿Han oído las acusaciones de su señoría? ¿Qué tienen que responder a ellas?

PATCH y GRIDLEY.—*(Al unísono, prontamente.)* ¡Que está loco!

LORD COTTINGLEY.—*(Impaciente.)* No se preocupe ahora de sus declaraciones, hombre, ya se las tomará después. Registre el barco. Obtenga las pruebas.

SARGENTO WILKS.—*(Guardándose el librito de notas.)* Muy bien, señoría. (PATCH *y* GRIDLEY *intercambian una mirada de inteligencia.)*

GRIDLEY.—Vamos. Le acompañaré a usted, sargento.

LORD COTTINGLEY.—Tenga cuidado, sargento, y no se deje engañar. Es un individuo muy astuto... *(Sale el* SARGENTO *por la entrada a los camarotes, seguido de cerca por* GRIDLEY *en actitud sumamente solícita. Tan pronto como el* SARGENTO *ha desaparecido,* PATCH *coge rápidamente una de las barras de hierro que trajeron al principio del acto y se dirige amenazadoramente hacia* LORD COTTINGLEY.*)*

PATCH.—Ahora escuche, viejo marrullero, si levanta la voz en estos dos minutos, le aplasto el cráneo con esto. Lo haría con mucho gusto por un alfiler. Siempre he deseado ajustarle las cuentas a un mal armador y esta es la ocasión.

LORD COTTINGLEY.—*(Atemorizado.)* Intente..., usted..., semejante cosa..., y no tengo más que llamar al sargento...

PATCH.—*(Con terrible ferocidad.)* Eso es lo que desearía hacer, ¡eh! Inténtelo y un instante después estará tendido en esta cubierta, con el cráneo destrozado. *(Aparece* HILDA, *que entra con cierta timidez por la entrada del foro derecha, con la maleta en la mano.* PATCH *le hace señas de que abandone inmediatamente el barco.* LORD COTTINGLEY *se vuelve y la ve.)*

LORD COTTINGLEY.—*(Con voz recia.)* ¡Allí...! (PATCH *le tapa la boca con una mano y le amenaza con la barra. como si estuviese dispuesto a romperle la cabeza. El rostro de* LORD COTTINGLEY *empieza a amoratarse.* PATCH *se dirige apremiantemente a* HILDA.)

PATCH.—De prisa, Hilda. Su amigo la espera en el bosque. ¡Apresúrese! Supongo que volveré a verla, ¿no?

HILDA.—*(De pie en lo alto de la pasarela.)* Si así lo desea... con mucho gusto, Bob. Y usted..., no permitirá que nada se interponga... entre nosotros, ¿verdad?

PATCH.—No. Dése prisa. Y que Dios la bendiga... *(Se marcha* HILDA *apresuradamente, y* PATCH *habla con* LORD COTTINGLEY *sin apartar la mano de su boca.)*

LORD COTTINGLEY.—*(Con voz ahogada.)* Déjeme. No puedo respirar.

PATCH.—Prometa que no gritará.

LORD COTTINGLEY.—Lo prometo.

PATCH.—*(Amenazador.)* Está bien, pero...

LORD COTTINGLEY.—Sí, lo prometo. ¡Maldito sea!

PATCH.—*(Cortésmente, después de soltarle.)* Coja un emparedado. Son suyos. Los trajeron su hija y el capitán.

LORD COTTINGLEY.—¿Dónde están?

PATCH.—*(Ofreciéndole los emparedados.)* Aquí.

LORD COTTINGLEY.—*(Irritado.)* No, no digo los emparedados. Pero... *(Cuando* PATCH *los retira.)*... no se los lleve. Tengo hambre.

PATCH.—Bueno, decídase de una vez.

LORD COTTINTLEY.—*(Coge un emparedado y empieza a comérselo vorazmente.)* Mi hija y el capitán Mellock..., ¿dónde están?

PATCH.—Estuvieron aquí no hace media hora. Pero no se quedaron. No hicieron más que asomarse y desaparecer.

LORD COTTINGLEY.—¿Cómo es posible? Tenían que haber regresa do hace horas.

PATCH.—*(Con aire inocente.)* Sí, pero se les estropeó el coche y entonces se sentaron en un bosque..., durante mucho rato, según me dijo él.

LORD COTTINGLEY.—*(A quien no le hace esto mucha gracia.)* ¿Que se sentaron en un bosque? ¿Parecían muy... amigos?

PATCH.—*(Con el mismo aire inocente.)* Pues no. Ella no hacía más que llamarle idiota. Y el capitán me confesó que no sabía lo que a ella le pasaba.

LORD COTTINGLEY.—No me gusta eso. ¿Adónde fueron? ¿Y «por qué» se han marchado? (PATCH *calla.)* Vamos. Dígamelo.

PATCH.—Bueno..., es que... no es nada fácil.

LORD COTTINGLEY.—*(Furioso.)* ¡Míster Patch!..., esa muchacha es mi hija..., la única que tengo. Dígame la verdad.

PATCH.—Muy bien, lord Cottingley. Esto fue lo que ocurrió exactamente. Ella se dispuso a salir del barco y dijo: «¿Viene de una vez, so idiota?» Y él respondió: «Sí, pero tengo que ir a Norwich.» Y entonces ella replicó: «Está bien. Iremos a Norwich. No he estado nunca allí.» Esas fueron exactamente sus palabras. Y se marcharon juntos.

LORD COTTINGLEY.—Patch, si esto es un engaño, es un engaño condenadamente sucio.

PATCH.—No, no es un engaño.

LORD COTTINGLEY.—Sé que mi hija está lo bastante loca para cometer cualquier tontería... ¡Un pistolero de sabe Dios dónde será! No puede casarse con ella.

PATCH.—No hablaron nada de matrimonio. Le he dicho todo lo que se dijeron.

LORD COTTINGLEY.—*(Apremiantemente.)* Lo sé. No podría haber inventado todo eso. ¿Dice usted que no hará media hora que se marcharon?

PATCH.—Sí. Todavía tiene usted tiempo.

LORD COTTINGLEY.—*(Con impresionante acento.)* ¡Dios mío! Sí, eso es lo mejor. *(Se dispone a salir apresuradamente en el momento en que entra* WILKS.)

SARGENTO WILKS.—*(Pomposamente.)* Su señoría...

LORD COTTINGLEY.—*(Saliendo precipitadamente.)* ¡Brrr! No me moleste. Tengo prisa. *(Vase.* WILKS *le sigue con la mirada. Luego mira a* PATCH, *que está sonriendo.)*

SARGENTO WILKS.—Aquí no hay ninguna chica.

PATCH.—Naturalmente que no.

SARGENTO WILKS.—¿Pero qué le ocurre a su señoría?

PATCH.—¿No lo sabe?

SARGENTO WILKS.—¿Qué hay que saber?

PATCH.—Que está loco.

SARGENTO WILKS.—¿Loco?

PATCH.—De remate. Intenté hacérselo comprender a usted por señas cuando estaba hablando de denunciarnos, pero usted no me miró. Siempre está dispuesto a acusar a cualquiera de cualquier cosa. Tan pronto está hablando con usted como sale disparado a otra parte. No se acuerda absolutamente de nada. No hace más que correr como un caballo de cuatro años. ¡Oh!..., nosotros le conocemos bien.

SARGENTO WILKS.—Debería cuidar alguien de él... No es prudente que ande por ahí de ese modo. Podría haberme metido en un buen lío.

PATCH.—Desde luego. Eso es lo que siempre he dicho yo.

SARGENTO WILKS.—*(Mirándole con recelo.)* Bueno, vamos a ver, ¿qué me dice de míster Slivers? ¿Está aquí o no está?

PATCH.—*(Titubeando.)* Bueno..., en cierto modo, sí. Pero, con-

siderada la cuestión desde otro punto de vista, podría decirse que... no.

SARGENTO WILKS.—¿Qué quiere decir? O está o no está. *(En este momento, se oye fuera la voz de* SLIVERS, *voz fuerte y de beodo, que va acercándose. Está canturreando.)*

PATCH.—*(Oyéndolo.)* Bueno..., pues sí, está aquí. *(Entra* SLIVERS, *sostenido por* GRIDLEY, *quien trae también la botella de «whisky», ya medio vacía.* SLIVERS *tiene las ropas en desorden, está completamente borracho y se muestra alegre a su manera.)*

SLIVERS.—*(Cantando.)*

Cuando el pá... jaro deja su... nido,
Empren... de del Este o el Oeste... el camino...

GRIDLEY.—Despacio, amiguito, despacio.

SARGENTO WILKS.—*(Asombrado.)* ¿Quién lo hubiera creído? Nunca le había visto en tal estado hasta ahora. (SLIVERS *ríe estúpidamente.)*

GRIDLEY.—No va a estar siempre envolviendo queso y leyendo después el periódico.

SLIVERS.—*(Con gravedad de beodo.)* ¿Queso? ¿No he... traído queso... esta ma... mañana? ¿Queso ca... canadiense?

PATCH.—En efecto, lo trajo usted, amigo.

SLIVERS.—Pues no..., no lo coman..., es basura... *(Gritando.)* ¡Basura digo! *(Los mira a todos echando llamas por los ojos, desafiante.)*

GRIDLEY.—¿Lo ve? Alguna vez tiene que convertirse en un hombre. Hasta ahora no ha sido más que un recorte de periódico barato.

SARGENTO WILKS.—*(A* SLIVERS, *con severidad.)* Su esposa le ha estado buscando.

SLIVERS.—Déjela que busque. *(Con acento impresionante.)* He tenido un día... muy singular. Se lo contaré. Silencio..., silencio mientras yo... hablo. Muy singular... Escuchen... Eso es. *(Se atasca en este punto y acude a* GRIDLEY.) ¿Qué ocurrió, míster Gridley?

GRIDLEY.—Pues que ha estado durmiendo en ese camarote y bebiendo «whisky»... de esta botella. *(Se la muestra y* SLIVERS *trata de apoderarse de ella.)* ¡Oh!, no, míster Slivers, amigo mío; ya ha bebido bastante.

SARGENTO WILKS.—Demasiado. Lo mejor será que se venga conmigo.

SLIVERS.—Desde luego..., desde... luego. *(Se acerca a él tambaleándose.)*

SARGENTO WILKS.—Vamos, pues. *(En voz baja a* GRIDLEY *y* PATCH.) Cuanto menos se comente esto, mejor. Un respetable comerciante... No sentaría bien. Comprendo perfectamente por qué le han tenido encerrado. Vamos, míster Slivers.

SLIVERS.—*(Solemne.)* Muy bien, ya voy..., pero antes de irme... quiero decir algo. Solo quiero... preguntar una cosa..., una cosa sola...

SARGENTO WILKS.—Está bien. Pregunte. (SLIVERS *los mira con aire solemne, como si estuviese a punto de hacer una importante declaración, y, de pronto, se pone a cantar nuevamente.)*

SLIVERS.—*(Cantando.)*

Cuando el pá... jaro deja su... nido,
Empren... de del Este o el Oeste... el camino...

(El SARGENTO *le sostiene firmemente y casi se lo lleva en volandas.* GRIDLEY *y* PATCH *los siguen con la mirada. Después,* GRIDLEY *les envía un jubiloso adiós desde la borda, enarbolando y agitando en el aire la botella de «whisky», mientras* PATCH *sale disparado por la entrada a los camarotes y regresa en seguida con dos vasos.)*

GRIDLEY.—*(Al volver* PATCH.) Los últimos que quedaban, Bob.

PATCH.—Los últimos, Sam.

GRIDLEY.—*(Con creciente excitación.)* Muchacho, los hemos burlado.

PATCH.—*(En el mismo estado de ánimo.)* Los hemos derrotado.

GRIDLEY.—Los hemos enredado.

PATCH.—Completamente chasqueados.

GRIDLEY.—Esa pandilla maligna...

PATCH.—Maniáticos, besugos...

GRIDLEY.—Necios, mentecatos...

PATCH.—Locos de atar todos ellos.

GRIDLEY.—*(Solemne.)* Vamos a brindar por nuestro triunfo, muchacho.

PATCH.—Nos lo hemos ganado.

GRIDLEY.—Nos lo hemos ganado con creces. *(Escancia el «whisky» en los vasos. Alza el suyo.)* ¡Por el buen barco «Gloriana»! *(Beben.)*

PATCH.—¡Por su próximo crucero! *(Bebe.)*

GRIDLEY.—¡Porque le tripulemos nosotros! *(Bebe.)*

PATCH.—¡Y nunca perdamos un viaje! *(Bebe.)*

GRIDLEY.—Y... *(Observa que el vaso está vacío.)* ¡Oh!..., bueno, podemos acabar con ello ahora, muchacho, podemos acabar con ello. Nos lo hemos merecido. *(Vacía la botella en los dos vasos y la deja.)*

PATCH.—Un emparedado. *(Coge los emparedados. Los dos hombres se acercan a las sillas y se sientan en ellas con satisfacción, repantigándose a sus anchas. Las sillas han de estar colocadas de tal modo, que quede entre ambas un buen espacio y ninguno de los dos hombres vea lo que sucede a sus espaldas. Desdeñoso.)* ¡Volar el barco! ¡Bah!

GRIDLEY.—Completamente locos, todos ellos. *(Están comiendo emparedados y tomando ocasionales traguitos de «whisky», con relajada satisfacción.)* ¡Qué día!

PATCH.—¡Qué día!

GRIDLEY.—Pero aquí está todavía el buen «Gloriana».

PATCH.—En efecto, aquí está.

GRIDLEY.—*(De buen humor.)* Ahora que otra vez está todo tran-

quilo, que se ha marchado el último orate y que hemos salvado el barco..., supongo que empezarás a refunfuñar de nuevo.

PATCH.—No, Sam, no lo haré. Tengo algo..., alguien en quien pensar ahora.

GRIDLEY.—Sin embargo, aunque me gusta la tranquilidad, cuando empiezan a ocurrir cosas, ahí estoy yo, donde debo estar...

PATCH.—Yo tampoco lo he hecho muy mal...

GRIDLEY.—Es cierto, muchacho, es muy cierto. Los dos lo hemos hecho bastante bien. Era nuestro deber.

PATCH.—Y hemos cumplido con él.

GRIDLEY.—*(Termina de comer y beber, y extrae del bolsillo su ejemplar de Schopenhauer.)* Esto es lo que necesitamos. Serena la mente. Le da a uno una amplia perspectiva de las cosas. *(Empieza a leer.)* «El deseo, por su naturaleza, es dolor; la consecución no tarda en engendrar la saciedad; el fin era solo aparente; la posesión destruye el encanto...»

PATCH.—*(Interrumpiéndole gravemente.)* Sam, soy un buen amigo tuyo, ¿no? Hemos estado unidos para todo, ¿no?

GRIDLEY.—Sí, Bob.

PATCH.—¿Quieres hacer algo por mí, Sam? (GRIDLEY *asiente con un movimiento de cabeza.)* Dame ese libro. *(Un poco sorprendido,* GRIDLEY *se lo entrega.* PATCH *lo coge y lo lanza fuera del barco, bien hacia atrás o hacia adelante, al foso de la orquesta.)*

GRIDLEY.—*(Molesto.)* Vamos, Bob, ¿qué diablos...?

PATCH.—*(Seriamente.)* Sam, no podía soportar más a ese miserable y viejo diablo. Le descorazona a uno. Si hubieses creído todo lo que ha escrito, nunca habrías hecho lo que has hecho hoy... y este barco se habría perdido. Ese hombre no hubiera salvado un barco. No hubiera salvado una ratonera.

GRIDLEY.—*(Después de reflexionar profundamente.)* Tal vez tengas razón, muchacho, tal vez tengas razón.

PATCH.—Sé que la tengo. Prueba otro autor..., aunque solo sea por cambiar un poco.

GRIDLEY.—*(Pensativo.)* Podría hacerlo con Thomas Carlyle. El viejo Jock MacClean, que fue mi primer jefe en el «Moriana», solía jurar por Thomas Carlyle. Y Jock MacClean era todo un hombre. Nadie se habría atrevido a hablar de volar barcos estando él allí...

PATCH.—Cuando estemos «nosotros», la próxima vez se lo pensarán dos veces antes de abrir la boca. *(Ha entrado silenciosamente* MÍSTER TOOKE. *Es un hombrecillo de edad mediana, con aspecto de escribiente, vestido con ropas de fiesta un tanto incongruentes. Al principio, no ve a los dos oficiales, mirando a su alrededor. Luego, se da cuenta de su presencia y se adelanta, emitiendo una leve tosecilla. Los dos amigos se vuelven en sus sillas y se le quedan mirando.)*

MÍSTER TOOKE.—*(De pie entre ambos.)* Buenas tardes. *(Sonriente.)* No les había visto, caballeros. Míster Gridley y míster Patch, ¿verdad?

GRIDLEY.—*(Levantándose.)* En efecto. Y yo le he visto a usted antes de ahora, seguro.

TOOKE.—*(Radiante.)* Naturalmente. ¿No recuerda? Tooke, de la Dirección.

PATCH.—Eso es. Míster Tooke, de la Dirección. Ahora le reconozco. Ha sido su atuendo deportivo lo que me ha desorientado.

TOOKE.—Bueno, en realidad, estoy matando dos pájaros de un tiro.

GRIDLEY.—¡Oh! ¿Es que somos nosotros dos pájaros?

TOOKE.—Bueno, es que he comenzado mis vacaciones y hemos venido a pasarlas a un lugarejo que está al otro lado de Longport, en donde una prima de mi esposa tiene un establecimiento. Y dije que les traería personalmente el mensaje de la Dirección. Tienen ustedes que presentarse allí tan pronto como les sea posible.

GRIDLEY.—¡Ah!

PATCH.—¡Oh-oh!

TOOKE.—*(De manera casual.)* Sí, tienen que ver al director Watson. *(Mira a su alrededor.)* Se está bien aquí, ¿verdad? Se han recibido los informes de los inspectores sobre este barco. Sin esperanza, naturalmente. Nunca se le debió traer aquí. (PATCH *y* GRIDLEY, *sentados ahora muy erguidos, se miran uno a otro, luego miran a Tooke.)*

GRIDLEY.—*(Lentamente.)* ¡Ah!..., y... ¿qué van...?

PATCH.—*(Lentamente.)* ¿...a hacer con el barco?

TOOKE.—*(Indiferente.)* Creo que volarlo. *(Los mira, sonriendo neciamente.* GRIDLEY *y* PATCH, *como hombres indeciblemente exasperados por la demencia de las cosas, se levantan lentamente de sus sillas y emiten por última vez su silbante dúo. Mientras hacen esto y* TOOKE *los contempla, transformándose poco a poco su sonrisa en una expresión de perplejidad, cae lentamente el telón.)*

FIN DE
«ABEJAS A BORDO»